

HERMANN

HESSE

PREMIO NOBEL

Leyendas Medievales



BRUGUERA·LIBRO AMIGO



HERMANN HESSE

Nació en Calw, Württemberg, Alemania, en 1877. De familia muy religiosa, se rebeló muy pronto contra la rigidez que le era impuesta y huyó de casa, instalándose en Basilea. En 1911 viajó a la India. Durante la Primera Guerra Mundial se trasladó a la Suiza Meridional. En 1946 recibió el Premio Nobel de Literatura. Falleció en Montagnola, Ticino, Suiza, 1962.

LEYENDAS MEDIEVALES

PUBLICADAS POR HERMANN HESSE

Traducidas del latín por Hermann Hesse
y por J. G. Th. Graesse,
y con narraciones de Leo Greiner

BRUGUERA

Título original:
GEFCHICHTEN AUS DEM MITTELALTER

Traducción: *Roberto Bein*

4.a edición: setiembre, 1983

La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Edición original: © Insel Verlag - 1976. Alle Rechte vorbehalten

durch Suhrkamp Verlag / Frankfurt am Main

Traducción: © Editorial Bruguera, S. A. – 1979

Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Printed in Spain

ISBN 84-02-06375-6 / Depósito legal: B. 25.561 – 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1983

Índice

Introducción 10

Del «Dialogus miraculorum» de Caesarius de Heisterbach, versión alemana de Hermann Hesse

De un monje ingenuo que probó carne en un castillo, con lo cual recuperó todo el ganado para su convento 14

De la eficacia del ejemplo 17

Castigo de un jugador que blasfemó contra la Virgen 19

El abad Pedro de Clairvaux y el caballero 20

Del caballero y el manzano 22

De un abad de San Pantaleón, que entregaba a su hermano dinero del convento 24

De la salvación del alma 27

La confesión en el sueño 29

Cristo como pobre 30

Del interpretar signos 31

De la tentación de lo prohibido 32

De la desventaja del predicar 35

La penitencia del noble 36

La tribulación de un convento 37

La cruz que hacía reverencias 38

La Virgen María y el clérigo pobre 40

Visita al infierno 42
El monje con las lágrimas 45
Los piojos y el Reino de los Cielos 46
La gallina gorda 48
Breve tentación 49
El caballero y la Santísima Virgen 50
El falso Mesías 52
De la fe verdadera y de la creencia en los milagros 55
Hermann Hesse: Caesarius de Heisterbach 59

De las «Gesta romanorum», según la versión de J. G. Th. Graesse

De la soberbia excesiva, y de cómo los orgullosos llegan a menudo a la mayor
humillación 65
De la vida del santo Alexius, hijo del emperador Eufemianus 74
El caballero listo y el caballero tonto 80
De la perfidia del diablo, y de cómo están ocultos los juicios de Dios 84
Tres cosas 88
La infiel 90
Eustaquius 94
De amor y fidelidad excesivos 102
Apollonius 107
El guerrero Julianus 145
El disparo sobre el cadáver 148

El herrero Focus 150

Hermann Hesse: Las Gesta Romanorum 153

De las narraciones de Leo Greiner de antiguos poemas alemanes

Helmbrecht 156

El viaje marítimo de Viena 173

Los tres deseos 179

La retribución del mundo 182

Introducción

Los relatos de este libro provienen de dos fuentes medievales: el *Dialogus miraculorum* de Caesarius, prior del convento de Heisterbach, y las *Gesta Romanorum*. Yo mismo he traducido los cuentos de Caesarius; los de las *Gesta Romanorum* provienen de la traducción de Graesse, publicada en 1842.

El *Dialogus miraculorum* surgió en el siglo XIII. Caesarius murió alrededor de 1245. En realidad no es un libro de cuentos, sino de instrucción y devoción teológicas, escrito con la intención de enseñar a los jóvenes novicios. Las muchas historias breves intercaladas por el sabio sólo estaban concebidas como ejemplos e ilustraciones, y hoy día sobreviven al resto del contenido del libro y nos placen no sólo como bellas narraciones, interesantes y en parte excelentemente expuestas, sino también como fuente importante de la historia cultural de la Alemania de entonces.

Las *Gesta Romanorum* son un poco posteriores al *Dialogus miraculorum*. El manuscrito más antiguo que nos ha llegado de esta muy popular colección de cuentos proviene de Inglaterra, y es del año 1342. Los estudiosos no se han puesto de acuerdo acerca de si el libro surgió en Inglaterra o en Alemania; ya en época muy temprana encuentran traducciones tanto inglesas como alemanas del texto latino, con añadidos de todo tipo. Lo seguro es que las *Gesta* fueron durante más de dos siglos uno de los libros más leídos en Europa y que se hicieron traducciones a muchos idiomas.

Desde hace casi doscientos años nuestra formación ha estado enfocada por completo hacia la Antigüedad; nuestro pasado alemán y toda la cultura de la Edad Media cristiana han sido olvidados y desplazados de manera casi incomprensible; en ningún instituto alemán de enseñanza media se leía siquiera, además del latín ciceroniano, el latín eclesiástico, pese a que había sido durante siglos el idioma de la cultura de nuestros padres. Hoy día, cuando nuestra cultura aparece perturbada y sus fundamentos espirituales son sometidos a una nueva crítica desde muchos ángulos, se alzan entre nosotros (como ya sucediera, dicho sea de paso, cien años atrás, transitoriamente, entre los románticos) muchas voces a favor de aquel medioevo olvidado y despreciado. Del mismo modo que en las artes plásticas se han admirado nuevamente —y en parte se han redescubierto— las obras de la arquitectura y plástica románicas y góticas, comenzamos también a orientarnos lentamente en la literatura del medioevo monacal, y en ella, al igual que en el arte piadoso e íntimo de aquella época, hallamos la misma bóveda celestial y un mundo igualmente concebido en torno a un centro divino, la misma escala jerárquica de las cualidades y caracteres humanos. Existe una nueva

juventud católica que se declara partidaria entusiasta de estos ideales. Libros de apasionada profesión de fe como *Welt des Mittelalters* (El mundo del medioevo), de Landsberg, y *Folgen der Reformation* (Consecuencias de la Reforma), de Hugo Ball, dan un vigoroso testimonio de este cambio.

Esta publicación no tiene la intención de actuar propagandísticamente a favor o en contra de esta nueva ola católica.

Cuando vuelvan a enfriarse las actuales temperaturas se demostrará que el renovado amor e interés por el arte y por la poesía medievales forman parte de lo bueno y duradero de esta ola espiritual.

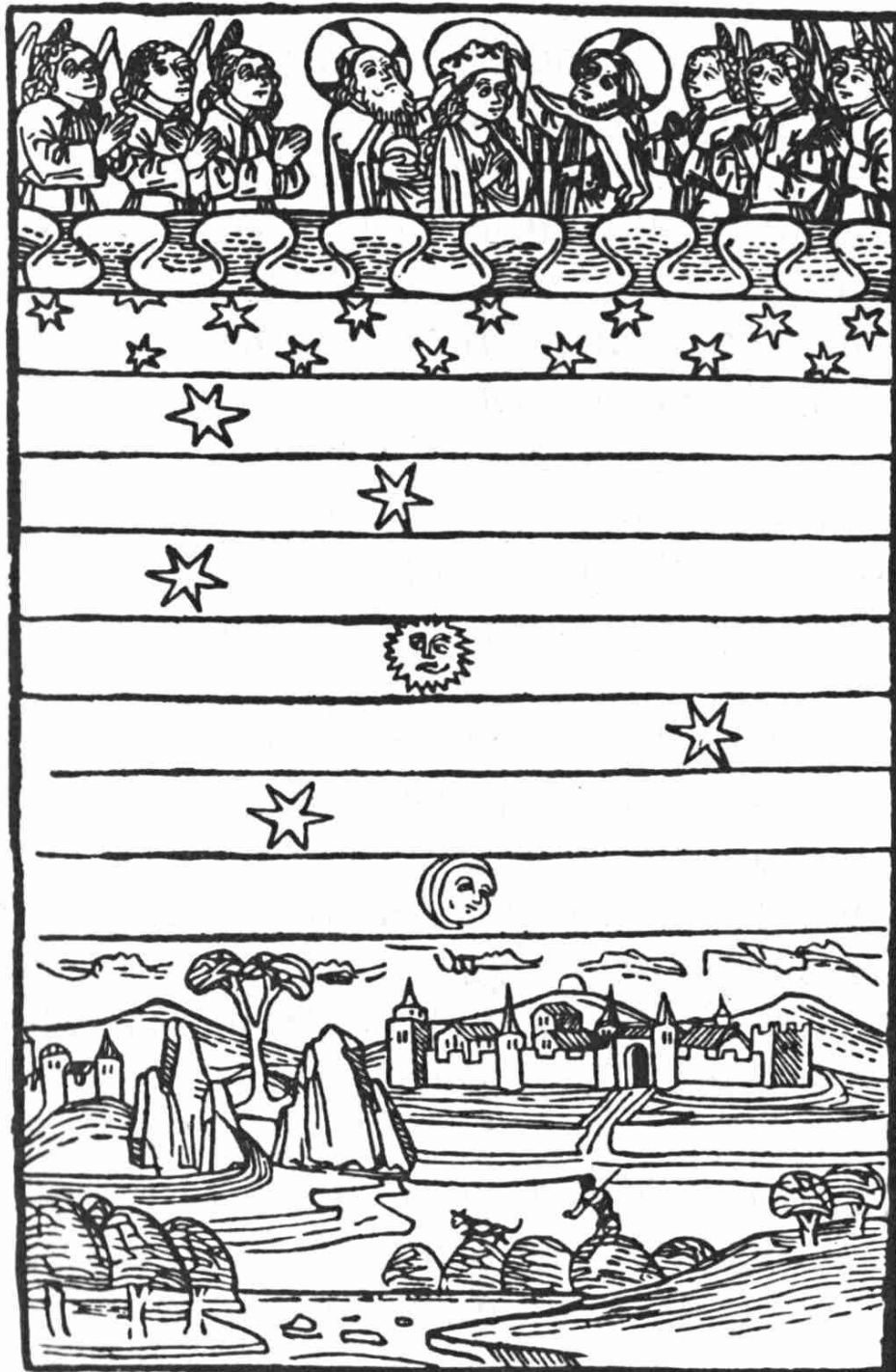
Desde el comienzo del romanticismo, el espíritu moderno vuelve a mirar ávidamente una y otra vez hacia el medioevo y el gótico, hacia el ambiente de aquella época fabulosa, que ha creado, además de la brujería, el culto a la Virgen, además de salvajes facecias, la leyenda de Parsifal, además del arte de las máscaras grotescas, las grandes catedrales góticas... y para esto es imprescindible el conocimiento de Caesarius de Heisterbach. Del jardín de la literatura medieval surgirán aún varias sorpresas, pero ninguna de ellas será a un tiempo más original y típica que el *Dialogus* de Caesarius.

En Caesarius hallamos esa mezcla de aspiraciones entrañablemente nobles con un salvaje abandono, de apareamiento de lo diabólico con lo celestial, de moral escolástico-fanática desfigurada hasta la caricatura con sentimientos nobles y santos, mezcla ésta típica del espíritu medieval, del mismo modo que Caesarius fue sin duda un espíritu sumiso y obstinado, pero ferviente y puro, en cuyas exteriorizaciones y extravíos reconocemos con simpatía una parte típica de ser medieval alemán. Este hombre extraño fue a la vez un narrador tan excelente, que su manual dogmático de los milagros, precisamente el *Dialogus miraculorum*, se convirtió en sus manos en uno de los libros de cuentos más bellos y coloridos del medioevo alemán. (1911)

Durante toda la Edad Media, desde el siglo VI y a partir de San Benito, la mayoría de los conventos no fueron sólo lugar de práctica del ascetismo y del alejamiento del mundo, sino también patria de toda cultura, de toda sabiduría, de toda música, de la enseñanza escolar y del cuidado de los enfermos y menesterosos. (1941)

HERMANN HESSE

Del «Dialogus miraculorum»
de Caesarius de Heisterbach,
versión alemana de Hermann Hesse



De un monje ingenuo que probó carne en un castillo, con lo cual recuperó todo el ganado para su convento

Cuando el abad cisterciense señor Wido fue enviado a Colonia para confirmar la elección del rey Otón contra su opositor Felipe, contó allí una divertida historia de santa ingenuidad.

«Una de las casas de nuestra orden —así comienza a narrar— estaba bajo el dominio de un hombre aristocrático y poderoso. El tirano, que no temía a Dios ni a los hombres, atormentaba el convento a menudo y de cualquier modo. Se llevaba lo que quería: trigo, vino y ganado, dejándoles a los monjes sólo lo que le venía en gana. Se había acostumbrado a ello como si fuera su derecho, y el convento, tras haberse quejado frecuentemente y en vano, ahora lo soportaba con suspiros y silencios. Y así fue que un día robó la mayor parte del rebaño y dio orden de llevarlo a su castillo. Al enterarse de esto el abad y los monjes, se irritaron no poco y se debatió mucho qué debía hacerse. Se decidió que uno de ellos, en lo posible el abad, fuera al castillo y le comunicara al malvado cuál era el pago seguro que le esperaba en el más allá. Pero el abad dijo:

»—No iré; no tiene sentido intentar persuadirlo.

»El prior y el administrador tampoco tenían ningún deseo de ir; entonces el abad preguntó:

»—¿Queda alguno que quiera ir?

»Todos callaron, pero uno, por impulso divino, respondió de inmediato:

»—¡Que vaya ese monje! —y nombró a uno muy anciano y de espíritu muy ingenuo. Se llama al monje y se le pregunta si quiere ir al castillo: él se aviene, y se le envía allá. Al despedirse del abad, le dijo con la gran inocencia de su corazón:

»—Padre, si se me restituye una parte de lo robado, ¿he de aceptar, o no?

»El abad le contestó:

»—En nombre de Dios, acepta lo que puedas conseguir. Poco es mejor que nada.

»El monje partió. Llegó al castillo y le transmitió al tirano el encargo y pedido del abad y de los hermanos. Y puesto que la ingenuidad del justo, según Job, es

una lámpara despreciada ante los ojos del malvado, el tirano dio poca importancia a sus palabras y dijo burlescamente:

«—Esperad, *domine*, hasta que hayáis desayunado; luego obtendréis la respuesta.

»A la hora del desayuno se le sentó a la mesa común y se le sirvieron las mismas comidas que a los demás, a saber, una buena ración de carne. El santo varón recordó las palabras de su abad y se sirvió cuanta carne podía, y comió como los demás para no ser desobediente; pues no le cabía sospecha que la carne tan abundantemente ofrecida provenía del rebaño de su convento. El señor del castillo estaba sentado junto con su esposa frente al monje y se daba buena cuenta de que el religioso estaba comiendo carne, por lo cual le llamó después de la comida y le preguntó:

«—Decid, buen hombre: ¿suele comer carne vuestra comunidad?

«—¡Jamás! —exclamó el monje, y aquél prosiguió preguntando:

«—¿Tampoco cuando estáis de viaje?

»El monje contestó:

«—No, no comen carne, ni dentro ni fuera.

»El tirano preguntó:

«—¿Y por qué habéis comido carne hoy?

»El hermano dijo:

«—Cuando el abad me envió aquí, me ordenó que no rechazara parte alguna que pudiera recuperar de nuestro ganado. Ahora bien, al verme movido a creer que la carne servida era de la nuestra, y como temía que no se me devolvería nada más que lo que pudieran apresar mis dientes, he comido por obediencia, para no volver con las manos totalmente vacías.

»Y puesto que Dios no rechaza al ingenuo, ni le da la mano al impío, el noble, conmovido por la ingenuidad o más bien exhortado por el Espíritu Santo que hablaba por boca del anciano, dijo:

«—Esperadme, que consultaré con mi esposa respecto de qué hacer con vuestro asunto.

»Se allegó a su esposa y le narró lo que había dicho el viejo, agregando luego:

»—Temo el pronto castigo de Dios, si ahora rechazo a este hombre tan simple y tan bueno.

»También la mujer sintió algo similar y dio una respuesta afirmativa. El noble regresó y le dijo al anciano:

»—Buen padre: a causa de vuestra santa ingenuidad, que me ha movido a compasión, quiero devolver a vuestro convento lo que queda de aquel ganado, y también quiero reparar cuanto pueda mis injusticias para con vosotros, y no mortificaros nunca más a partir de hoy.

»Ante estas palabras el anciano expresó su agradecimiento, regresó contento con su botín al convento y les llevó a sus sorprendidos hermanos la respuesta del poderoso. A partir de entonces vivieron en paz y aprendieron por ese ejemplo cuán grande es la virtud de la ingenuidad.»

Tenéis aquí un ejemplo de cómo a veces una acción, que en otras ocasiones está prohibida, puede volverse luminosa y buena gracias a las buenas intenciones y a un corazón puro. En verdad el monje habría cometido un pecado al comer carne, si la ingenuidad no le hubiese disculpado. Y el final de la historia muestra que no sólo no cometió un pecado, sino que además su acción fue meritoria.

De la eficacia del ejemplo

Un abad de la orden negra (benedictino), un hombre bueno y de conducta probada, tenía unos monjes muy caprichosos y descuidados. Un día, algunos de ellos se habían procurado diversos tipos de carne y vinos finos. Por temor a su abad no osaban consumir estas cosas en los recintos del convento, sino que se juntaron en un gran tonel de vino vacío y llevaron allí sus provisiones. Esto le fue informado secretamente al abad, y muy apesadumbrado se allegó de prisa, miró dentro del tonel y con su presencia convirtió la alegría de los bebedores en tristeza. Les observó, viéndoles muy asustados, y simulando estar muy animado se les acercó y dijo:

—Ajá, hermanos, ¿habéis querido celebrar esta francachela sin mi participación? Eso no está bien. Por cierto que os acompañaré.



Y se lavó las manos, comió y bebió con ellos y les devolvió con su ejemplo la alegría perdida. Al día siguiente —pero después de haber prevenido e instruido al prior—, el abad se presentó en el cabildo en presencia de aquellos monjes, le pidió humildemente perdón al prior, simulando temor y temblor, y exclamó:

—Señor prior, os confieso a vos y a todos mis hermanos aquí presentes, que yo, pecador, he caído en el vicio de la gula y que ayer, escondido secretamente en

un tonel de vino y contraviniendo los preceptos y las reglas de mi santo padre Benito, he comido carne.

Tras estas palabras se sentó y comenzó a prepararse para los ejercicios expiatorios. Al prior, que quería impedir que los realizara, le respondió:

—Dejadme sufrir los latigazos; es mejor que expíe aquí que en la vida futura.

Después del castigo y de la penitencia volvió a su sitio. Pero aquellos monjes temieron que les llamaría si ocultaban su culpa, de modo que también se levantaron y confesaron el mismo pecado. El abad les hizo aplicar un fuerte castigo por un monje previamente instruido para ello, les vituperó en duros términos y les amenazó con severas penas en caso de que volviera a suceder algo similar. Como un médico sabio, curó así con el ejemplo lo que no podía remediar con palabras.

Castigo de un jugador que blasfemó contra la Virgen

En el *Librum Miraculorum* de Claraevallis leemos algo espantoso sobre dos jugadores. Como uno de ellos había perdido el juego y sintió envidia del otro, que había tenido suerte, comenzó a blasfemar contra Dios Nuestro Señor para mostrar su ira. Mas su camarada, poseído por el mismo espíritu del mal, exclamó:

—¡Calla! ¡Tú ni siquiera sabes blasfemar bien! —tras lo cual comenzó a injuriar y a calumniar a Dios aún más terriblemente. Pero cuando prosiguió insultando y denostando a la Madre de Dios, sintióse una voz desde arriba:

—Que yo sea calumniado aún puedo consentirlo, pero que lo sea mi madre no lo puedo tolerar.

Pronto un invisible rayo horadó al hombre allí mismo, dejándole una herida visible; entre espumarajos el jugador entregó su alma a Dios.

El abad Pedro de Clairvaux y el caballero

El señor Pedro, abad de Clairvaux, a quien una enfermedad había dejado tuerto, un hombre santo, sucesor del apóstol Pedro tanto por el nombre como por sus actos, era llamado «Hijo de la Paloma» por su gran pureza e inocencia. Con él y con sus hermanos mantenía una querrela un caballero a causa de ciertas propiedades. Fijaron un día en que el caballero llegaría a un acuerdo con el abad, o presentaría su querrela ante el juez.



El caballero concurrió con sus amigos, y también llegó el abad, acompañado sólo por un monje ingenuo. Pero no acudieron a caballo, sino a pie. El honorable abad, que amaba la paz y la pobreza y despreciaba las posesiones temporales, le dijo al caballero ante todos los presentes:

—Eres un hombre de Cristo. Si dices verdadera y realmente que las propiedades en cuestión te pertenecen y tienen que llegar a ser tuyas, tu testimonio me basta.

Aquél, más preocupado por conseguir las propiedades que por la verdad, contestó:

—Digo con verdad que estas propiedades son mías.

El abad replicó:

—Pues que sean tuyas; no las reclamaré en el futuro.

Y así regresó a Clairvaux. El caballero llegó a su casa y se presentó ante su esposa con aires de triunfador; pero una vez que le hubo relatado todo lo que había dicho el abad y lo que él mismo había hecho, la mujer se asustó mucho con aquellas palabras tan puras e ingenuas y dijo:

—Has actuado pérfidamente contra este santo abad; Dios nos castigará. Si no devuelves las propiedades al convento, no quiero tratar más contigo.

Atemorizado, el caballero se dirigió a Clairvaux, renunció a aquellas propiedades y le pidió perdón al abad por la injusticia cometida.

Del caballero y el manzano

Un caballero, según me lo ha dicho un hombre piadoso, había cometido muchas vilezas. Movidamente por los remordimientos se allegó a un clérigo, se confesó, y éste le impuso una penitencia que no logró cumplir. Luego de haberle sucedido esto repetidas veces, el clérigo le dijo un día:

—Así no llegaremos a nada. Dime, pues: ¿hay alguna penitencia que puedas cumplir?

El caballero replicó:

—En mi finca hay un manzano que da unos frutos tan ácidos y miserables que jamás pude comerlos. Si estáis de acuerdo, sea mi penitencia que durante mi vida no pruebe una sola de esas manzanas.



El clérigo sabía que a menudo una cosa sólo necesita ser prohibida para que, con la ayuda de la carne y del Diablo, se vuelva tentadora, y contestó:

—Por todos tus pecados te impongo que jamás comas a sabiendas los frutos de aquel árbol.

El caballero se marchó y estimó que la penitencia impuesta casi no era tal. Pero el árbol estaba en un sitio en que el caballero podía verlo cada vez que entraba o salía de su granja. Ello siempre le hacía recordar la prohibición, y con el recuerdo pronto sobrevino la más fuerte de las tentaciones. Un día pasó por

delante del árbol y contempló las manzanas. Entonces aquel que tentó y sometió al primer hombre por medio del árbol prohibido le hizo caer en tal tentación que se acercó al manzano y, ya extendiendo su mano hacia una manzana, ya volviendo a retirarla, pasó casi todo el día entre impulso y retroceso. La Gracia le ayudó a que finalmente saliera vencedor. La lucha contra el deseo fue, empero, tan dura, que quedó yaciendo bajo el manzano con el corazón palpitante y murió.

De un abad de San Pantaleón, que entregaba a su hermano dinero del convento

En el convento del santo Pantaleón en Colonia había cierto abad que tenía un hermano carnal, un ciudadano de precisamente esa ciudad. Como le profesaba un amor terrenal, a menudo y en secreto le entregaba dinero del convento. El hermano agregaba este dinero al suyo propio, comerciaba con él y lo malograba, emprendiera lo que emprendiere. Sin que supiera cómo el dinero del convento parecía convertirse en fuego y el suyo en paja. Y puesto que estaba bastante versado en negocios y era más prudente que sus colegas, no podía sino sorprenderse en gran modo del florecimiento de aquéllos y de su propio fracaso. Como el abad, movido por la compasión, le daba dinero una y otra vez, y el hermano, en vez de progresar, sufría pérdidas cada vez mayores, el propio abad comenzó a empobrecerse y le dijo:

—Hermano, ¿qué haces, por qué malgastas así tu fortuna en perjuicio tuyo y mío?

Aquél respondió:

—Vivo muy modestamente, comercio con la mayor prudencia. No puedo entender qué sucede conmigo.



Por fin se arrepintió y se apresuró a ver a un clérigo, a quien en la confesión le contó lo que le había ocurrido. El clérigo le dijo:

—Atente a mi consejo, y pronto te enriquecerás. El dinero de tu hermano es dinero robado, por lo cual ha devorado el tuyo. En el futuro no aceptes nada más de él; por el contrario, comercia con lo poco que te queda, y verás que te protege la mano bondadosa de Dios. Pero de todo lo que ganes, devuélvele la mitad a tu hermano y vive del resto, hasta que hayas devuelto todo el dinero que habías recibido del convento.

¡Maravillosa es la gracia de Dios! El hombre siguió el consejo de su padre confesor y al poco tiempo se había enriquecido tanto, que no sólo tenía él mismo más que suficiente, sino que incluso pudo devolverle a su hermano lo que éste le había dado. Cuando el abad le preguntó:

—¿De dónde te viene esta riqueza, hermano?

Este le contestó:

—Mientras cogía del dinero de tus hermanos del convento, siempre fui pobre y miserable, y tú cometías un grave pecado dándome lo que no era tuyo, y yo actuaba con la misma maldad al aceptar lo que era de otros. Desde que me arrepentí y abominé del latrocinio, la bendición de Dios me ha dado la abundancia.

Tan valioso es el buen consejo en la confesión.

De la salvación del alma

Hace pocos años, un sacerdote pronunció en París unas palabras terribles contra los obispos: «Puedo creer cualquier cosa, menos que un obispo alemán pueda ganar el cielo.»

Novicio: ¿Por qué condenó más a los obispos alemanes que a los franceses, ingleses, lombardos y...?

Monje: Puesto que casi todos los obispos alemanes portan ambas espadas, la espiritual y la real; puesto que deciden sobre la vida y la muerte y libran guerras, tienen que ocuparse más en la paga de los soldados que en la salvación de las almas a su cuidado. Sin embargo hallamos entre los obispos de Colonia, que eran a la vez príncipes de la Iglesia y temporales, a algunos santos, como San Bruno y los santos Heriberto y Anno. Pero en ocasión de la expresión citada se me ocurren otras palabras, aún más terribles, que dijo un difunto contra los obispos.



En Clairvaux, en nuestros tiempos, se eligió obispo a un monje. Los que lo habían elegido querían ir a buscarlo, y al negarse éste a asumir la carga de su función, se agregó la orden de su abad. Pero el monje no se sometió. Se le dejó en paz, y poco después murió. Tras su muerte se le apareció a uno de sus parientes; éste le preguntó acerca de su situación y si su desobediencia de entonces le causaba problemas ahora. El monje contestó:

—No. Si hubiera obedecido aceptando el episcopado, habría caído en la condenación eterna —y agregó las siguientes palabras—: La Iglesia ha llegado a tal punto que sólo merece ser gobernada por obispos réprobos.

—En la época del emperador Federico, abuelo del Federico que ahora nos gobierna, el obispo Cristian de Maguncia estaba sentado una vez al lado de un obispo lombardo. Sonrióse y dijo:

—Estimo que mi diócesis no es más pequeña que toda la Lombardía.

Empalideció aquel obispo bueno y se preocupó al pensar en el peligro que le aguardaba al otro cuando tuviera que rendir cuentas. Le contestó: —Conozco los nombres de todos los que me han sido encomendados y llevo esa relación siempre conmigo.

Dicho esto, le mostró la lista al obispo de Colonia.

La confesión en el sueño

Un joven fue admitido en el noviciado de un convento de nuestra orden. Pero después de muy poco tiempo este novicio enfermó gravemente y se acercó a la muerte. Ahora bien: aún no había hecho confesión general ante el abad, como es costumbre en nuestra orden, porque éste se hallaba ausente. Como esperaba anheloso al abad, pero éste no venía, le confesó todos sus pecados al prior. Y así llegó su última hora antes de que regresara el abad. Pero esa misma noche, en que el abad dormía en una posada, se le apareció ante su cama el espíritu del difunto, implorándole humildemente que se le concediera confesarse ante el abad.

—Gustoso te escucharía —le contestó el abad al novicio; entonces el joven confesó todos sus pecados en el mismo modo y orden que al prior. Su arrepentimiento era tan grande que hasta parecían caer lágrimas de los ojos del novicio en el pecho del abad, pues durante su confesión el novicio estaba inclinado por sobre el abad. Una vez finalizada la confesión, pronunció estas palabras:

—Ahora, padre, me alejo con tu bendición; si no me hubiera confesado a ti, jamás habría podido salvarme.

Con estas palabras el abad se despertó y quiso comprobar si esta aparición había sido real o si, como a menudo ocurre, no había sido un engaño de la imaginación. Palpó el hábito en su pecho, hallándolo completamente mojado y humedecido por derramamientos de lágrimas. Se sorprendió mucho, y al narrarle su sueño al prior en el convento, éste le contestó:

—La aparición ha sido real, y la confesión literalmente verdadera.

Cristo como pobre

No hace mucho tiempo, un pobre, no sé por qué motivo, quería hablar con el duque Enrique, que aún vive, e intentó llegar a él. Uno de los ayudas de cámara, furioso, le cogió de los hombros y le azotó despiadadamente con el palo; esto lo vio un lego de nuestra orden y suspiró, pues se compadecía de aquél hasta las lágrimas. A la noche siguiente se le apareció en sueños el Salvador sobre el altar y en gran esplendor le dijo:

—Te agradezco que ayer te hayas compadecido tanto de mí, cuando el ayuda de cámara del duque me castigó sin motivo y de modo tan despiadado.

Con esta voz, el lego se despertó, y reconoció que Cristo sigue sufriendo en sus miembros hasta el día de hoy.



Del interpretar signos

El año pasado, el difunto abad Teobaldo de Eberbach nos narró lo siguiente: Un monje que estaba de viaje oyó cantar a un cucú. Contó veintidós voces. Lo interpretó como signo de que aún le quedaban otros tantos años de vida. «¡Ea —se dijo—, aún he de vivir veintidós años! ¿Tanto tiempo he de enterrarme en el convento? Volveré al mundo, me consagraré a la vida profana y gozaré sus placeres durante veinte años. En los dos años que entonces me queden haré penitencia.» Pero Dios, que aborrece la interpretación de signos, dispuso sus designios de otro modo. Los dos años que aquél había destinado al arrepentimiento se los dejó pasar en la vida profana, pero los veinte años que aquél había destinado a la vida profana se los restó (y lo hizo morir).



De la tentación de lo prohibido

Hay en la diócesis de Colonia dos familias nobles, orgullosas y poderosas por su grandeza, fortuna y fuerza. Una de ellas proviene de Bachem, la otra de Gürzenich. Una vez hubo entre ellas unas querellas tan violentas y mortales, que nadie —ni siquiera su propio obispo— pudo calmarlas; antes bien, las hostilidades volvían a estallar una y otra vez en forma de robos, asesinatos e incendios. Y los de Gürzenich erigieron en el bosque de sus tierras una casa sólida, no por miedo a los enemigos, sino para juntarse todos en ella, hacer un alto y combatir a los otros aún más encarnizadamente en ataques conjuntos. Tenían un siervo llamado Steinhard, a quien le habían confiado la llave de la fortaleza. Pero éste, incitado por el diablo, les envió en secreto un emisario a los contrarios y les prometió entregarles a sus amos junto con la casa. Sin embargo, los de Bachem temían una traición y dieron poca importancia a sus palabras. Pero después que les hubo enviado el emisario otra vez y luego una tercera, llegaron un día armados y, por temor a una trampa, en gran número, y esperaron al siervo cerca de la casa. El traidor salió a verlos y, cuando continuaron mostrando recelos, los convenció quitándoles las espadas a sus señores, que estaban durmiendo dentro de la casa, y llevándolas afuera. Los hombres armados prorrumpieron en la casa y mataron a todos; tal cual se lo habían jurado, al siervo lo acogieron entre ellos. Más adelante



este miserable, preocupado por su abominable acción y lleno de miedo, se dirigió a la Santa Sede, confesó su culpa y se le impuso una penitencia adecuada. Pero sucumbió al tentador y no cumplió su penitencia. De nuevo fue corriendo a la sede del Papa y asumió otra penitencia que tampoco cumplió. Esto se repitió varias veces. Ahora el padre confesor le tomó aversión a aquel sujeto; quería desembarazarse de él, y al ver que seguía igual, le dijo:

—¿Conoces algo que puedas asumir como penitencia y además cumplirlo?

—Jamás he podido comer ajo —contestó el hombre—. Sé con seguridad que si el castigo por mis pecados fuera comer ajo, jamás lo quebrantaría.

El padre confesor respondió:

—Ve, y en el futuro, y como castigo por tus grandes pecados, jamás te estará permitido comer ajo.

El hombre abandonó la ciudad, vio unos ajos que crecían en un jardín, y por designio del Diablo comenzó a desearlos en el acto. Se detuvo, los miró y se vio fuertemente tentado. Las ansias crecientes le impidieron seguir su marcha, aunque no se atrevía a coger el ajo prohibido. ¿Qué más he de decir? Al final, la seducción del paladar fue más fuerte que la obediencia; el hombre entró al jardín y comió. ¡Cuán extraño! Mientras el ajo le había estado permitido, por bien cocido y

preparado que estuviera, jamás había podido probarlo; pero ahora lo comía, en contra de la prohibición, crudo e inmaduro. Tras haber caído tan lamentablemente en la tentación, regresó muy embarazado a la curia y narró lo que había hecho. El padre confesor lo rechazó entonces con gran indignación y le prohibió que siguiera molestándolo. No sé qué ha sido finalmente de ese hombre.



De la desventaja del predicar

Durante una festividad, el abad Gevard, antecesor del actual, nos dio una prédica en el cabildo. Entonces se dio cuenta de que los más, sobre todo algunos convertidos, estaban durmiendo e incluso roncando. De pronto exclamó a viva voz:

—¡Oíd, hermanos, oíd! Os contaré un cuento nuevo y bonito. ¡Había una vez un rey llamado Arturo... —pero en vez de proseguir en este punto, dijo—, mirad, hermanos, qué triste! Mientras hablaba de Dios os dormíais. Pero en cuanto comienzo a narrar frivolidades, todos despertáis, aguzáis los oídos y atendéis.

Yo mismo estuve presente en aquella oportunidad.



La penitencia del noble

Cierto caballero llamado Heinrich, de Bonn, participó una vez en nuestros ejercicios cuaresmales de contrición. Regresado a su tierra, se encontró un día con nuestro abad Gevard y le dijo:

—Señor abad, vendedme la piedra que está entre tal y cual columna de vuestro oratorio; por ella os daré todo lo que me pidáis.

—¿Para qué la necesitáis? —preguntó el abad.

—Quiero colocarla en mi cama —contestó aquél—. Pues tiene la propiedad de que un insomne no necesita más que poner su cabeza en ella para dormirse de inmediato.



Eso se lo había infligido el Diablo durante aquella penitencia cuaresmal: toda vez que al ir a la iglesia para rezar y se sentaba en aquella piedra, le asaltaba el sueño. De modo similar, un noble que había estado en Himmerode con el mismo fin penitente, habría dicho:

—Las piedras del oratorio del convento son más blandas que todas las almohadas de mi casa.

La tribulación de un convento

En Brabante hay una casa de nuestra orden, con el nombre de Villers; en ella se atendía muy bien a los huéspedes y necesitados, tal cual sigue haciéndose hoy día. El año pasado había una época difícil en la provincia, por lo cual los monjes hicieron en el convento una estimación de cuánto les retribuiría la cosecha y, pues así son las humanas debilidades, temieron pérdidas y se pusieron de acuerdo en no seguir brindando las abundantes dádivas que solían prodigar a los pobres hasta pasadas las cosechas. Ello sucedió, como se evidenció más tarde, por una tentación del diablo. En la noche siguiente —así nos lo ha narrado un monje que acaba de venir de aquel convento— desbordó el estanque de peces cercano a la casa, inundando varios depósitos y causando grandes daños. Los hermanos, unos hombres honrados y piadosos, buscaron el motivo de esta tribulación en sus pecados y sobre todo en la avaricia que habían dirigido contra los pobres; modificaron aquella resolución y continuaron brindando los donativos acostumbrados.



La cruz que hacía reverencias

Según me han contado, no ha mucho que en nuestra provincia un caballero había dado muerte al padre de otro caballero. Por una casualidad, el hijo pudo apoderarse del asesino. Cuando, blandiendo la espada, quiso matar a aquél en venganza por la muerte de su padre, el asesino se echó a sus pies y le dijo:

—¡Señor, os pido por el honor de la Santísima Cruz, en la que Dios se compadeció del mundo, que tengáis vos también piedad de mí!



Turbado por esas palabras, aquél se detuvo y pensó qué debía hacer; la misericordia se hizo fuerte en él, de modo que levantó al asesino y le contestó:

—Mira, en honor de la Santa Cruz, y para que El, que padeció en ella, me absuelva de mis pecados, no sólo te perdono tu culpa, sino que además seré tu amigo—, y le dio el beso de la paz.

Poco después el caballero, signado con la cruz, atravesó el mar, y al llegar junto con otros cruzados, respetados hombres de su provincia, a la iglesia del Santo Sepulcro y pasar por el altar más próximo, la imagen del Señor hizo desde la cruz una profunda reverencia ante él. Algunos de ellos, al percibir esto, pero sin saber a quién le correspondía tan alto honor, consultaron entre sí y luego

regresaron por separado, uno tras otro, a aquel lugar, pero la imagen sólo se inclinaba ante él. Entonces le preguntaron el motivo, y al reconocerse indigno de semejante honor, le volvió a la memoria lo que hemos narrado arriba. Los hermanos a quienes se lo contó se admiraron de tamaña humildad de Dios, y se dieron cuenta de que la reverencia de la imagen había significado un agradecimiento.

La Virgen María y el clérigo pobre

Un abad de nuestra orden me contó una historia muy divertida sobre santo Tomás de Canterbury, quien se convirtió en mártir en nuestros tiempos; el suceso en cuestión no puede hallarse en su Pasión ni leerse en los libros que relatan sus milagros. Un clérigo tonto de su diócesis no sabía otra misa aparte de la de Nuestra Señora, y la celebraba todos los días. Por eso se presentó una queja ante el santo obispo, y por la honra del sacramento le prohibió al sacerdote que de allí en adelante dijera la misa. Ello motivó que el clérigo se empobreciera mucho; pero como invocaba apremiado a la Santa Virgen, ésta se le apareció y le dijo:



—Ve a ver al obispo y dile de mi parte que te devuelva tu ministerio.

El clérigo opinó:

—Señora, soy un hombre pobre y débil; no me escuchará; ni siquiera lograré que me reciba.

—Ve tranquilo —le dijo la Virgen—, te allanaré el camino.

—Señora —replicó el clérigo—, el obispo no dará crédito a mis palabras.

La Virgen dijo:

—Le darás el siguiente indicio: una vez, a tal y cual hora y en tal y cual lugar, remendó su cilicio, y yo le ayudé al sostenérselo de un costado. Entonces te creerá de inmediato.

A la mañana siguiente, el sacerdote pudo llegar sin inconvenientes hasta el obispo y le transmitió el mensaje de la Santa Madre de Dios.

—¿Cómo he de creerte que realmente has sido enviado por ella? —preguntó éste, y el clérigo le contó aquella señal del cilicio. Después de escucharle, el santo obispo dijo sorprendido y asustado:

—Te devuelvo tu ministerio y te prescribo que no digas ni celebres sino la misa de Nuestra Señora; pero además, reza por mi alma.

Visita al infierno

Lo que sigue me lo ha contado repetidas veces nuestro anciano hermano Conrado, que tiene casi cien años. Puesto que él mismo proviene de Turingia y que antes de su conversión había hecho el servicio militar, conocía muchos detalles de la historia del *landgrave* Ludwig. Este, al morir, dejó a dos hijos como herederos: Ludwig, que cayó en la primera cruzada bajo el emperador Federico, y Hermann, que devino sucesor del *landgrave* en el gobierno y murió hace poco. Ludwig



empero, que era un hombre recto y humano o, mejor dicho, menos malo que otros tiranos, publicó una vez el siguiente llamamiento: «Si alguna vez se encontrara quien pudiera decirme la verdad fidedigna sobre el alma de mi padre, le regalaría una hermosa casa.» Llegó esto a oídos de un caballero pobre, que tenía por hermano a un clérigo muy versado en las artes negras. Tras haberle comunicado las palabras del soberano, el clérigo dijo:

—Querido hermano, antes solía conjurar con ciertos dichos al Diablo y le preguntaba lo que quería, pero hace tiempo que he renunciado a tales entrevistas y artes.

El caballero se lo pidió de mil maneras, le recordó su pobreza y el regalo prometido, y al final el clérigo cedió a sus ruegos y evocó a un espíritu del mal. El genio acudió y preguntó qué quería.

—Lamento haberme mantenido apartado tanto tiempo de ti —contestó el clérigo—. Te conjuro a que me digas dónde reposa el alma de mi señor, el *landgrave*.

—Si quieres venir conmigo te lo mostraré —dijo el demonio.

—Lo vería con gusto —contestó aquél— si pudiera hacerlo sin que peligre mi vida.

—Te juro por el Supremo y por su terrible juicio —dijo el demonio— que si te confías a mí, te llevaré hasta allí y te devolveré aquí sano y salvo.

Por su hermano, el clérigo se sometió y montó en la nuca del diablo. Este lo llevó en poco tiempo hasta la puerta del infierno. El clérigo miró hacia dentro y vio lugares horribles y castigos de todo tipo, y también a un diablo de aspecto terrible, que estaba sentado sobre un agujero tapado. Al verlo, el clérigo tembló como un azogado. Este diablo le preguntó a aquel que llevaba al hombre:

—¿A quién llevas ahí en el cuello?

—Es un amigo nuestro —contestó éste—. Con tu alto poder le he prometido mostrarle el alma de su *landgrave* y retornarlo sano y salvo, para que proclame ante todos tu poder inconmensurable.

De inmediato, aquél quitó la tapa ardiente en la que había estado sentado, introdujo una trompeta de bronce en el agujero y la tocó con tanta fuerza que al clérigo le pareció que se estremecía todo el universo. Después de una larga hora que le pareció infinita, el abismo escupió llamas de azufre, y junto con las chispas se elevó el *landgrave*, de modo que el clérigo podía verlo hasta el cuello. Ludwig dijo:

—Mira, heme aquí, un pobre *landgrave*, antes tu soberano. Pero ahora preferiría no haber nacido jamás.

—Me envía vuestro hijo —dijo el clérigo— para que pueda informarle sobre vuestro estado; y debéis decirme si se os puede ayudar de algún modo.

Aquél contestó:

—Mi estado ya lo ves. Pero has de saber: si mis hijos devolvieran y dieran en herencia tales y cuales propiedades, de las que me he apoderado injustamente, a

tales y cuales iglesias —las citó por sus nombres—, mitigarían en mucho los tormentos de mi alma.

Al replicar el clérigo ahora: «Señor, no me lo creerán», el *landgrave* dijo:

—Te diré una seña que sólo conocemos yo y mis hijos.

Le comunicó la seña y se hundió en el abismo ante los ojos del clérigo, a quien el diablo llevó de vuelta. No perdió la vida, pero estaba tan pálido y debilitado que apenas se le reconocía. Transmitió las palabras del padre a los hijos, pero de poco le sirvió al condenado. Ellos no querían entregar las propiedades. Pero el *landgrave* Ludwig le contestó al clérigo:

—Reconozco las señas y no dudo de que hayas visto a mi padre; no se te privará de la recompensa prometida.

Pero aquél dijo:

—Señor, conservad vuestra casa; de ahora en adelante sólo pensaré en la salvación de mi alma.

Se despojó de todo y se convirtió en monje cisterciense.

El monje con las lágrimas

Cuando yo era novicio, cierto monje me contó una historia de un fraile. Un día estaba rezando ante un altar, y el Señor le dotó de tal modo de la gracia de las lágrimas, que humedeció hasta el suelo. Entonces (luego se demostraría que fue por influencia del Diablo) un fatuo sentimiento de gloria se apoderó de él, de modo que se dijo a sí mismo: «¡Oh, ojalá alguien viera cuán agraciado estoy!» Pronto se



mostró aquel que le había inspirado esto, se paró a su lado y miró sus lágrimas muy compadecido. Pero apareció en la figura de un monje negro. Alzando los ojos, el orador, a partir de un terror interno y por la negrura del vestido, se dio cuenta de que el otro era un diablo y el causante de su presunción; y ahora echó con la virtud y con el signo de la cruz a quien había llamado con su pecaminosa vanidad. Por tales peligros, Dios ordena a los oradores encerrarse en su camarín a puertas cerradas, lo cual significa eludir los elogios humanos.

Los piojos y el Reino de los Cielos

El abad Daniel Schönau me contó que un caballero honrado y conocido se había vuelto monje en Camp. Este caballero tenía por amigo a otro guerrero tan valiente como él, que aún pertenecía a la vida secular. Un día el primero instó al segundo a la conversión; a lo cual éste le contestó apocado:

—Por cierto, amigo mío, tal vez ingresaría a la orden, si no hubiera una cuestión que me atemoriza.



El monje preguntó de qué se trataba, y el caballero replicó:

—Las sabandijas en la ropa. Es que en los vestidos de lana hay muchos bichitos.

Aquél se rió y dijo:

—¡Oh, valiente caballero! Quien no teme las espadas en la diabólica guerra, ¿debe temer los piojos en el servicio a Cristo? ¿Los piojos te privarán del Reino de los Cielos?

Aquél calló, pero al poco tiempo su respuesta fue la acción. Movidó por la exhortación y por el ejemplo del otro, también ingresó en la orden. Luego sucedió una vez que ambos se encontraran en la iglesia de San Pedro en Colonia. El monje de Camp saludó al otro según la regla de la orden y agregó sonriente:

—¿Qué hay, hermano? ¿Aún sigues temiendo a las sabandijas?

Aquél sabía muy bien cuál era el origen de esa pregunta, y contestó, sonriendo también él, con estas buenas y notables palabras:

—Créeme, hermano, y ten la plena seguridad de que aun cuando me picaran todos los piojos de todos los monjes juntos, no lograrían sacarme del monacato.



La gallina gorda

No ha mucho tiempo, unos monjes de Prüm celebraron una francachela en la casa de un sacerdote secular; comieron carne varias veces y bebieron excelente vino hasta la medianoche. Cuando estaban más que hartos de comer, el sacerdote, al primer canto del gallo, llamó a un discípulo, Juan, al que he conocido bien, y le dijo:

—Por cierto, continuemos comiendo. Ve y tráenos la gallina que encuentres sentada en el palo al lado del gallo, pues ésa por lo general está más gorda que las demás, y prepáranosla.



El joven le retorció el pescuezo a la gallina, le abrió el vientre, metió la mano y creyó sacar todas las entrañas. Pero lo que sacó fue un enorme sapo. Sintió que se movía en su mano, lo tiró, vio lo que era y atrajo a todos con sus gritos. Al ver convertidos los intestinos en un sapo, abandonaron sobresaltados el lugar de la comilona, pues se dieron cuenta de que era obra del Diablo. Esto me lo ha contado uno de los hermanos allí presentes que lo vio con sus propios ojos.

Breve tentación

El hermano Gottschalk de Volmuntstein me contó que una vez el Diablo, transformado en uno de sus conocidos, le había ofrecido una fuente con pescados al hermano Hermann de Arensberg. Como aún era muy temprano, éste le dijo que la dejara y que se fuera. Cuando hubo llegado la hora de prepararlos, en la bandeja en la que antes sólo habían podido verse pescados, se encontró bosta de caballo.



El caballero y la Santísima Virgen

En la casa de un rico caballero vivía un caballero joven, vasallo suyo. Y pese a que el joven estaba ya en la flor de la juventud, florecía aún más por la virtud de la castidad. Pero incitado por el envidioso Satán, comenzó a sentirse muy tentado por la esposa de su señor. Luego de haber soportado esta tentación durante un año y tras habersele vuelto insufrible, superó su temor y le confesó su padecer a la señora. Al ser empero rechazado por ésta, se entristeció aún mucho más. Pues era ella una mujer honesta y fiel a su esposo. El joven fue a ver a un ermitaño cuyos consejos seguía al pie de la letra, y entre lágrimas le confesó su pesar. El santo hombre le contestó lleno de confianza:

—¿Nada más te aqueja? Te daré un consejo, de modo que tu aspiración se cumpla. Durante todo este año, y en lo posible todos los días, has de saludar en la iglesia cien veces a Nuestra Señora, la Madre de Dios, con cánticos y genuflexiones, y Ella te dará lo que ansias.

Pues sabía que la amante de la castidad no abandonaría a un joven casto, aunque se hubiera extraviado. El joven cumplió el servicio a la Madre de Dios con gran inocencia; sentado una vez a la mesa de su señor, recordó que aquel día se cumplía el año. Entonces se levantó de inmediato y montó en su caballo, fue a la iglesia vecina y rezó las oraciones acostumbradas. Al abandonar luego la iglesia, vio parada a una dama hermosísima, más hermosa que los mortales; la dama cogió las riendas del caballo del joven. Como él se preguntara quién sería, ella le dijo:

—¿Te gusta mi aspecto?

—Jamás he visto a una mujer más bella que tú —contestó el caballero, y ella replicó:

—¿Te haría feliz tenerme por esposa, o no?

—Verte haría feliz a cualquier rey, y se lo juzgaría dichoso por poseerte —contestó él. Entonces ella dijo:

—Quiero ser tu esposa. ¡Ven y dame un beso!

El tuvo que hacerlo. Ella dijo luego:

—Ahora nos hemos comprometido, y en tal y cual fecha se celebrará nuestro matrimonio ante mi hijo.

Ante estas palabras, el joven conoció que ella era la Madre de Dios, cuya castidad comparte la alegría de la pureza humana. Luego, la Virgen cogió el estribo del caballo, le hizo montar, y él le obedeció dócilmente. A partir de esa hora quedó tan liberado de la tentación, que hasta la esposa de su señor se sorprendió. El joven le narró al ermitaño todo lo sucedido; éste quedó muy admirado tanto por la gracia cuanto por la condescendencia de la Madre de Dios, y dijo:

—Quiero estar presente el día de tu casamiento; ocúpate entretanto de tus cosas.

Así lo hizo el joven, y el día fijado llegó el ermitaño y le preguntó:

—¿Sientes algún dolor?

Aquél dijo que no, pero cuando el ermitaño, una hora más tarde, volvió a preguntarle si sentía algún dolor, respondió:

—Sí, ahora lo siento.

Poco después cayó en agonía, entregó su alma a Dios y entró en la morada celestial para celebrar el casamiento prometido.

El falso Mesías

Creo que fue en Worms, donde vivía un judío que tenía una bella hija. Un joven clérigo que vivía en las cercanías se enamoró de ella, tuvo éxito y la embarazó. Sus casas estaban muy próximas; a menudo podía acercarse sin que lo advirtieran y hablar a voluntad con la muchacha. Al darse ella cuenta de que estaba encinta, le dijo al joven:

—Estoy encinta, ¿qué he de hacer? Si mi padre lo advierte, me matará.



—No temas —replicó él—, ya te ayudaré. Si tu padre o tu madre te dicen: «¿Qué pasa, hija? Tu vientre está hinchándose; parece que estás embarazada», entonces contéstales: «No sé nada de ello; sé que soy virgen y que no he tenido relación con ningún hombre.» Pienso que les convenceré para que te crean.

Luego pensó detenidamente cómo poder ayudar a la joven, e ideó el siguiente engaño. En una noche serena tendió una caña hasta la ventana de la pieza en la que sabía estaban durmiendo los padres, y habló a través de la caña las siguientes palabras:

—¡Alegraos, justos y favoritos de Dios! Vuestra hija virgen ha concebido un hijo que será el redentor de vuestro pueblo Israel.

Luego retiró la caña un poco. El judío, que se despertó con esas palabras, despertó también a su mujer y le dijo:

—¿No has oído lo que nos decía la voz celestial?

La mujer contestó que no, a lo cual él prosiguió:

—Recemos, para que también a ti te honren con aquella voz.

Mientras oraban, el clérigo estaba parado al lado de la ventana y escuchaba atentamente lo que decían. Después de un rato repitió sus palabras anteriores y agregó:

—Debéis honrar mucho a vuestra hija y tratarla con esmero, y cuidar devotamente al niño que ha de parir la Inmaculada; pues será el Mesías que tanto esperáis.

Los judíos estaban jubilosos, ahora seguros de la revelación repetida, y apenas podían aguardar a la mañana. Luego contemplaron a su hija, cuyo vientre comenzaba a redondearse un poco, y le dijeron:

—Dinos, hija, ¿de quién estás embarazada?

Ella contestó según las instrucciones. Los padres apenas podían contener su alegría y no pudieron ocultarles a sus parientes lo que el ángel les había dicho. Estos a su vez siguieron contándolo, y en toda la ciudad se difundió la noticia de que esta virgen pariría al Mesías. Cuando se acercó el momento del parto, muchos judíos confluieron a la casa, ávidos de ser agraciados por el nacimiento del Largamente Esperado. Pero Dios el Justo convirtió la vana esperanza de sus enemigos en ilusión, su alegría en tristeza, su ambición en turbación. Y eso estaba muy bien. Aquellos, cuyos padres, junto con Herodes, no supieron a qué atenerse ante el nacimiento redentor del Hijo de Dios, merecían que hoy día se les engañara con semejante fantasmagoría. ¿Qué más? Llegó la hora difícil para la pobre joven y con ella, como sucede con las mujeres, los dolores, suspiros y gritos. Por fin dio a luz, pero no al Mesías, sino a una hijita.



De la fe verdadera y de la creencia en los milagros

A Besançon llegaron dos hombres, unos lobos vestidos de corderos, que daban apariencia de máxima religiosidad. Estaban pálidos y delgados, iban descalzos y ayunaban a diario; nunca faltaban al servicio religioso matutino en la iglesia y, salvo para sus más modestas necesidades, jamás aceptaban un donativo de nadie. Tan sólo después de haberse conquistado mediante semejante conducta las simpatías de toda la población, comenzaron a escupir su oculto veneno, que consistía en predicarle al pueblo nuevas e inauditas doctrinas heréticas. Para que la masa diera crédito a su nueva doctrina, hacían enharinar el suelo y lo pisaban sin dejar huellas. O caminaban sobre el agua sin hundirse. Luego hacían incendiar unas casillas de madera dentro de las cuales se colocaban, y una vez quemadas las casillas salían ilesos de ellas. Después le decían a la multitud: «Si no creéis en nuestras palabras, creed en nuestros milagros.» El obispo y el clero, al enterarse de esto, estaban consternados. Y cuando se opusieron a esos hombres y los declararon herejes, embusteros y servidores del Diablo, el pueblo casi les apedrea. El obispo era un hombre bueno y sabio, oriundo de nuestra región. Nuestro anciano hermano Conrado le conocía bien, y es quien también me ha contado esta historia. El obispo, pues, vio que aquí con palabras nada podía lograrse y que los servidores del Diablo habían enajenado de la fe al pueblo que tenía encomendado. Entonces llamó ante sí a un sacerdote amigo, muy versado en la magia, y le dijo:

—Esto es lo que ha sucedido. Te pido que mediante tus artes le preguntes al Diablo quiénes son esas gentes, de dónde vienen y mediante qué fuerza realizan milagros tan grandes y sorprendentes. Es imposible que los impulse una fuerza divina, puesto que su doctrina es por completo impía.



—Hace mucho tiempo que he renunciado a estas artes —dijo el sacerdote. Pero el obispo opinó:

—Debes ver que me hallo en un aprieto. O tengo que aprobar la doctrina de aquella gente, o el pueblo me apedrea. Por eso te impongo como castigo por tus pecados que en esto cumplas mi voluntad.

El clérigo accedió e invocó al Diablo. Este preguntó por la causa de tal invocación, y dijo el hombre:

—Me arrepiento de haberme alejado de ti. Y puesto que en el futuro quiero seguirte más que hasta ahora, te pido me des información sobre esos hombres y sobre su doctrina, y me digas en virtud de qué fuerza realizan semejantes milagros.

—Son míos y han sido enviados por mí —replicó el Diablo—, y yo les he puesto en la boca lo que predicán.

El religioso preguntó:

—¿Cómo es que son invulnerables y que no los traga el agua ni los quema el fuego?

—Bajo las axilas, entre la piel y la carne —dijo el Diablo—, llevan cosido el contrato por el cual me han vendido su alma; debido a ello pueden hacer ahora tales cosas y son invulnerables.

El clérigo:

—Y ¿qué sucedería si se les quitara aquellos papeles?

El Diablo:

—Serían débiles como los demás mortales.

Luego el clérigo le dio las gracias al Diablo y le dijo:

—Vete ahora, y cuando vuelva a llamarte, regresa.

Se reencontró con el obispo y le narró todo. Este convocó lleno de alegría a toda la población y dijo:

—Soy vuestro pastor; sois corderos. Si, según decís, esos hombres confirman su doctrina con milagros, también yo ingresaré en sus filas; pero si no es así, corresponde que los castigéis y que volváis arrepentidos conmigo a la fe de vuestros padres.

La multitud exclamó:

—Hemos visto ya muchos milagros de parte de ellos.

El obispo dijo:

—Pero yo no.

En resumen, el pueblo aceptó su propuesta y convocó a los herejes. En presencia del obispo se encendió una fogata en medio de la ciudad. Pero antes que los herejes se expusieran al fuego, el obispo los llamó en secreto y les dijo que quería ver si llevaban un hechizo. De inmediato se desvistieron y dijeron con gran seguridad:

—Revisad nuestro cuerpo y nuestras ropas con detenimiento.

Pero los soldados, según las instrucciones del obispo, les levantaron los brazos, hallaron cicatrices bajo las axilas, las abrieron con cuchillos y extrajeron los escritos allí cosidos. El obispo los guardó, presentó a los hombres ante el pueblo, pidió silencio y exclamó:

—Ahora vuestros profetas entrarán en el fuego. Si salen ilesos, también yo les creeré.

Los miserables temblaron y se negaron a realizar la prueba. Entonces el obispo lo contó todo, el pueblo se enteró del engaño y vio los papeles del Diablo. Lleno de ira, echó a los servidores del Diablo dentro de las llamas preparadas, para que recayeran en el Fuego Eterno igual que su amo.



Hermann Hesse: Caesarius de Heisterbach

Entre las fuentes más importantes de la historia eclesiástica y cultural del siglo XIII se encuentran los escritos del monje Caesarius de Heisterbach. En efecto, historiadores de la cultura, filólogos, teólogos católicos y protestantes se han ocupado de él con frecuencia y a veces en profundidad. Pero fuera de la reducida república de los sabios casi nadie conoce al humilde monje, excepto algunos silenciosos admiradores seculares. Como tal quiero hablar de él.

Estoy demasiado poco versado en las ciencias para poder dar una caracterización y crítica detenidas. Pero le he ganado afecto a este homilético y fabulista de Heisterbach en horas de lectura amena e instructiva, y le cuento entre los tesoros ocultos de nuestra literatura antigua; hasta le considero un poeta, lamento que nadie le conozca y lamento más aún que ríe hubiera podido escribir sino prédicas y libros doctrinales para conventos cistercienses.

Caesarius nació hacia 1180, probablemente en Colonia, que era en aquel momento una de las ciudades más ricas e importantes de Alemania. Murió hacia 1245 siendo prior (?) en el convento de Heisterbach. En su juventud visitó el colegio de San Andrés en Colonia y acumuló un saber bastante considerable; sobre todo, no aprendió sólo el latín litúrgico estereotipado, sino que también leyó a unos cuantos autores clásicos y se compenetró íntimamente de la lengua. Pero pese a su naturaleza modesta y pasiva recorrió la Colonia grandiosa y guerrera de entonces con los ojos y, además de su contacto con teólogos, sacerdotes y discípulos, observó muy bien la vida activa de la rica ciudad. Al menos sabe narrar expresivamente sobre el movimiento ciudadano de los comerciantes y joyeros, soldados, artesanos y abogados.

Pero pronto el clero mundano de Colonia le resultó demasiado ruidoso al tranquilo y probo joven; era un hombre sinceramente piadoso y fiel, sin grandes ambiciones ni un espíritu emprendedor dirigido hacia las cosas externas, sino más bien un silencioso observador y cavilador un poco ensoñado. Le producía placer la tranquilidad para componer e inventar fábulas e historias; su observación del mundo partía del deseo de no reducir a la teoría la multiplicidad de sucesos cotidianos, sino de armonizarla inalterada con los principios de su fe. Puesto que su fe no estaba filosóficamente modelada, sino que era una aceptación del dogma eclesiástico con algunos añadidos escolásticos, resulta claro que Caesarius tendiera a creer en los milagros justamente a consecuencia de su fuerte sentido de realidad. Si realmente existía un Dios personal omnipotente, si en verdad había

santos que mediaban entre el Cielo y la Tierra, nada era más natural que el milagro.

Nada más lógico, por ende, que el hecho de que el joven se encaminara hacia la vida monacal. Ingresó en Heisterbach bajo el abad Gevard y fue durante toda su vida un hermano modesto, contento y piadoso. Heisterbach había sido fundado hacía muy poco tiempo por la orden de los cistercienses; sólo hacía diez años (1189) que lo habían poblado hermanos de Himmerode. El propio Caesarius cuenta su conversión: «Cuando el rey Felipe I devastó nuestro arzobispado, fui con el abad Gevard a Colonia. En el camino me recomendó fervientemente que me hiciera monje, pero no me convenció. Entonces me contó finalmente aquel precioso milagro, cuando una vez en Clairvaux, durante la época de la cosecha, mientras los monjes cortaban el trigo, la Madre de Dios, su madre Ana y la santa María Magdalena descendieron de la montaña y se dirigieron al valle en magnífica claridad, les secaron el sudor a los monjes y les hicieron llegar brisas frescas; y terminó su narración. Esta aparición me conmovió tan profundamente que le prometí al abad que no elegiría sino su convento, si Dios alguna vez me diera la voluntad. En aquella época aún no estaba libre, pues había prometido una peregrinación a la Virgen de Rocamadour. Tres meses después había cumplido mi promesa y, sin que lo supiera ninguno de mis amigos, fui a Heisterbach.»

Aparte de algunos viajes al servicio de la orden, Caesarius permaneció desde entonces (1198) constantemente en Heisterbach, al que también llamaba Valle de San Pedro (Vallis Sancti Petri). Con el correr del tiempo obtuvo la función de maestro de novicios y tal vez también la dignidad de prior bajo los abates Gevard y Heinrich, hasta que murió a mediados de la década del cuarenta.

En Heisterbach comenzó, seguramente ya bastante temprano, sus trabajos literarios, y halló amplio reconocimiento. Además de tratados teológicos y de apreciadas homilias, escribió una Vida de San Engelberto de Colonia, una de la Santa Elisabeth, un escrito (no publicado) sobre los abades de Prüm, una obra (*Diversarum visionum seu miraculorum libri ocio*), de la que se conserva sólo un fragmento y, finalmente, el *Dialogus Miraculorum*, su obra principal, la única de la que ha de hablarse aquí. Existe una excelente edición en dos volúmenes de la misma: *Caesarii Heisterbacensis monachi Dialogus miraculorum rec.* Jos. Strange, Coloniae, 1851. En cuanto a literatura sobre Caesarius sólo conozco el libro de A. Kaufmann (2.^a edición, Colonia, 1862). Contiene valiosas descripciones histórico-culturales, varios fragmentos traducidos del *Dialogus* y en el apéndice el texto latino de las primeras veintitrés partes de los ocho *libri miraculorum*. Les será indispensable a aquellos que quieran conocer más detalles acerca de Caesarius.

Este es, en breves palabras, el contenido de su vida. Parece muy poca cosa, pero al leer el *Dialogus* se convierte en algo rico, sorprendentemente delicioso y polifacético.

La magnífica obra tuvo su origen en la práctica como maestro de novicios. Fue escrita alrededor de 1122. Es una especie de libro didáctico para los novicios de la orden, a quienes intenta enseñar la cosmovisión y la teología de la misma. Lamentablemente, hoy día ya no se escriben tales libros de texto; al menos entre los de mi época escolar no hay ninguno con el que su autor pueda despertar interés o cubrirse de honor en siglos venideros. Si bien Caesarius da definiciones, formuladas a conciencia, de la conversión, contrición, y confesión, de los premios y castigos divinos, no se las introduce a sus alumnos en la garganta cruelmente y con aridez indigerible, sino que las ofrece como de paso y en dosis pequeñas y saludables.

Su *Dialogus* tiene doce secciones que consisten a su vez en breves capítulos, y cada sección trata una cuestión principal del dogma o de teología práctica. Por tanto, el libro debería ser para nosotros un monstruo de aburrimiento. Pero es lo contrario. Es una obra de un narrador ameno, de un solitario fabulador, la creación de un poeta, el espejo de una época vivamente agitada y a la vez de un ser humano puro y bueno. Pues los capítulos no contienen dogmas y tesis, sino cada uno una historia pequeña y muy bien narrada, ya una divertida y farsesca, ya una seria y amarga, ya una conmovedora y fina.

La forma de diálogo es una mera máscara. Las personas del diálogo son un monje y un novicio. El monje enseña, el novicio aprende, aquél instruye, éste pregunta o reflexiona. Pero el modo en que el monje enseña convierte el diálogo en algo superfluo. Enseña a través de ejemplos, historias, a las que luego se agregan dos, tres breves preguntas y respuestas teológicas, a veces ninguna. Se comienza con una *distinctio*, se parte de una cuestión a enseñar, pero con la narración de cuentos el monje entra en calor, el novicio se olvida de formular preguntas, y sólo después de un buen rato ambos recuerdan la cuestión, y el monje explica *a posteriori* hasta qué punto sus cuentos se relacionan con el tema teológicamente planteado.

Sin embargo, el libro doctrinal también es excelente en cuanto tal; pues por más que el autor se desvíe, sigue siendo el mismo hombre probo, bienintencionado y bueno, cuya naturaleza educa de por sí, y también sigue siendo un convencido creyente y monje. Aun cuando a veces llegue a lo burlesco, percibimos detrás del narrador que juega con las ideas al religioso serio e impertérrito, y cuando narra los milagros de la Virgen adquiere, además de la descripción siempre dominada y por completo plástica, una ternura fina y poética sencillamente conmovedora.

El contenido de la obra, como ya dice el título, lo constituyen sobre todo cuentos sobre milagros. El autor sea tal vez aun más milagrero que su época; nunca somete los milagros a una crítica. Para él, la diaria intervención de poderes suprasensoriales buenos y malos en la vida humana es algo demostrado y hasta evidente. Pero no pinta imágenes esquemáticas, no convierte a sus figuras en

nubes ni en nubes de incienso, sino que hace que los hombres sigan siendo humanos, y describe a santos, ángeles y demonios de modo antropomórfico. Y sus narraciones son sólidas, sus representaciones no son ficciones sino recuerdos y observaciones. Habla sobre la vida de los monjes, comerciantes y seglares, sobre guerras y cruzadas, sobre mercados y viajes en barco, sobre sabios y necios, sobre historias de amor, de crímenes, de latrocinios. Tampoco oculta la existencia de situaciones graves ni de hombres malos en la Iglesia y en los conventos; a veces incluso acusa seriamente a la Iglesia secular, y cuando tiene que decir algo malo sobre los monjes, e incluso sobre los de su propio convento, lo hace con vergüenza y tristeza, y con toda discreción, pero honesta y objetivamente. Así nos proporciona cuadros valiosos de la vida de todos los estratos sociales, de la historia civil y de la historia eclesiástica, y siempre da la impresión de una veracidad incuestionable. Comparte la fe y también la superstición de su época; no sólo conoce milagros, ángeles y apariciones, sino que también sabe de nigromantes, adivinos, magos, demonios y artes diabólicas. Por cierto que la región de Alemania en la que vivía era especialmente fértil en estos terrenos y produjo, entre otras cosas, el mal reputado «martillo de las brujas». A Caesarius se le ha reprochado credulidad y demasiada ingenuidad. Incluso se le ha acusado de haber favorecido la superstición y de haber contribuido indirectamente a los posteriores y terribles procesos contra las brujas. No quiero defenderle, pero me parece un tanto exagerado, sobre todo cuando el propio Caesarius es al propio tiempo una de las fuentes más importantes del conocimiento del mundo de las ideas de entonces en aquellas tierras.

La cuestión se presenta de modo totalmente distinto cuando se considera a Caesarius sólo como escritor. Entonces se convierte en secundario lo que al teólogo o al historiador debe parecerle lo principal. Y visto así, el autor, que de por sí es simpático, honesto y apreciable, sale ganando aún más.

Sobre todo, escribe en un latín que nadie escribía mejor en su tiempo y región. No es latín clásico. Pero está tan alejado del esquemático latín promedio del lenguaje eclesiástico como del latín germanizado, torpemente violento, de algunos cronistas. En lo esencial, el relato está sentido y pensado en latín, por lo cual es claro y conciso; sobre todo, las construcciones son simples. Faltan por completo las construcciones sintácticas forzadas, y los medios retóricos sólo se emplean poco y de modo discreto. Como narrador, Caesarius puede ser llamado un artista, y algunos de sus cuentos pueden compararse con los buenos trabajos de tempranos novelistas románticos. De todos modos, por la tendencia y el objetivo didáctico, aquí se le imponen ciertos límites, que sólo pocas veces sobrepasa. Más importantes que la composición son la plasticidad, la honestidad y seguridad literaria de las narraciones. Casi siempre se informa, al principio y muy brevemente, de por quién y cuándo el autor se ha enterado de la historia, y a veces ya esta frase introductora tiene una fuerza tenue y sugestiva que despierta

nuestra curiosidad y receptividad. Luego sigue la narración misma, breve y clara. Aquí no hay que buscar las culminaciones de las soluciones internas, que dan en la narración artística los puntos de cristalización, porque si bien las historias son independientes y completas, les sigue un discurso con una explicación de los procesos internos decisivos en forma de *dialogus*. En cambio, se describen con gran seguridad y convicción todas las acciones y sucesos. El lugar de la acción, los personajes, sus relaciones mutuas, el origen, desarrollo y solución de la intriga resultan limpios, breves y a menudo fascinantes. A pesar del latín, el discurso directo suele tener un sonido popular y vivo: oraciones breves, a menudo sin verbo, y a veces formulaciones jocosas.

Predomina la anécdota: breves ejemplos de una conversión o de un castigo, pequeñas escenas de la vida mundanal y conventual, agudezas, respuestas acertadas y también ilustraciones vivas de pasajes de la Biblia. A menudo no tienen más de diez líneas, y manan inagotables de una memoria inmensamente segura y cuidada, y de una observación realista y clara de la vida cotidiana... un cofrecillo de joyas de experiencias, ocurrencias y sabiduría de proverbios. Caesarius asegura solemnemente que no ha inventado o modificado voluntariamente ninguna historia. Podemos creerle sin vacilar, incluso cuando calla, con gran discreción, los lugares y nombres propios. También cita sus fuentes en casi todos los casos, y muchas de las personas a las que les debía tal o cual anécdota, aún estaban con vida y muy próximas a él en el momento de escribirse el libro. Algunas historias también tratan procesos que le resultaban psicológicamente incomprensibles al autor, de modo que se atiene aún más fielmente a los hechos, con lo cual a menudo obtiene sin proponérselo efectos de una doble fuerza: así sucede en los relatos conmovedoramente objetivos de suicidios de monjes y monjas, cuyas dudas religiosas y terribles tentaciones le resultaban extrañas y crueles a este narrador sereno y contemplativo.

Sería fácil explotar el material del *Dialogus*. Pero no me interesa hacerlo, y además se encuentran suficientes pruebas importantes para la historia de la cultura, diligente y bellamente escogidas, en el citado libro de Kaufmann sobre Caesarius.

De las «Gesta romanorum»,
según la versión de
J. G. Th. Graesse



De la soberbia excesiva, y de cómo los orgullosos llegan a menudo a la mayor humillación

Gobernaba antaño el muy poderoso emperador Jovinianus; en una ocasión en que estaba tendido en su cama, el corazón se le hinchó con una increíble soberbia, y se dijo: «¿Hay otro dios además de mí mismo?» Mientras esto pensaba se apoderó el sueño de él, y al levantarse temprano reunió a sus guerreros y les dijo:

—Amigos, será bueno que comamos, pues tengo la intención de salir hoy a cazar.

Estos, dispuestos a cumplir con el deseo de aquél, comieron y se aprestaron para la caza. Pero mientras el emperador estaba cabalgando, sintió un calor insoportable, y le parecía que tendría que morir si no podía bañarse en agua



fría. Por tanto, miró en derredor y vio a la distancia un ancho río. Díjoles pues a sus soldados:

—Quedaos aquí hasta que me haya refrescado.

Luego espoleó a su cabalgadura, se dirigió rápidamente hacia el río, saltó del caballo, se quitó toda la ropa, entró en el agua y se quedó dentro hasta haberse refrescado por completo. Pero mientras chapoteaba en el río llegó cierto hombre que se le parecía en todo, en el rostro y en los gestos, y que se puso las ropas del emperador, montó en el caballo de éste y cabalgó hasta donde estaban los guerreros. Todos le recibieron como si fuera el propio emperador, y una vez terminado el juego se dirigió con los soldados hacia el palacio. Luego, el emperador Jovinianus salió del agua y no encontró ni su caballo ni su ropa. Se sorprendió mucho y se puso muy triste; pero como estaba desnudo y no veía a nadie, se dijo: «¿Qué puedo hacer? Me han engañado miserablemente.» Por fin volvió en sí y se dijo: «Cerca de aquí vive un soldado al que he elevado al puesto de coronel; iré a verle para que me dé ropas y un caballo; luego cabalgaré a mi palacio y averiguaré quién y cómo me ha engañado.» Jovinianus se encaminó totalmente desnudo hacia el castillo de aquel guerrero y golpeó en el portón. El portero preguntó por qué golpeaba, y Jovinianus le dijo:

—Abrid el portal y mirad quién soy.

Aquél abrió el portal y, después de haberle visto, se sorprendió y dijo:

—¿Quién eres?

—Soy el emperador Jovinianus —replicó aquél—; ve a ver a tu amo y dile que me preste ropas, pues he perdido las mías junto con mi caballo. Pero el portero contestó:

—Mientes, miserable tunante; el emperador señor Justiniano ya ha pasado por aquí con sus guerreros antes de tu llegada; mi señor le ha acompañado, pero ahora ya ha vuelto y está sentado a la mesa. Pero el que te llames un emperador, eso quiero informárselo a mi amo.

Pronto el portero se presentó ante su señor y le comunicó las palabras de Jovinianus. El caballero ordenó hacerle entrar, y después de haberle observado no le reconoció, mientras que el emperador reconocía muy bien al guerrero.

—Dime quién eres y cómo te llamas —dijo entonces el guerrero.

—Soy el emperador Jovinianus y en tal y cual época te he nombrado coronel —replicó éste. Pero el guerrero dijo:

—Oh, miserable tunante, ¿con qué descaro te atreves a llamarte emperador? Pues hace un rato mi señor, el emperador, ha cabalgado a su palacio antes que llegaras; en el camino me había agregado a su comitiva, y ya he vuelto. Pero no quedarás sin castigo por haberte llamado emperador a ti mismo.

Tras esto ordenó que le propinaran unos buenos golpes y que le echaran luego del castillo. Mas éste, al verse tan apaleado y expulsado, lloró amargamente y dijo:

—Oh, Dios mío, ¿cómo es posible que el guerrero a quien he elevado a coronel ya no me conozca y me haya hecho dar tan terribles latigazos? —entonces recordó:

—Aquí cerca vive uno de mis consejeros, un duque; me dirigiré hacia allí y le daré a conocer mi pesar. Me dará ropas y podré regresar a mi palacio.

Al llegar a la puerta del castillo del duque, llamó, y el portero, al oírle, abrió el cerrojo y, al ver a un hombre desnudo, se sorprendió y dijo:

—Amigo, ¿quién eres y por qué has venido desnudo?

—Soy el emperador —dijo Jovinianus— y por una casualidad he perdido mi vestimenta y mi caballo, por lo cual me acerco a tu duque para que me ayude; por lo cual te pido le transmitas la cuestión a tu señor.

El portero se sorprendió, entró al palacio y le transmitió todo a su amo. El duque dijo:

—Dejadlo pasar.

Pero una vez ingresado el emperador, nadie le reconoció, y el duque le dijo:

—¿Quién eres?

—Soy el emperador —replicó aquél—, y te he dado riquezas y honor, te he nombrado duque y consejero imperial.

Pero el duque dijo:

—Loco miserable, poco antes de tu llegada he cabalgado con mi señor, el emperador, hasta su palacio, y acabo de volver; pero no quedará sin consecuencias el hecho de que te hayas atribuido semejante honor.

Tras lo cual le hizo encerrar en una cárcel y le dio de comer pan y agua; luego le hizo sacar de la cárcel, mandó apalearle y echarle de sus tierras. Una vez expulsado, profirió más suspiros y quejas de lo que pudiera creerse, y se dijo: «Ay de mí, qué he de hacer, me he convertido en el oprobio y la ignominia de la plebe.

Será mejor para mí volver a mi palacio; los míos allí sin duda me reconocerán, y aunque no fuera así, por lo menos mi esposa me reconocerá por ciertas señas.» Y se dirigió solo a su palacio, golpeó la puerta, el portero percibió los golpes y la abrió. Pero cuando le hubo visto, le dijo:

—Pero ¿quién eres?

—Me sorprende que no me conozcas —replicó aquél—, pues has estado largo tiempo conmigo.



—¡Mientes! ¡Largo tiempo no he estado sino con mi señor, el emperador! —dijo el portero. Y aquél contestó:

—Justamente ése soy, y si crees en mis palabras, te pido que por Dios vayas a ver a la emperatriz y le digas que por estas marcas me envíe mis prendas imperiales, pues por casualidad he perdido todas las mías; las señas que le hago llegar por tu intermedio no las conoce nadie salvo ella y yo.

Entonces dijo el portero:

—No dudo de que estás loco, porque mi señor, el emperador, está sentado a la mesa y junto a él la emperatriz. Entretanto quiero informarle a la emperatriz que has dicho que eres el emperador, y estoy seguro de que te darán un fuerte castigo.

El portero se dirigió a ver a la emperatriz y le dijo todo lo que había escuchado. Ella se entristeció no poco, se dirigió a su señor y habló así:

—Oh, señor, sabéis que entre nosotros y en secreto han sucedido cosas extrañas. Ahora me las cuenta un tipo miserable que está en la puerta y que le asegura al portero que es el emperador.

Cuando el emperador hubo escuchado esto, ordenó que se paseara a aquél ante los rostros de todos los presentes; y cuando entró desnudo, un perro, que antes le tenía mucho afecto, le saltó encima y quiso estrangularle. Pero los sirvientes se lo impidieron, de modo que Jovinianus no fue afectado por el perro. También tenía un halcón en un palo; en cuanto el ave vio al hombre desnudo, rompió sus ataduras y salió volando por la sala. Entonces el emperador les dijo a todos los que estaban en la sala:

—Queridos míos, escuchad las palabras que diré sobre el mendigo. Dime quién eres y por qué vienes aquí.

—Esta es una pregunta extraña —dijo aquél—. Soy el emperador y amo de este lugar.

Entonces el emperador les dijo a todos los que estaban sentados a la mesa o parados alrededor de ella:

—Decidme por el juramento que me habéis prestado, quién de nosotros es vuestro emperador y amo.



Aquéllos replicaron:

—Oh, señor, por el juramento que os hemos prestado, debemos daros una simple respuesta: jamás hemos visto a aquel bribón, mientras que vos sois nuestro señor y emperador que conocemos desde la juventud, y por eso os pedimos unánimemente que le castigéis, para que todos lo tomen como ejemplo y para que semejante arrogancia no vuelva a repetirse.

Ahora el emperador se dirigió a la emperatriz y le dijo:

—Dime, señora mía, por la fidelidad que me guardas: ¿conoces a aquel hombre que se dice emperador y señor tuyo?

—Oh, querido señor —afirmó aquélla—, ¿por qué me preguntas tal cosa? ¿No he estado junto a ti por más de treinta años y he engendrado hijos contigo? Hay una sola cosa que me sorprende, y es cómo este bribón ha llegado a enterarse de las cuestiones secretas que hemos emprendido.

Luego el emperador le dijo a aquel que había sido conducido a la sala:

—Amigo, ¿cómo podías osar presentarte como emperador? Dictamos la sentencia de que hoy se te ate a la cola de un caballo, y si nuevamente tuvieras la poca vergüenza de afirmar lo mismo, te condenaría a la más infame de las muertes.

Luego llamó a sus allegados y les dijo:

—Id y atadlo a la cola de un caballo, pero no lo matéis.

Y así ocurrió. Pero luego el caballo movió el vientre más de lo que persona alguna pudiera creer, y desesperado el hombre se dijo: «Maldito el día en que nací y en que me han abandonado mis amigos. No me han reconocido ni mi esposa ni mis hijos.» Mientras así hablaba, pensó: «Cerca de aquí vive mi padre confesor; iré a verle; quizá quiera reconocerme, puesto que me ha confesado a menudo.» Con lo cual se dirigió hacia la ermita. El ermitaño preguntó quién era, y él contestó:

—Soy yo, el emperador Jovinianus. Abre tu ventana, para que pueda hablar contigo.



Cuando el ermitaño hubo oído la voz, abrió la ventana, pero al verlo la cerró violentamente y dijo:

—¡Vete de aquí, maldito, pues no eres el emperador, sino el Diablo con figura humana!

Al oír esto, Jovinianus cayó lleno de dolor al suelo, se mesó los cabellos y la barba y dijo: «Ay, de mí, ¿qué puedo hacer?» Con estas palabras recordó cómo hacía algunos días su corazón se había henchido de soberbia mientras yacía en su lecho y había hablado así: «¿Hay otro dios además de mí mismo?» Luego golpeó en la ventana de la ermita y dijo:

—Oíd, por el Crucificado os pido que me confeséis con la ventana cerrada.

—Eso está bien —dijo el otro. Jovinianus, empero, confesó, con lágrimas en los ojos, toda su vida anterior, y sobre todo que se había sentido superior a Dios y que había dicho que no creía en otro dios aparte de sí mismo. Una vez terminada la confesión y la absolución, el ermitaño abrió la ventana, y le reconoció y dijo:

—Bendito sea el Señor, ahora te reconozco; tengo aquí unas pocas ropas; pónelas y ve a tu palacio, y allí, según espero, te reconocerán.



El emperador se vistió, se dirigió a su palacio y llamó a la puerta. El portero la abrió y le recibió con sumos honores. Pero aquél dijo:

—¿Me conoces acaso?

—Ea, y muy bien, señor. Sólo me sorprende que yo haya estado todo el día parado aquí y no os haya visto salir de casa —dijo el portero.

Aquél ahora se dirigió a la sala de reuniones, y todos los que le veían inclinaban su cabeza. Pero el otro emperador estaba con su mujer. Un guerrero que salía del aposento imperial miró a Jovianus, volvió al aposento y dijo:

—Señor, en el salón hay un hombre delante del cual todos se inclinan y le reverencian, y es tan parecido a vos en todo, que por cierto no sé quién de vosotros dos es el emperador.

Al oír esto, el emperador le dijo a su esposa:

—Ve y fíjate si lo conoces.

Ella salió, y tras haberle observado se sorprendió, volvió corriendo a su aposento y exclamó: —Oh, Señor, os informo de un segundo, pero no puedo distinguir de ningún modo quién de vosotros es mi señor.

—Siendo esto así —dijo aquél—, saldré y daré a conocer la verdad.

Una vez llegado a la sala cogió a aquél de la mano, le hizo pararse a su lado, llamó a todos los guerreros que había en la sala y a la emperatriz y dijo:

—Por el juramento que me habéis prestado, decidme; ¿cuál de nosotros es el emperador?

Primero contestó la emperatriz:

—Señor, me corresponde contestar la primera; pero Dios en las alturas sea mi testigo: no sé indicar cuál de vosotros es mi señor.

Y del mismo modo hablaron todos. Pero aquél dijo:

—Escuchadme, queridos amigos. Este de aquí es vuestro emperador y señor; pero una vez se rebeló contra Dios y por eso Dios le castigó, y los hombres le desconocieron hasta que satisfizo a su Dios. Yo, en cambio, soy su ángel de la guarda y custodio de su alma, que he administrado su imperio mientras él estaba en penitencia; pero ahora su penitencia ha terminado, y ha reparado sus pecados; prestadle obediencia, y os encomendaré a Dios.

Con estas palabras pronto desapareció de su vista; el emperador dio las gracias a Dios y vivió toda su vida en paz y la consagró a Dios. Que Dios nos dé lo mismo.

De la vida del santo Alexius, hijo del emperador Eufemianus

Había cierto emperador en cuyo reino, es decir, el Estado romano, vivía cierto joven Alexius, hijo de un romano muy noble llamado Eufemianus, que era uno de los primeros de la corte imperial. A éste lo rodeaban tres mil esclavos, ceñidos con cinturones dorados y vestidos con ropas de seda. El citado Eufemianus era muy caritativo, y todos los días había en su casa tres mesas para pobres, huérfanos, extranjeros y viudas, a quienes servía diligentemente; a la hora novena él mismo tomaba su comida retirado con hombres píos en el temor de Dios. Tenía una mujer llamada Abael, que era igualmente temerosa de Dios y muy caritativa. Pero como no tenían hijos, Dios, ante sus ruegos, les regaló uno, por lo cual tomaron la firme decisión de vivir desde entonces en casta continencia. El niño fue entregado a los maestros de las artes libres para que lo instruyeran en todas ellas. Cuando se destacaba en todas las artes de la sabiduría secular y había llegado ya a la edad viril, se eligió a una muchacha de la familia imperial y se la unió a él como esposa. Llegó la noche: en ella mantuvo con su recién desposada un misterioso silencio, pero luego el santo joven comenzó a instruirla en el temor a Dios y le dio su anillo de sello y la hebilla de la guarnición de la espada que lo ceñía, para que los guardara, y le dijo:

—Tómalo y consévalo mientras le plazca al Señor, y que el Señor nos acompañe.



Tras esto se dirigió hacia el mar, subió en secreto a un barco, llegó a Laodicea y de allí siguió hasta Edessa, una ciudad en Siria, donde se guardaba en un lienzo una imagen de nuestro Señor Cristo, la cual había sido realizada sin trabajo humano. Llegado allí repartió a los pobres todo lo que llevaba consigo y comenzó a sentarse ante la puerta de la iglesia de María, La Madre de Dios, en harapos y junto a otros mendigos. De las limosnas no conservó más que lo necesario; el resto se lo regaló a los demás pobres. Pero su padre, quien lloraba mucho el alejamiento de su hijo, envió a sus sirvientes hacia todos los rincones del mundo para que lo buscaran. Habiendo llegado algunos de éstos a la ciudad de Edessa, él los reconoció, pero como no lo reconocían a él, le dieron limosnas igual que a los demás pobres, limosnas que aceptó, dando las gracias a Dios del siguiente modo:

—Señor, te agradezco que me permitas recibir limosnas de manos de mis esclavos.

Los sirvientes regresaron e informaron que no se le podía hallar en ningún sitio. Su madre, desde el día de su partida, había colocado un saco en el suelo de su dormitorio, donde suspirando y llorando decía:

—Aquí quiero permanecer siempre en duelo, hasta que vuelva a tener a mi querido hijo.

La esposa del mismo le expresó a su suegra:

—Hasta que sepa algo de mi dulce novio, quiero quedarme contigo como una tórtola.

Cuando Alexius hubo pasado diecisiete años al servicio de Dios en el atrio de la citada iglesia, la imagen de la Santa Virgen que allí había le habló al custodio del templo:

—Haz pasar al hombre de Dios, pues es digno del Reino de los Cielos y sobre él reposa el espíritu del Señor.

Pero como el custodio no sabía de quién hablaba la Virgen, ésta prosiguió diciéndole:

—Es aquel que está sentado en el atrio.

Entonces el custodio salió de prisa y le condujo a la iglesia. Pero cuando este suceso fue conocido por todos y todos comenzaron a venerarle, se alejó de allí, porque quería evitar la fama terrenal. Se embarcó, y quería navegar a Tarsus, en Cilicia; pero el barco, dirigido por Dios, fue desviado por tormentas hacia el puerto de Roma. Alexius, al darse cuenta de esto, se dijo a sí mismo: «Quiero permanecer de incógnito en la casa de mi padre y no ser una carga para nadie.» Se encontró con su padre, que salía del palacio y estaba rodeado por numerosos servidores, y comenzó a gritar detrás de él:

—Siervo de Dios, ordena que yo, un extranjero, sea acogido en tu casa, y déjame comer de las migajas de tu mesa, para que el Señor también se compadezca de tu hijo, que está en tierras lejanas.

El padre, después de haberle escuchado, dio orden de acogerle por el bien de su hijo, le dio un lugar especial en su casa, le dio comida de su mesa y le asignó un servidor propio. Aquél, empero, continuó siempre rezando y castigando su cuerpo con ayunos, y los servidores de la casa se burlaban de él y a menudo le volcaban agua sucia en la cabeza, pero él seguía siempre muy paciente. Así, Alexius se quedó sin ser reconocido durante diecisiete años en la casa de su padre, y cuando vio que se acercaba el fin de su vida, pidió papel y tinta y redactó toda su trayectoria. El domingo después de la celebración de la misa resonó una voz atronadora en el *sancta sanctorum* desde el cielo:

—¡Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados!

Al sentir la voz, todos inclinaron su rostro hasta el suelo, y he aquí que la voz dijo una segunda vez:

—¡Buscad al hombre de Dios, para que rece por Roma!

Aquéllos lo buscaron y no lo encontraron, y nuevamente se dijo:

—¡Buscad en la casa de Eufemianus!

Pero cuando le preguntaron a él, dijo que no sabía de nada. Entonces llegaron los emperadores Arcadius y Honorius junto con el papa Inocencio a la casa del hombre citado, y ved, la voz del sirviente de Alexius llegó hasta su señor y dijo:

—Fíjate, señor, si no podría ser nuestro extranjero, que es un hombre anciano y de gran paciencia.

Entonces, Eufemianus corrió hacia su hijo, pero lo encontró ya difunto, y su rostro estaba sonrojado como el de un ángel; quiso quitarle el papel que el muerto tenía en la mano, pero, no pudo. Al salir y contarle lo sucedido al emperador y al papa, éstos entraron adonde estaba Alexius y dijeron:

—Todos somos pecadores. Pero dirigimos el timón del reino y tenemos la preocupación conjunta por las funciones pastorales. Danos, pues, el papel, para que sepamos qué hay escrito en él.



El papa se le acercó, cogió el papel en su mano y lo pasó para que fuera leído delante de todo el pueblo y en los alrededores, y ante el padre del difunto. Pero cuando Eufemianus oyó esto, movido por gran temor cayó en tierra mientras sus fuerzas le abandonaban. Pero vuelto Un poco en sí, desgarró sus vestimentas y

comenzó a mesarse los grises cabellos y la barba y a dilacerarse a sí mismo; se precipitó sobre su hijo y exclamó:

—¡Ay, hijo querido!, ¿por qué me has dado tamaña tristeza y me has lanzado a tantos años de suspiros y quejas? Ay, miserable de mí, ¿qué veo? ¡Te veo a ti, protector de mi vejez, yaciendo en el féretro y sin hablar conmigo! ¿Dónde podré hallar consuelo?

La madre, al escucharlo, como una leona que desgarrar su red, alzó sus ojos hacia el cielo con las ropas destrozadas y sus cabellos revueltos, y como la gran masa de pueblo no le permitía llegar hasta el sacro cadáver, exclamó de viva voz:

—Dejadme pasar, para que pueda mirar al consolador de mi alma que ha bebido de mis pechos —y al llegar hasta el cadáver se inclinó sobre él y gritó—: ¡Ay, querido hijo, luz de mis ojos!, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¿Por qué has sido tan cruel con nosotros? ¡Veías a tu padre y a tu mísera madre llorar amargas lágrimas, y no te nos mostrabas; tus esclavos te ofendían, y tú lo soportabas!

Y se echaba una y otra vez sobre el cadáver, y ya extendía sus brazos sobre él, ya palpaba la caía angelical con sus manos, lo besaba y exclamaba:

—¡Llorad conmigo todos los que estáis aquí, que he tenido a aquel que era mi Único durante diecisiete años en mi casa y no lo he reconocido! Y los esclavos lo han insultado y le han pegado con los puños en la cara. Ay, ¿quién dará a mis ojos un manantial de lágrimas para que noche y día pueda quitarme llorando el dolor de mi alma?

Su esposa, vestida con un manto adriático, se acercó llorando y dijo:

—¡Ay de mí, que hoy me he quedado sola y aparezco viuda! Ya no tengo a nadie hacia quien alzar la vista, a nadie por el que pueda mirar. Ahora me ha sido robada mi imagen en el espejo, se ha hundido mi esperanza; ahora ha comenzado un dolor sin fin.

El pueblo, al oír tales cosas, lloró amargamente. El Papa y los emperadores colocaron el cadáver en un buen féretro y lo llevaron por el medio de la ciudad. Y al pueblo se le comunicó que el hombre de Dios, buscado por toda la ciudad, había sido encontrado, y todos se acercaron de prisa al cortejo. Pues bien: cuando un enfermo tocaba el santo cadáver, se curaba muy pronto: los ciegos recuperaban la vista, los posesos quedaban libres del Malo, y los enfermos de cualquier índole se restablecían apenas tocado el cuerpo. Los emperadores, al observar estos grandes milagros, comenzaron a llevar ellos mismos el féretro junto con el Papa, para que este cuerpo santo los santificara también a ellos. Luego los emperadores ordenaron que se arrojara por las calles una gran cantidad de plata y

de oro, para que la gran multitud estuviera ocupada en su amor al dinero y dejara llevar al santo cadáver a la iglesia. Pero el pueblo olvidó su amor al dinero y se agolpaba más y más para tocar el cuerpo sagrado, de modo que sólo con un gran esfuerzo pudieron llevarlo finalmente al templo del santo mártir Bonifacio, y tras permanecer allí siete días en la alabanza del Señor, le erigieron un monumento de oro y piedras preciosas en el que depositaron el sacro cadáver con gran veneración. De la tumba misma salía un aroma tan dulce, que parecía provenir de toda suerte de especias. Alexius murió en el año del Señor, 328.

El caballero listo y el caballero tonto

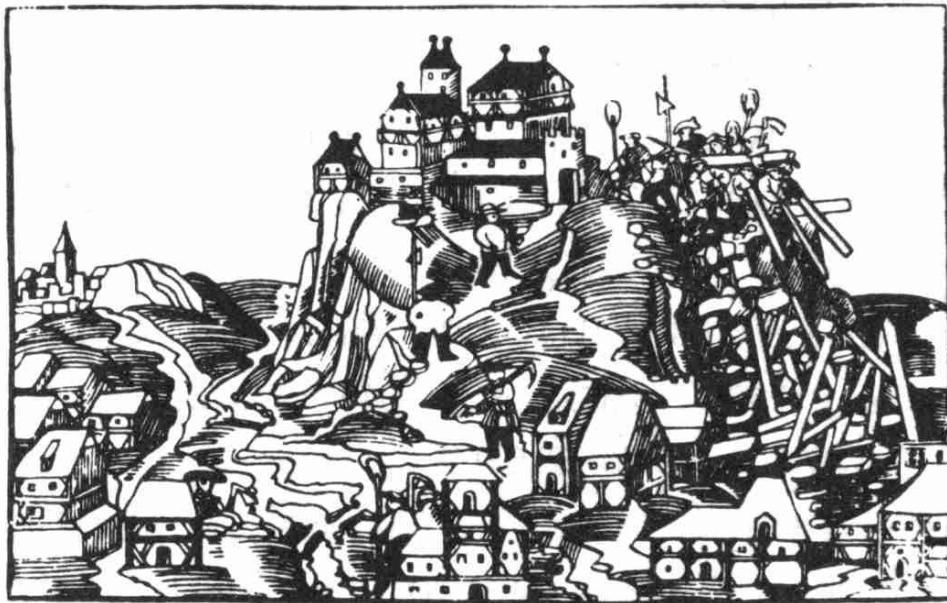
En tiempos antiguos reinaba el sabio Maximianus, y había en su reino dos caballeros, listo el uno, tonto el otro, que se querían mucho. El listo le dijo al tonto:

—¿Te place hacer un pacto conmigo? Nos sería de gran utilidad.

—Me parece muy bien —contestó aquél.

A lo cual éste respondió:

—Cada uno de nosotros hará fluir sangre de su brazo derecho; yo beberé tu sangre, y tú harás lo mismo con la mía, y así ninguno de nosotros abandonará al otro ni en la dicha ni en la desdicha, y la mitad de lo que gane el uno la recibirá el otro.



—Así me parece bien —replicó aquél.

Acto seguido, tras habérsela extraído, bebieron ambos de su mutua sangre y convivieron desde entonces en una misma casa. Ahora bien: el rey había construido dos ciudades; una en la cima de una montaña, en la que todos los que allí llegaban encontraban ricos tesoros y podían permanecer en ella toda su vida. Pero llevaba a esa ciudad un camino estrecho y lleno de piedras, en el que había tres caballeros con un gran ejército, y todos los que pasaban por allí debían

combatir contra aquéllos o perder todo junto con sus vidas. El rey también había puesto un senescal en aquella ciudad, que debía acoger sin excepción a todos los que allí arribaban y agasajarlos señorialmente de acuerdo con su rango. Pero montaña abajo, en el valle, había hecho construir otra ciudad a la que llevaba un camino llano y agradable en su andadura. A un lado del mismo había tres caballeros que recibían amistosamente a todos los pasantes y les servían al gusto de cada cual. En la propia ciudad también había puesto a un senescal, pero que debía meter en la cárcel a toda persona que llegara a la ciudad o a sus proximidades, y llevarla a su llegada ante el juez; éste no tendría contemplaciones para con nadie. Entonces el caballero listo le dijo a su compañero:

—Amigo, recorramos el Mundo, como otros caballeros, y podremos adquirir muchos bienes de los que podamos vivir bien.

—Estoy muy de acuerdo —replicó el otro. Ambos marcharon, pues, por una calle, hasta que llegaron a una bifurcación; habló entonces el sabio: —Amigo, como ves, hay aquí dos caminos: uno de ellos lleva a una ciudad fabulosa; si lo cogemos, llegaremos a aquélla, en la que obtendremos todo lo que pida nuestro corazón. Pero hay otro camino, que lleva a otra ciudad, construida en un valle: si vamos allí, nos encarcelarán, nos llevarán ante el juez y éste nos hará colgar en la horca. Por lo tanto aconsejo dejar de lado este camino e ir por el otro.

—Amigo —contestó el tonto entonces—, hace tiempo que he oído hablar de estas dos ciudades: pero el camino que lleva a la ciudad situada en la montaña es estrecho y muy peligroso, y hay en él tres caballeros con un ejército, que asaltan, matan y saquean a todos los que por allí pasan; el otro camino es llano, y hay en el mismo tres caballeros que reciben a todos los caminantes amistosamente, y allí se encuentra todo lo necesario. Todo esto lo veo muy claramente, y por eso tengo más fe en mis ojos que en ti.



Entonces dijo el caballero listo:

—Si bien uno de los caminos es difícil de andar, el otro, si se piensa en el final, es aún peor: pues nos lleva al oprobio eterno, y de allí nos arrastrarán a la horca. Ahora bien, tú tienes que ir por ese primer camino, por la lucha y por los salteadores de caminos. Pero eso es para ti una vergüenza eterna, pues eres un caballero y como tal te corresponde batirte con tus enemigos. Pero si por el contrario quisieras recorrer ese camino conmigo, te prometo por Dios que entraré en el combate delante de ti, y que por numerosos que sean los enemigos, pasarás ileso si me apoyas.

—Amén —replicó el tonto—. Te digo que no quiero recorrer ese camino sino el otro.

Dijo entonces el listo:

—Como te he empeñado mi palabra y por juramento he bebido de tu sangre, no te dejaré solo sino que iré contigo.

Ambos fueron, pues, por ese camino, y hallaron muchas cosas agradables y de acuerdo a sus deseos, hasta que llegaron a la posada de esos tres caballeros, que los recibieron con grandes honores y los hospedaron magníficamente. En el transcurso de cada refrigerio, el caballero necio le decía al sagaz:

—Querido, ¿no te había predicho cuántos y cuán grandes deleites disfrutaríamos en este camino, a los que deberíamos haber renunciado en el otro?

Pero aquél contestó:

—Aún queda el rabo por desollar.

Pasaron algún tiempo entre esos caballeros; pero cuando el senescal de esa ciudad se enteró de que había dos caballeros cerca de la ciudad y en contra de la prohibición del rey, envió a sus acólitos para que los prendieran y los llevaran a la ciudad. El senescal, después de verlos, hizo arrojar al tonto a un pozo, atado de pies y manos, mientras que al otro lo hizo encarcelar. Al llegar el juez a la ciudad, todos los malhechores de la misma fueron llevados ante él, y entre otros también estos dos caballeros. Entonces el listo le dijo al juez:

—Señor, acuso a mi compañero de ser el causante de mi muerte. Le había predicho la ley de esta ciudad, así como sus peligros, y sin embargo no quiso confiar de ningún modo en mis palabras y calmarse con ellas y seguir mi consejo, sino que me contestó: «Confío más en mis ojos que en tus palabras.» Ahora bien, puesto que estamos unidos por palabra y por juramento en la suerte y en la desgracia, y yo lo veía ir solo por este camino, he cumplido mi promesa y también me he dirigido hacia aquí, y por eso ahora tiene la culpa de mi muerte. Por tanto te pido que tu veredicto sea justo.

Entonces el caballero tonto le replicó al juez:

—Este es justamente el causante de mi muerte, pues todo el mundo sabe que él es listo y que yo soy tonto por naturaleza. Pues bien, a consecuencia de su inteligencia no debería haberse sometido tan irreflexivamente a mi estupidez. Pero si al marchar yo solo por el camino, él no me hubiera seguido, yo habría vuelto al camino que él quería seguir y habría marchado con él a consecuencia de mi juramento. Por ende, siendo él listo y yo tonto, él es el causante de mi muerte.

Dirigiéndose primero al listo, el juez les contestó:

—Tú, listo, que cediste tan imprudentemente a su estupidez y lo seguiste, y tú, tonto, que no creíste en las palabras del listo, sino que llevaste a cabo tu propia estupidez, según mi veredicto habréis de ser llevados ambos a la horca.

Y eso fue lo que ocurrió.

De la perfidia del diablo, y de cómo están ocultos los juicios de Dios

Había una vez un ermitaño que vivía en su caverna y servía a Dios con suma piedad de día y de noche. Un día se hallaba cerca de su celda un pastor que cuidaba sus ovejas. Pero ocurrió que un día el sueño dominó al pastor; llegó un ladrón que le robó todas las ovejas. En esto llegó el dueño de las ovejas y le preguntó al pastor dónde estaban. Este comenzó a jurar que, si bien había perdido las ovejas, no sabía cómo. El dueño de las ovejas se llenó de ira y lo mató. El ermitaño, al ver esto, dijo en su corazón: «Oh, Dios, mira lo sucedido: este hombre ha condenado y matado a un inocente. Puesto que permites que tales cosas ocurran, quiero volver al mundo y vivir como los demás.» Después de haber pensado esto abandonó su ermita y se aprontó para regresar al mundo. Pero Dios no lo quería arruinar, sino que envióle un ángel con figura de hombre para que lo acompañara. Cuando el ángel hubo encontrado a aquél en el camino, le habló así:

—¿Adónde vas, hermano?

—A la ciudad que tengo delante de mí —respondió aquél.

—Quiero ser tu acompañante —le dijo el ángel—, pues soy un ángel de Dios y he llegado hasta ti para que hagamos el camino juntos.

Con lo cual ambos se dirigieron juntos a la ciudad; al entrar le pidieron a un guerrero que por la voluntad de Dios les diera albergue. Este guerrero los acogió muy amistosamente y los hospedó con gran sumisión y de modo muy honroso y brillante. En una cuna, empero, estaba el único hijo del guerrero, a quien éste



amaba cariñosamente, y luego de la cena se abrió el dormitorio y se prepararon camas muy confortables para el ángel y para el ermitaño. A medianoche el ángel se levantó y estranguló al niño en la cuna. El ermitaño, al verlo, pensó para sí: «Este no puede ser jamás un ángel de Dios: aquel buen soldado, por la voluntad de Dios, le ha cubierto todas las necesidades y no tiene más que a este hijito inocente, y él lo ha matado.» Sin embargo, no se atrevía a decirle nada. Ambos se levantaron temprano y marcháronse hacia otra ciudad, en la que fueron recibidos con grandes honores y hospedados excelentemente en la casa de un particular. Este poseía una copa de oro que estimaba mucho y de la que estaba muy orgulloso; a medianoche el ángel se levantó y robó esta copa. El ermitaño, al verlo, pensó para sí: «A mi juicio, éste es un ángel malo; este burgués nos ha recibido bien, y a cambio aquél le ha robado la copa.» No obstante no le dijo nada, porque le temía. A la mañana siguiente se levantaron temprano y siguieron su camino hasta llegar a un río sobre el que había un puente. En el puente se encontraron con un hombre. A éste le dijo el ángel:

—Amigo, muéstranos el camino hacia la ciudad.

El pobre se dio vuelta y señaló la dirección con el dedo. Pero una vez que se hubo dado la vuelta, el ángel de pronto lo cogió por los hombros y lo tiró al río, y el pobre pronto se ahogó. El ermitaño, al verlo, dijo en su corazón: «Ahora sé que es el Diablo, y no un buen ángel de Dios. Qué ha hecho de malo el pobre, y sin embargo lo ha asesinado.» Pensó entonces en separarse de él, pero por temor no le dijo nada. Al llegar al atardecer a la ciudad, entraron en la casa de un hombre rico y pidieron, por el amor de Dios, pasar la noche allí. Pero éste se lo denegó sin más ni más. Entonces, el ángel de Dios le habló así:

—Por el amor de Dios, dejadnos tan sólo subir al techo de vuestra casa, para que no nos devoren los lobos y animales salvajes.

Pero aquél contestó:

—Mirad, aquí está el establo en el que viven mis cerdos; si os place, podéis acostaros junto a ellos; si no, alejaos, pues no os brindaré otro sitio.

—Si no puede ser de otro modo —respondió el ángel—, nos quedaremos junto a vuestros cerdos.

Y así sucedió. Al levantarse a la madrugada siguiente, el ángel llamó al que les había hospedado y le dijo:

—Amigo, aquí te regalo una copa.

Y con estas palabras le dio la copa que le había robado a aquel burgués. El ermitaño, al verlo, dijo para sí: «Ahora estoy seguro de que es el Diablo; aquél era un hombre bueno, que nos acogió con toda humildad, y es a quien le ha robado la copa, regalándosela a este canalla que no ha querido hospedarnos.» Entonces díjole e ángel:

—No quiero seguir con vos y ordeno que volváis a Dios.

—Escuchadme —respondió el ángel—, y luego podréis iros. Antes vivías en una ermita, y el dueño de aquellas ovejas mató al pastor. Sabes que aquel pastor no merecía la muerte, pues otro había cometido el crimen, por lo cual no debería haber muerto. Pero Dios permitió que lo mataran, para que con este castigo se librara de la muerte eterna por un pecado que había cometido en otra oportunidad y que jamás había expiado. En cambio el ladrón, que ha huido con todas las ovejas, sufrirá la condena eterna, y el dueño de las ovejas, que mató al pastor, expiará su vida haciendo abundante donación de limosnas y obras de caridad por lo que ha cometido sin saberlo. Luego he estrangulado durante la noche al hijo de aquel guerrero que nos dio buena acogida. Pero has de saber que este guerrero, antes que naciera su hijo, era el mejor donador de limosnas y hacía muchas obras de caridad. Pero desde que nació su niño, se ha vuelto ahorrativo y codicioso, y reúne todo lo posible para que el niño sea rico, de modo que ésta es la causa de la perdición de aquél, y por eso he asesinado al niño, y así ha vuelto a ser lo que había sido antes, a saber, un buen cristiano. Luego he robado la copa de aquel burgués que nos acogió tan humildemente. Pero sabe que antes de fabricarse esa copa no había en la Tierra un hombre que fuera más sobrio que éste; pero que una vez producida la copa, éste se alegraba tanto de ella, que bebía de ella todo el día y se embriagaba dos o tres veces diarias; por eso se la he quitado, y ahora ha vuelto a la misma sobriedad que antes. Luego he tirado al pobre al agua. Sabe que aquel pobre era un buen cristiano, pero que si hubiese seguido la mitad de su

camino habría matado a otro, cometiendo así un pecado mortal; pero ahora está salvado y se halla en la gloria celestial. Finalmente le he regalado la copa de aquel burgués a aquel que nos negó su hospitalidad. Pero sabe que nada en la Tierra sucede sin motivo. Pese a todo, nos concedió el corral de cerdos, y por eso le he dado la copa; cuando deje de vivir, se irá al Infierno. En el futuro, por tanto, ponle riendas a tu boca, para que no vituperes a Dios, pues Él lo sabe todo.

Al oír todo esto, el ermitaño se postró a los pies del ángel y le rogó que le perdonara; luego se dirigió hacia su ermita y se convirtió en un buen cristiano.



Tres cosas

Sobre cierto hombre llamado Ganterus, quien siempre deseaba diversiones y alegrías sin fin, se cuenta lo siguiente: una mañana se levantó muy temprano y fue paseando solo por el camino militar hasta llegar a un país en que el rey había muerto hacía poco tiempo. Los príncipes del reino, al verlo tan viril, lo eligieron rey, y la elección le puso contento. Pero al llegar la noche, los suyos lo llevaron a un aposento en el que vio a un feroz león en el cabezal de su cama, un dragón a los pies, en el lado derecho un oso y en el izquierdo sapos y víboras.



—¿Qué significa esto? —dijo Ganterus—. ¿Tengo que dormir en esta cama y con estas bestias?

—Desde luego, señor —contestaron aquéllos—, pues todos los reyes que te precedieron durmieron en esta cama y fueron devorados por estos animales.

—Todo lo de aquí me gusta mucho —replicó el rey—, pero me repugna esta cama junto con las bestias, por lo cual no quiero ser vuestro rey —y se alejó de ellos. Llegó a otro país, donde los ciudadanos también lo eligieron rey. Al caer la noche entró a su aposento y vio una hermosa cama, pero llena de filosas cuchillas.

—¿No pretenderéis que me acueste en esta cama? —dijo Ganterus.

—Sí, señor. Pues todos los reyes que*te precedieron durmieron y murieron en esta cama.

—Aquí todo está bien —respondió aquél—, salvo la cama; pero por eso no quiero ser vuestro rey.

Se levantó temprano y realizó solo una marcha de tres días. En el camino se encontró con un anciano que estaba sentado sobre un manantial con un bastón en una mano y que le dijo:

—Querido caminante, ¿de dónde vienes?

—De muy lejos —contestó él.

—¿Y qué haces? —prosiguió preguntando el anciano.

—Estoy buscando tres cosas y no puedo hallarlas —contestó aquél.

—¿Cuáles tres cosas? —volvió a preguntar el anciano. Ganterus respondió:

—Primero, abundancia sin escasez; segundo, alegría sin tristezas; tercero, luz o claridad sin oscuridad.

Entonces dijo el anciano:

—Coge este bastón y sigue recto por este camino; pronto verás una montaña delante de ti, y al pie de esa montaña hay una escalera que tiene seis escalones: sube por ella; cuando llegues al sexto escalón, verás en la cima de la montaña un palacio muy hermoso. Da tres golpes en la puerta de ese palacio, y el portero te contestará. Luego muéstrale tu bastón y dile: «El dueño de este bastón te ordena que me dejes entrar.» Dentro del palacio, empero, encontrarás juntas las tres cosas que estás buscando.

Aquél cumplió todo tal cual se lo había dicho el viejo; y en cuanto el portero vio el bastón, lo dejó entrar, y allí encontró las tres cosas juntas y muchas más, y se quedó allí toda su vida.

La infiel

Hubo una vez un emperador llamado Titus, en cuyo reino vivía cierto caballero noble que era muy devoto y tenía una bella mujer, pero que a menudo le era infiel y que jamás quería desistir de sus infidelidades. El caballero, al darse cuenta de ello, se apenó en su corazón y pensó visitar el Santo Sepulcro, y le habló así a su esposa:

—Querida mía, quiero viajar a Tierra Santa y os entrego a vuestro propio honor.

Pero una vez que hubo cruzado el mar, la dama se enamoró de un clérigo muy versado en la magia negra, y cohabitó con él. Sucedió entonces una vez que mientras yacían juntos, la dama le dijo:

—Si fueras capaz de lograr una sola cosa, podrías tomarme como esposa.

—¿Qué es lo que quieres? —replicó aquél—. Si tengo la más mínima posibilidad de hacerlo, estoy a tus servicios.

—Mi esposo ha viajado a Tierra Santa —prosiguió aquélla—, y no me quiere demasiado; si con un arte especial pudieras matarle, recibirías todo lo que tengo.

—Te complaceré —contestó el clérigo—, pero sólo con la condición de que me tomes por esposo.

—En esto te doy mi firme promesa —dijo aquélla.

El clérigo hizo una imagen con el nombre del caballero y la colgó en la pared ante sus ojos. El caballero, entretanto, caminaba por una calle de Roma; se encontró con cierto sabio maestro que le miró detenidamente y le dijo:

—Amigo, debo decirte algo en secreto.

—Hablad, maestro, lo que os plazca —respondió aquél.

—Morirás hoy mismo —afirmó el maestro— si yo no te ayudo. Tu esposa es una adúltera, y ha dispuesto tu muerte.



El caballero, al sentir que aquél decía tanta verdad acerca de su esposa, lo siguió firmemente, le creyó y dijo:

—¡Oh, querido maestro, salva mi vida, y te daré una digna recompensa!

—Gustoso te salvaré —contestó aquél— si haces lo que te diga.

—Estoy dispuesto —dijo el caballero.

Entonces el maestro hizo preparar un baño, le quitó las ropas al caballero y le ordenó entrar en el baño. Luego le dio un bien pulido espejo de metal y le dijo:

—Mira diligentemente al espejo, y verás cosas maravillosas.

Este miró al espejo, mientras el maestro leía un libro a su lado y le decía:

—¡Dime lo que ves!

—Veo a un clérigo en mi casa —dijo el caballero—, que ha hecho una imagen de cera muy parecida a mí, y que ha colgado en la pared.

—¿Qué ves ahora? —prosiguió diciendo el maestro.

—Acaba de coger un arco —dijo aquél—, le ha puesto una aguda flecha y está aprontándose a tirar sobre la imagen.

Dijo entonces el maestro:

—Si tu vida te vale algo, en cuanto veas volar una flecha hacia la imagen, sumerge tu cuerpo en el agua del baño, hasta que te ordene otra cosa.

Tras haber escuchado esto y al ver que la flecha se ponía en movimiento, el caballero ocultó su cuerpo completamente debajo del agua, y una vez hecho esto, el maestro le dijo:

—Ahora saca la cabeza y mira al espejo.

Una vez que el caballero así lo había hecho, el maestro le dijo:

—¿Qué ves ahora en el espejo?

—La imagen no ha sido tocada —contestó aquél—, la flecha ha pasado a un lado, y ahora el clérigo está preocupado.

—Mira de nuevo, a ver qué hace el clérigo —dijo el maestro.

—Se ha acercado más al cuadro y ha puesto una flecha en el arco para tirar sobre la imagen —replicó aquél.

—Harás, pues, lo mismo que antes, si amas tu vida —dijo el maestro. Cuando el caballero vio en el espejo que el clérigo preparaba el arco, sumergió todo su cuerpo en el agua. Dijo después el maestro:

—¡Fíjate ahora!

Así lo hizo aquél, y luego dijo:

—El clérigo está muy triste por no haber acertado en la imagen, y le está diciendo a mi esposa: «Si no acierto la tercera vez, tendré que morir.» Ahora está acercándose aún más al cuadro, de modo que me parece que no puede fallar.

—Si amas tu vida, procura que cuando veas el arco tensado sumerjas tu cuerpo entero dentro del agua, hasta tanto yo te hable —dijo entonces el maestro. El caballero miró entonces fijamente al espejo, y al ver que el clérigo tensaba el arco para tirar, introdujo todo su cuerpo bajo el agua, hasta que el maestro le dijo:

—¡Sal pronto y mira al espejo!

Tras haberlo mirado, el caballero se rió y el maestro preguntó:

—Hombre, dime, ¿por qué te ríes?

—Veo claramente en el espejo que el clérigo no ha dado en la imagen —contestó aquél—, sino que la flecha ha dado la vuelta y lo ha perforado entre los pulmones y el estómago, y que acaba de morir; mi esposa, empero, ha cavado una fosa debajo de mi cama y lo ha enterrado allí.

Dijo entonces el maestro:

—Date prisa ahora, ponte tus ropas y ruega a Dios por mí.

El caballero le dio las gracias por haberle salvado la vida; finalizó su viaje y se dirigió nuevamente a su tierra; al llegar a su casa, su esposa corrió a su encuentro y le recibió llena de alegría. El caballero estuvo disimulando varios días; pero finalmente mandó llamar a los padres de su mujer y les dijo:

—Queridos parientes, os he convocado por el siguiente motivo: he aquí vuestra hija, mi esposa, que ha cometido adulterio y, lo que es mucho peor, ha querido darme muerte.

Aquella lo negó bajo juramento; entonces, el caballero contó todo lo sucedido y el proceder del clérigo y dijo:

—Si no me creéis, venid y ved el lugar en el que está enterrado el clérigo.

Luego los llevó a su habitación y hallaron el cadáver del clérigo debajo de su cama. Pronto llamaron al juez, y éste decidió que se quemara a la esposa con fuego; así sucedió, y las cenizas de su cuerpo fueron esparcidas por el aire. Más tarde el caballero tomó por esposa a una bella doncella, tuvo hijos con ella y terminó su vida en paz.

Eustaquius

Antaño reinaba un emperador llamado Trajano, en cuyo reino vivía un caballero llamado Placidus, a quien el emperador había nombrado comandante del ejército. Este caballero era muy caritativo, pero estaba consagrado a la idolatría. Tenía una esposa; dedicábase ésta al mismo culto, pero era igual de caritativa que él; con ésta engendró dos hijos, a quienes, de acuerdo a su noble origen, hizo educar de modo excelente, y puesto que realizaba tan afanosamente tantas obras de caridad, merecía ser conducido al camino de la verdad y de la luz. Un día en que estaba practicando la caza se encontró con una manada de ciervos, entre los que vio uno que era más bello y mayor que los demás y que se separó de la compañía de los otros, huyendo por un bosque muy extenso. Mientras los demás caballeros se ocupaban en todos los otros ciervos, Placidus persiguió con todo esfuerzo a aquél e intentó cazarlo. Corriendo con todas sus fuerzas, el ciervo finalmente subió a una alta cima y Placidus, al acercarse, pensó para sí en su alma cómo podría cazarlo de otro modo. Pero al mirar detenidamente al ciervo, vio entre las astas la forma de la santa Cruz, que brillaba más que la luz del sol, y la imagen de Jesucristo, que le habló por la boca del ciervo, como antaño por la burra de Bileam, con las siguientes palabras:

—¡Oh, Placidus, por qué me persigues! Por ti he aparecido aquí en la figura de un ciervo; soy Cristo, a quien veneras sin saberlo; tus limosnas han subido hasta mí, y por eso he venido, para cazarte a ti mismo a través del ciervo que tú querías cazar.

Otros dicen sin embargo que fue la propia imagen que apareció entre las astas del ciervo la que profirió estas palabras. Cuando Placidus oyó esto, le sobrecogió un gran temor, cayó del corcel al suelo y, vuelto en sí sólo después de una hora, se levantó de la tierra y dijo:

—¡Descúbreme lo que quieras decirme, y creeré en ti!

Y Cristo dijo:

—Soy Cristo, Placidus, que creó el Cielo y la Tierra, que hizo surgir la luz y separóla de la oscuridad, que determinó las horas del día y las estaciones y los años, que creó al hombre a partir de un terrón, que apareció en la Tierra en forma carnal para salvar a la humanidad, que fue crucificado y resucitó al tercer día.

Placidus, al escuchar esto, cayó de nuevo en tierra y dijo:

—Señor, creo que has hecho todo esto y que conviertes a los pecadores.

Y el Señor le dijo:

—Si crees en mí, ve a ver al obispo de esta ciudad y hazte bautizar.

Placidus empero le contestó:

—¿Quieres, Señor, que le dé a conocer esto también a mi esposa y a mis hijos, para que también crean en ti?

—Anúnciaselo —dijo el Señor— para que se purifiquen igual que tú; y regresa mañana aquí, para que aparezca una segunda vez y pueda completar la revelación de lo que ha de suceder.

Vuelto Placidus a su casa y habiéndole anunciado a su mujer estas cosas, ella exclamó:

—Señor, también yo le vi la noche pasada, y me dijo: «Mañana tú y tu esposo y tus hijos vendréis a mí», y ahora he vuelto a reconocerle, puesto que tú mismo también lo has experimentado.

Por tanto, aun antes de la medianoche se encaminaron hacia el obispo de la ciudad de Roma; éste los bautizó con gran alegría y nombró Eustaquius a Placidus, Theosbyta a su esposa, y a sus hijos Theosbytus y Agapitus. A la madrugada del día siguiente, Eustaquius, según su costumbre, salió a cazar, y al llegar a aquel sitio hizo marcharse a sus acompañantes con el pretexto de rastrear caza, y pronto vio en el mismo lugar la figura de Su primer rostro; cayó a tierra y dijo:

—Señor, te pido humildemente que le reveles a tu siervo lo que le prometiste.

Entonces el Señor le habló así:

—Bienaventurado seas, Eustaquius, por haber recibido el baño de mi gracia y haber superado por tanto al Diablo, que te engañaba y al que has pisado en el polvo. Pronto, sin embargo, tu fe saldrá a la luz, pues el Diablo, al que has abandonado, rabiará contra ti y se está armando contra ti de múltiples maneras. Por tanto tendrás que sufrir mucho para lograr la corona de la victoria; tendrás que soportar muchas cosas, para que seas humillado por la alta vanidad del mundo y luego elevado con tesoros espirituales. No reniegues, pues, de mí, y no observes tu anterior esplendor, porque en las tentaciones te tendrás que mostrar como un segundo Job. Dime, pues, si quieres sufrir las tentaciones de inmediato o sólo al final de tu vida.

—Si es así, Señor —le dijo Eustaquius—, ordena que el Tentador se me acerque ya ahora, pero concédeme la virtud de la paciencia.

—Sed valientes —contestó el Señor—, pues mi gracia cuidará de vuestras almas.

Y así el Señor ascendió al Cielo, y Eustaquius regresó a su casa y volvió a comunicarle todo a su esposa. Pocos días después una peste mortal atacó a todos sus siervos y siervas y mató a todos; poco después cayeron de una sola vez todos sus caballos y su ganado; unos malvados que aprovecharon la ocasión para robar, entraron de noche en su casa y se llevaron todo lo que encontraron y saquearon toda la plata y todo el oro y otras cosas en toda la casa; Eustaquius le agradeció a Dios que él mismo, junto con su esposa e hijos, al menos pudiera huir desnudo. Como temían que la gente se burlara de ellos, se dirigieron a Egipto; todas sus propiedades habían sido reducidas a la nada por el latrocinio de aquellos malvados; pero el rey y todo el senado se preocuparon mucho por este comandante tan valiente, pues no podían hallar rastro alguno de él. Aquéllos llegaron al mar y subieron a un barco. Pero el dueño del mismo, al notar que la esposa de Eustaquius era muy bella, deseó poseerla; una vez llegados a la otra orilla les exigió el viático, y como no tenían nada para pagarle, ordenó que se quedara la mujer que él deseaba poseer. Eustaquius, al escuchar esto, no quiso permitirlo, pero mientras estaba protestando, el dueño del barco llamó a sus hombres para que tiraran a Eustaquius al mar, de modo que pudiera así adueñarse de la mujer. Eustaquius, al darse cuenta, abandonó triste a su esposa, cogió a sus hijos, se alejó suspirando y dijo:

—Ay de mí y de vosotros, pues vuestra madre se ha entregado a un hombre extraño.

Pero llegó a un río que no osó cruzar con ambos niños a la vez por la gran cantidad de agua, sino que dejó a uno de ellos en la orilla y cruzó con el otro; una vez cruzado el río dejó al niño, que había llevado en su espalda, en la tierra y se apresuró a buscar al otro. Pero al llegar al medio del torrente pasó corriendo un feroz lobo, robó al niño que había cruzado el río y huyó con él al bosque. Mientras el lobo estaba huyendo, llegó un león, robó al otro niño y salió corriendo con él, de modo que Eustaquius, como se hallaba en medio del río, no podía perseguirlo, y comenzó a lacerarse el pecho y a mesarse los cabellos, y se habría hundido en las aguas si no se lo hubiera impedido la Divina Providencia. Pero algunos pastores que habían visto que aquel león se llevaba al niño, lo persiguieron con sus perros, y por designio divino dejó al niño ileso en el suelo y huyó. Mientras tanto, unos campesinos que le gritaban al lobo desde atrás también habían liberado sano y salvo al otro niño de las fauces de la fiera; y puesto que ambos, los pastores y los campesinos, eran de un mismo pueblo, educaron allí a ambos niños. Pero Eustaquius no sabía nada de todo esto, sino que siguió caminando entre llantos y quejas, diciendo lo siguiente: «Ay de mí, yo que antes era tan fuerte como un roble, ahora me hallo despojado de todo. Ay de mí, yo que estaba acostumbrado a estar

rodeado de un gran número de guerreros, ahora estoy completamente solo y ni siquiera puedo tener conmigo a mis niños. Recuerdo, oh Señor, que me decías que me probarían como a Job, pero mira, estoy mucho peor que Job; porque éste, si bien había quedado despojado de todos sus bienes, aún tenía bosta en la cual sentarse. A mí, en cambio, no me ha quedado nada de todo eso. Tenía Job amigos que lo compadecían, pero yo no tenía más que enemigos, animales salvajes que me robaron a mis hijos. A Job le habían dejado a su mujer, a mí me la han quitado. Ahora, Señor, concédeme tranquilidad en mi tristeza y vigila mi boca, para que mi corazón no se deje llevar a palabras malvadas y para que no sea expulsado de tu vista.» Después que hubo hablado así marchó con lágrimas hacia un pueblo, y durante quince años estuvo cuidando allí por una paga las ovejas de los habitantes. Entretanto sus hijos fueron educados en otro pueblo sin saber que eran hermanos. Aquel barquero retuvo a la mujer de Eustaquius, pero no la reconoció e incluso la había dejado intocada al llegar la hora de su muerte. Ahora bien: el emperador y el pueblo romano entretanto fueron molestados gravemente por sus enemigos, y al recordar a Eustaquius y cuán valientemente había luchado éste contra los enemigos, se entristecían cada vez más por su súbita desaparición. Entonces el emperador envió a muchos caballeros a todas partes y les prometió a todos ellos grandes riquezas y puestos de honor si lograban dar con Eustaquius. Algunos de los soldados que habían estado a las órdenes de Placidus arribaron justamente al pueblo en el que éste se hallaba; y cuando Placidus regresó del campo y los vio, los reconoció de inmediato por su modo de caminar, y comenzó a suspirar y a consternarse al recordar la dignidad que antiguamente había poseído, y habló así en su corazón: «Señor, del mismo modo que ahora he visto, contrariamente a lo esperado, a aquellos que estuvieron conmigo, permíteme volver a mi esposa, pues a mis hijos sé que los han devorado los animales salvajes.» Entonces llegó hasta él una voz que le habló así: «Ten confianza, Eustaquius, pues pronto recobrarás tu dignidad y volverás a tener a tu esposa y a tus hijos.» Al cruzarse con los soldados, no le reconocieron, pero le saludaron y le preguntaron si no conocía a un extranjero llamado Placidus, quien tenía una mujer y dos hijos. El dijo que no sabía nada de ellos, pero a su pedido se alojaron en su casa y Placidus les dio de comer; pero al recordar su antigua función no pudo contener las lágrimas, salió de la casa, se lavó la cara y, una vez de regreso, continuó sirviéndoles de comer. Aquéllos le observaron y comentaron entre sí:

—¡Cuán parecido es este hombre al que estamos buscando!

—Es muy parecido —contestó otro—, observemos si no tiene en la cabeza la marca de una cicatriz que proviene de una herida que recibió en una batalla. ¡En efecto, es él mismo!



Y cuando le miraron y vieron por la marca que era él mismo, a quien buscaban, le reconocieron en el acto, saltaron hacia él, le besaron y le preguntaron por su esposa y sus hijos. El les dijo que sus hijos habían muerto y que se le privaba de su esposa. En ese momento se allegaron todos los vecinos a este espectáculo, y los guerreros les contaron de la valentía y de la antigua gloria de Placidus; luego le comunicaron la orden del emperador y le vistieron con ropas suntuosas. Después de un viaje de quince días llegaron al palacio imperial; el emperador, al enterarse de su llegada, salió velozmente a su encuentro y le dio el beso de la paz. Tras esto, Placidus narró por orden todo lo que le había sucedido; en seguida se lo llevó a la casa del comandante del ejército y se le exhortó a volver a ocupar el mismo cargo que había poseído antes; y después de haber contado los soldados, y hallando que eran demasiado pocos contra tantos enemigos, ordenó la leva de reclutas en todas las ciudades y villas. Sucedió que en el pueblo en el que educaba sus hijos también se pidió reclutar a dos jóvenes para soldados; todos los habitantes de aquel lugar señalaron a los dos hijos como más aptos para la guerra que todos los demás. Por lo tanto, el comandante observó a esos dos jóvenes y, dado que le parecieron de fino linaje y de buenas costumbres, y por ende le gustaron mucho, los colocó entre los primeros en la línea de combate y marchó a la guerra. Una vez derrotados los enemigos dejó descansar a sus soldados durante tres días en el mismo lugar en el que había establecido su vivienda su esposa, donde entonces se acuartelaron sus hijos, a pesar de que naturalmente no sabían que se trataba de su madre. Al estar juntos al mediodía y charlando, se contaron mutuamente sus infancias; la madre de aquellos jóvenes, sentada enfrente de ellos, escuchaba atentamente lo que narraban. Dijo el mayor al menor: —De mi infancia no puedo recordar más que el hecho de que mi padre era un comandante y mi madre una mujer muy bella que tenía dos hijos, a mí y a un hermanito que también era muy hermoso; una vez, nuestros padres me llevaron a mí y a mi hermano, y salimos de noche de nuestra casa paterna y subimos ambos a un

barco, pero no recuerdo adonde querían ir. Pero después que abandonamos el barco, mi madre, no sé por qué, se quedó en el mar; nuestro padre nos llevó a ambos, pero estaba constantemente llorando; pero al llegar a cierto río, llevó a mi hermanito a la otra orilla y me dejó a mí en la orilla a la que habíamos arribado. Pero al regresar para buscarme, un lobo robó a aquel niño, y antes que mi padre pudiera acercármeme, también aquí llegó un león desde el bosque, me arrastró consigo y me llevó a él. Pero algunos pastores me arrancaron de las fauces del león y me criaron en su granja, como sabes, de modo que no puedo saber qué ha sido de la vida de mi padre ni de la de mi hermano.

Al oír esto el hermano más joven, comenzó a llorar y dijo:

—Vive Dios, que, según escucho, soy tu hermano, pues aquellos que me han educado aseguran que me sacaron de entre las fauces de un lobo.

Entonces los dos se abrazaron, se besaron y comenzaron a llorar; su madre, que esto escuchaba y pensaba cuán certeramente habían descrito su sino, pensó largo tiempo si podrían ser sus hijos. Al día siguiente fue a ver al comandante, le pidió audiencia y le dijo:

—Señor, te suplico que hagas llevarme a mi ciudad natal; pues soy de Roma y una extraña en estas tierras.

Al decir esto notó en él rasgos de su esposo, y al reconocerlo y no poder seguir conteniéndose, se postró a sus pies y le dijo:

—Señor, te pido que me cuentes tu vida anterior, pues creo que eres Placidus, el comandante, cuyo otro nombre es Eustaquius, a quien ha convertido el Redentor, y que ahora ha vencido la tentación, a quien he sido sustraída como esposa en el mar, y quien tenía dos hijos, Agapitus y Theosbytus.

Eustaquius, al oír esto y tras haberla mirado más detenidamente, la reconoció como su esposa, derramó lágrimas de alegría, la besó y dio las gracias a Dios que sabe consolar de tal modo a los abatidos. Pero luego su esposa le dijo:

—Señor, ¿dónde están nuestros hijos?

—Los han robado animales salvajes —contestó él, y le narró cómo los había perdido. Ella habló así:

—Doy gracias al Señor, pues pienso que así como nos ha concedido nuestro reencuentro, también nos brindará la dicha de volver a reconocer a nuestros hijos.

—Pero ya te he dicho —replicó aquél— que los han devorado fieras salvajes.

—Ayer, mientras estaba sentada en mi jardín —contestó ella— he oído hablar a dos jóvenes de tal guisa de los años de su niñez, que pienso que deben de ser nuestros hijos; pregúntales tú mismo, para que te lo digan.

Eustaquius los llamó, y tras haber escuchado la historia de la niñez de ellos reconoció que eran sus hijos. El y la madre los abrazaron, lloraron en abundancia y los besaron repetidas veces, y todo el ejército se alegró con el reencuentro y con la victoria sobre los enemigos. Pero al regresar ocurrió que Trajano había muerto y que en el trono le había sucedido Adriano, que cometía actos mucho peores; el nuevo emperador les recibió magníficamente por la victoria lograda y por el reencuentro de la mujer y de los hijos, e hizo preparar un gran banquete. Pero al día siguiente se dirigió hacia el templo pagano de ídolos, para hacer allí un sacrificio por el triunfo sobre los bárbaros. Al ver el emperador que Eustaquius no quería ofender ni por el reencuentro de los suyos ni por la victoria, le amonestó que también hiciera un sacrificio. Pero éste contestó:

—Venero a mi Dios Jesucristo, y le sirvo y ofrendo sólo a Él.

Esto despertó las iras del emperador, y lo hizo llevar junto con la esposa e hijos al circo y soltar un feroz león. Pero el león, aunque corrió hacia ellos, lo hizo como si los adorara, retirándose luego con la cabeza humildemente gacha. Entonces el emperador hizo calentar un buey de bronce y ordenó introducirlos vivos; pero estos santos rezaron sus oraciones y se encomendaron a Dios, tras lo cual entraron en el buey y devolvieron allí sus almas al Señor. Tres días después se los sacó del buey en presencia del emperador, y se los encontró tan intactos que el vapor del fuego no había tocado ni sus cabellos ni ninguna otra parte. Los cristianos se llevaron sus cuerpos y los guardaron en un lugar muy conocido, en el que construyeron una capilla. Aquéllos habían muerto como mártires bajo el gobierno de Adriano, que subió al trono alrededor del año del Señor 120, el primero de noviembre o, según dicen otros, el veinte de setiembre.



De amor y fidelidad excesivos

Petrus Alphonsus narra que antiguamente hubo dos caballeros que vivían el uno en Egipto y el otro en Baldach. A menudo se enviaban mensajeros; pues el caballero de Egipto le informaba al de Baldach lo que en el país egipcio sucedía a través de mensajeros, y viceversa, y así había surgido entre ellos un fiel amor, aunque jamás se habían visto. Pero una vez el caballero de Baldach, yaciendo en su lecho, pensó para sí: «Mi compañero en Egipto me demuestra una gran amistad, y sin embargo jamás le he visto con mis propios ojos; emprenderé, pues, el viaje para visitarle.» Luego alquiló un barco y viajó a Egipto; y cuando su amigo recibió la noticia, fue a su encuentro y le llevó muy feliz a su casa. Ahora bien: en su casa aquel caballero tenía una pequeña sierva muy bella, y al verla el caballero de Baldach, quedó prendado de sus ojos y enfermo de un amor demasiado grande por ella. Al notar esto el caballero egipcio, le dijo:

—Amigo, dime qué te ocurre.

—En tu casa —replicó aquél— hay una pequeña sierva que mi alma desea de todo corazón, de modo que moriré si no la obtengo.

Cuando el caballero hubo escuchado esto, le mostró a todas las mujeres de su casa excepto a aquella sierva. Tras haberlas visto, dijo el de Baldach:

—Todas estas me ocupan poco o nada; pero hay otra más, a la que no veo aquí y que es la que mi corazón ama.



Le mostró finalmente también a aquella muchacha, y tras haberla mirado, el caballero dijo:

—Ésta sola es la que gobierna mi vida o mi muerte.

—También yo te digo —replicó el egipcio— que la eduqué en mi casa desde su infancia, para que fuera mi esposa y consiguiera con ella tesoros inconmensurables; pero tanto te quiero, que antes de verte muerto prefiero cedértela como esposa junto a toda la fortuna que ella hubiese obtenido.

El otro caballero, cuando le hubo escuchado, se puso muy contento, la tomó por esposa, obtuvo junto con ella grandes riquezas y regresó con esta su mujer a su ciudad natal de Baldach. Después de ello el caballero de Egipto de pronto pasó tales estrecheces, que no le quedó ni su casa ni propiedad alguna. Pensó entonces para sí: «A quién he de dirigirme sino a mi compañero de Baldach, a quien le he allanado el camino a la riqueza, para que ahora tenga consideración de mi pobreza.» Se embarcó, pues, y tras la puesta de sol llegó después de Baldach a una ciudad en la que vivía su rico colega. Pero pensó para sí: «Ahora es de noche; si llego en este momento a la casa de mi camarada, no me reconocerá, porque estoy mal vestido y no tengo a nadie conmigo, mientras que acostumbraba llevar conmigo a una gran servidumbre y tener de todo en abundancia.» Por tanto, se

dijo: «He de descansar esta noche, e iré a verle mañana», miró en derredor y vio el cementerio; las puertas estaban abiertas y entró para pasar allí la noche. Pero después de un rato y mientras se aprestaba a dormir, unos hombres se batían en la calle, y finalmente uno de ellos mató al otro. El asesino huyó al cementerio y escapó por la otra puerta. Luego se alzó una gritería en la ciudad: «¿Dónde está el asesino, dónde está el traidor que ha matado a un hombre?» Dijo el caballero:

—¡Yo soy el asesino que ha matado a aquel hombre; cogedme y llevadme a la horca!

Aquéllos se apoderaron de él y le encerraron toda la noche en una cárcel. A la mañana temprano se tocó la campana de la ciudad, el juez dictó la sentencia contra él y lo llevaron a la horca. Pero entre los espectadores se hallaba también su compañero, el caballero a quien había ido a visitar. Al verlo en camino hacia la horca, se dijo: «Este es mi colega de Egipto, que me ha dado a mi esposa junto con muchos tesoros; éste marcha a la horca, ¿y yo he de vivir?» Por lo tanto exclamó a voz en cuello:

—Queridos hermanos, no llevéis a la horca a un inocente; al que lleváis a la muerte no tiene culpa alguna; yo soy el traidor que ha matado al hombre, no él.

Al oír esto, le pusieron las manos encima y condujeron a ambos a la horca. Pero cuando ya estaban cerca de ella, el verdadero culpable se dijo: «Puesto que tengo la culpa del hecho, ¿he de permitir, acaso, que mueran estos inocentes? No podrá suceder sino que Dios alguna vez se vengue de mí por esto; es mejor que sufra aquí un castigo breve, que tener que sufrir la condena eterna en el infierno.» Por tanto exclamó en alta voz:

—Queridos hermanos, por Dios, no ajusticiéis inocentes, que ninguno de ellos ha motivado por ningún signo, palabra o hecho que el asesinado muriera, sino que soy yo quien lo he matado con mi propia mano; por tanto colgadme a mí y dejad partir libremente a los inocentes.

Al oír esto cogieron también a aquél, pero se sorprendieron y llevaron a los tres ante el juez. Este, al verlos, se sorprendió a su vez y les preguntó:

—¿Por qué habéis vuelto?

Estos, empero, contaron todo lo sucedido de principio a fin, y el juez le preguntó al primer caballero:

—Amigo, ¿por qué dijiste que habías matado a ese hombre?



—Os lo diré sin mentir —contestó éste—. En mi patria, Egipto, era rico y tenía abundancia de todo; luego padecí grandes estrecheces y no poseía ni una casa, ni un sitio donde estar, ni ninguna otra cosa: por nostalgia, pues, me he dirigido a este país, para ver si podía conseguir alguna ayuda. Por eso he dicho que he muerto al hombre, pues prefiero morir a vivir, y en este momento sigo pidiéndote que, por Dios, me hagas ahorcar.

El juez le dijo al segundo caballero, el de Baldach:

—Y tú, ¿por qué has dicho que habías asesinado al hombre?

—Señor —contestó éste—. Este caballero me dio a mi mujer con sus muchos tesoros que guardaba para sí, y por él me he vuelto rico en todos los aspectos. Al ver pues llevar a la horca a este mi querido camarada, por el cual logré tantas y tan grandes cosas, exclamé de viva voz: «Yo soy culpable de la muerte de aquel hombre, y no él», porque con gusto habría muerto por mi amor hacia él.

Ahora le dijo el juez al asesino:

—Pero ¿por qué tú has afirmado que diste muerte a aquel hombre?

Este replicó:

—Señor, no he dicho más que la verdad, pues habría sido un grave pecado si hubiera dejado morir a inocentes y quedado con vida. Por eso he preferido decir la verdad y sufrir un castigo aquí, a que se condenara a inocentes y me castigaran por ello en el infierno o en algún otro lugar.

Dijo entonces el juez:

—Porque has dicho la verdad y has salvado a inocentes, te regalo tu vida, siempre que en el futuro trates de mejorar tu conducta; ve en paz.

Todos los que oyeron las palabras del juez lo alabaron por haber dictado tan buena sentencia, porque el culpable había confesado la verdad.

Apollonius

Antaño el rey Antíoco gobernaba en la ciudad de Antioquía, que recibió su nombre de él; con su esposa, el rey engendró una hija hermosa. Llegada ésta a la edad núbil y habiendo crecido cada vez más el esplendor de su belleza, muchos la pidieron en matrimonio con su gran e incalculable dote. Pero mientras el padre estaba decidiendo a quién entregarle a su hija por esposa, sin saber qué hacer, estalló repentinamente en él una cruel llama del amor y del deseo injusto por su propia hija, y comenzó a amarla más de lo que corresponde a un padre. Combatió su locura con la vergüenza, pero finalmente venció el amor, y un día se internó en el dormitorio de su hija e hizo alejarse de allí a todos los demás, como si quisiera tener una entrevista secreta con su hija. Azuzado por la locura de su impulso, pese a la resistencia de la hija, le robó su inocencia y mancilló su castidad. Mientras la doncella estaba pensando qué podía hacer entró de pronto su aya, y al ver a la niña con un rostro lloroso, le dijo:



—¿Por qué está tan abatida tu alma?

—Oh, carísima —contestó la niña—, en este aposento acaban de hundirse dos nobles nombres.

—Mi ama, ¿qué significa eso? —preguntó el aya.

—Que antes de desposarme he sido mancillada por el más atroz de los crímenes —replicó aquélla.

Cuando el aya hubo oído y visto, estuvo como enloquecida y dijo:

—¿Y qué diablo ha osado ensuciar la cama de una reina?

—Impiedad lo ha cometido —contestó la muchacha.

—¿Por qué no se lo denuncias a tu padre? —replicó el aya.

—¿Dónde está mi padre? ^dijo la niña—. Si lo supieras, para mí se habría perdido el nombre de padre, y sólo la muerte me complace como salvación.

Pero cuando el aya escuchó que la niña ansiaba la ayuda de la muerte, la hizo desistir de esto con dulces palabras y la exhortó a abandonar esa intención. El padre impío, que entretanto hacía hipócritamente ante sus súbditos el papel de padre devoto, estaba contento de ser, entre sus cuatro paredes, el marido de su hija; para poder compartir por siempre el lecho maldito de su hija, inventó un nuevo tipo de vileza para ahuyentar a los pretendientes que la deseaban por esposa. Pues puso como condición una adivinanza, agregando:

—Quien halle la solución a mi pregunta, que despose a mi hija; pero quien no la resuelva, que pierda su cabeza.

Por la belleza increíble e inaudita de la muchacha se acercaron muchísimos reyes de todos los confines del mundo, y si alguno casualmente acertaba en la solución de la adivinanza, de todos modos se le ahorcaba como si nada hubiera dicho y se exponía su cabeza en la puerta, para que los que llegaran tuvieran ante sí la imagen de la muerte y desistieran. Pero todo esto lo había hecho para poder vivir él mismo en adulterio y con su hija. Mientras Antíoco seguía ejerciendo tales crueldades, llegó en un viaje marítimo a Antioquía cierto joven tirio llamado Apollonius, que pertenecía a los más nobles de su ciudad natal, era muy rico y poseía importantes conocimientos; se dirigió al rey y le dijo:

—¡Bienaventurado seas, oh rey!

—Que tus padres tengan un buen matrimonio —contestó el rey.

—Te pido a tu hija por esposa —dijo el joven.

Mas cuando el rey oyó lo que no quería oír, miró al joven y le dijo:

—¿Conoces la condición de tu casamiento?

—La conozco —replicó el joven—, y la he visto en la puerta.

El rey se enfadó y dijo:

—Escucha, pues, la pregunta: «Estoy viajando en un crimen, devoro la carne de mi madre, he buscado a mi hermano y al marido de mi madre y no lo encuentro.»

Habiendo oído esta pregunta, el joven se alejó un momento del rey; y al buscar la ayuda de su sabiduría, por gracia divina halló la solución de la pregunta, regresó y le dijo al rey:

—Querido señor Rey, me has planteado una pregunta; ahora escucha la solución a la misma. Pues al decir «estoy viajando en un crimen» no has mentado; basta que te mires a ti mismo; en las palabras «devoro la carne de mi madre» mira a tu hija.

Cuando el rey supo que el joven había hallado la solución de la adivinanza, temió que se evidenciara su pecado; por eso le miró con enfado y dijo:

—Joven, aún estás muy lejos de la solución de la pregunta; no has dicho lo que es cierto; en realidad mereces que te decapite; pero mira te daré otro plazo de treinta días: piensa la cuestión una vez más, y si hallas la solución recibirás a mi hija por esposa; pero en caso contrario perderás tu cabeza.

El joven se quedó consternado, y junto a sus compañeros tomó un barco y se dirigió a su ciudad natal. Después del alejamiento del joven, el rey llamó a su mayordomo Taliarcus y le dijo:

—Taliarcus, mi más fiel escriba secreto, sabe que Apollonius de Tiro ha descubierto la solución de mi adivinanza; sube por tanto a un barco para perseguirlo, y cuando llegues a Tiro pregunta por él y mávalo con veneno o a hierro. Cuando regreses obtendrás una gran recompensa.

Taliarcus cogió su escudo y dinero y se encaminó hacia la ciudad natal del joven. Apollonius llegó antes que él, se fue a su casa, abrió todos sus armarios, hojeó todos sus libros y no encontró sino lo que le había dicho al rey, por lo que se dijo: «Si no me equivoco, el rey ama a su hija con un ardor impuro.» Pero mientras esto pensaba, se dijo en su corazón: «Qué haces, Apolloni, has descubierto la solución y sin embargo no has conseguido a la princesa, por tanto, Dios ha determinado que no perezcas.» En seguida hizo disponer barcos y cargarlos con cien mil fanegas de cereales, una gran cantidad de plata y muchas prendas de vestir, subió a una nave con pocos hombres de confianza en la tercera hora de la noche y se confió a la alta mar. Al día siguiente lo buscaron sus conciudadanos, pero no lo encontraron; y se levantó un inmenso clamor porque no se encontraba

por ninguna parte al príncipe más querido de la patria, y en toda la ciudad había una gran tristeza. Era tan amado por sus conciudadanos, que los barberos tuvieron que dejar de trabajar durante mucho tiempo, los espectáculos públicos debieron descansar, se cerraron los baños y nadie frecuentaba los templos ni las tabernas. Pero mientras las cosas así estaban llegó Taliarcus, enviado por el rey Antíoco para matar a Apollonius; al ver cerradas todas las casas le dijo a un muchacho:

—Dime por tu vida, ¿por qué está de duelo esta ciudad?

—Oh, carísimo —contestó el muchacho—. ¿No sabes ya lo que preguntas? Esta ciudad está de duelo porque desde su regreso del palacio del rey Antíoco no vemos a Apollonius por ninguna parte.

Taliarcus, al oír esto, volvió muy contento a su barco, regresó a Antioquía, fue a ver al rey y le dijo:

—Señor, rey mío, alégrate, pues por temor hacia ti, Apollonius no ha reaparecido más.

—Podrá huir —replicó el rey—, pero no huir de mí.

De inmediato dio a conocer el siguiente edicto:

—Quien me entregue a Apolloni de Tiro, el traidor de mi majestad, obtendrá cincuenta talentos de oro, pero quien le corte la cabeza obtendrá cien.

Entonces no sólo los enemigos de Apollonius, sino también sus amigos, se dejaron tentar por la codicia y se dieron prisa para cazarlo. Buscaron a Apollonius por mar y por tierra, en los bosques y en todos los escondrijos, pero no lo encontraron. Entonces el rey hizo aprontar flotas enteras para perseguir al joven; pero mientras los encargados aún estaban disponiendo las flotas, Apollonius llegó a Tarsis y fue visto por uno de sus esclavos, llamado Elinatus, que había llegado a la misma hora. Este se le acercó y le dijo:

—¡Dios te guarde, rey Apolloni!

—Pero éste, al ser saludado así, hizo como suelen hacerlo los poderosos, e ignoró al esclavo. El viejo se enfadó mucho, le saludó una segunda vez y le dijo:

—¡Dios te guarde, rey Apolloni! ¡Retribúyeme mi saludo y no menosprecies una pobreza adornada con buenas costumbres! Pues si supieras lo que yo sé, bien que andarías con precaución.

—Decídmelo, si os place —respondió aquél.

—Has quedado desterrado —dijo éste.

—Y ¿quién ha proscrito al príncipe de su ciudad natal? —preguntó aquél.

—El rey Antíoco —dijo Elinatus.

—¿Y por qué el rey Antíoco?

—Porque quieres ser lo que él es como padre.

—¿Cuánto ha puesto por mi cabeza?—preguntó Apollonius.

—Quien te lleve vivo ante él —respondió Elinatus— recibirá cincuenta talentos de oro, pero quien le lleve tu cabeza tendrá un premio de cien talentos. Por eso te exhorto a que busques un refugio en algún lugar.

Elinatus, tras haber dicho esto, se alejó, pero Apollonius le llamó y le pidió que se le acercara, que él le daría cien talentos de oro, y dijo:

—Cógelos de mi pobreza, pues los has merecido, córtame la cabeza y entrégasela al rey; eso le causará una gran alegría. Mira, aquí tienes los cien talentos de oro, y además quedas sin culpa, puesto que te he inducido al crimen pago por propia voluntad, para que le brindes un placer al rey.

—Señor —le contestó el anciano—, por una cuestión tal jamás en la vida quiero recibir una recompensa; la gente proba nunca equipara la amistad al dinero.

Y luego de seguir ensalzando mucho al rey Apollonius, se alejó. Después de éste, cuando Apollonius se hallaba aún en el mismo sitio de la costa, vio acercarse a un hombre llamado Stranguilio, cuyo rostro expresaba preocupación y tristeza. Apollonius se allegó hasta él y le dijo:

—¡Bien venido, Stranguilio!

Y éste replicó:

—Bien venido seas también tú, mi rey Apolloni. —Y agregó—: Dime por qué te detienes en este lugar con una expresión tan turbada.

Apollonius dijo:

—Porque deseaba que, después de haber dicho la verdad, la hija del rey fuera mi mujer y esposa. Por eso deseo y te pido que, si fuera posible, me permitas esconderme en vuestra ciudad.

—Señor Apollonius —respondió Stranguilio—, nuestra ciudad es muy pobre y no está en condiciones de mantener tu alto linaje conforme a tu rango; además estamos padeciendo una grave hambre y escasez de cereales, y nuestros ciudadanos no tienen esperanzas de salvación, sino que la más cruel de las muertes pende ante nuestros ojos.

Pero Apollonius replicó:

—Dad gracias a Dios, que en mi huida me ha llevado a vuestros confines; le daré cien mil fanegas de trigo a vuestra ciudad, con tal de que ocultes mi huida hacia aquí.

Al oír esto, Stranguilio se echó a sus pies y le dijo:

—Señor Apollonius, si quieres ayudar a esta ciudad, no sólo ocultaremos tu huida, sino que si fuera necesario lucharemos por tu conservación.

Más tarde, Apollonius subióse al tribunal en el mercado y les dijo a todos los ciudadanos presentes:

—Ciudadanos de Tarsis, a quienes oprime y martiriza la falta de cereales: yo, Apollonius de Tiro, quiero ayudaros, pues pienso que recordaréis esta buena acción y ocultaréis mi huida. Pues sabed que no se me ha guiado hasta vosotros por mi viaje, sino para vuestra buena suerte. Por tanto os quiero dar cien mil fanegas de trigo al mismo precio que las he pagado en mi patria, a saber, ocho chelines por fanega.

Al oír los ciudadanos que podían comprar una fanega por ocho chelines se pusieron muy contentos y comenzaron inmediatamente a disponer el trigo para su uso. Apollonius aceptó el dinero, pero para que no pareciera que se había despojado de su dignidad real y siendo más comerciante que rey, volvió a regalar este dinero al patrimonio municipal de esta ciudad. Habiendo conocido los ciudadanos tan grandes buenas acciones, le erigieron un monumento en el mercado, en el que lo representaban de pie en un carro, cortando las mieses con la mano derecha y distribuyéndolas con el pie izquierdo, y escribieron en el pedestal: «Apollonius de Tiro le hizo a la ciudad de Tarsis un regalo, que la salvó de una muerte terrible.» Unos días después, Apollonius, por consejo de Stranguilio y de Dyonisiades, la mujer de éste, decidió navegar hasta la ciudad tirrena de Pentápolis, para ocultarse allí mientras sus buenas acciones se cumplían tranquila y prósperamente. Con grandes honores, pues, lo llevaron hasta la costa, y después de haberse despedido de todos, subió a su barco. Pero después de tres



días y otras tantas noches tras haber abandonado las costas de Tarsis, cesó de pronto el viento favorable y cambió el mar. Pues en pocas horas sobrevino ahora una tempestad, mientras Aquilo y Euro acosaban la flota; el cielo se descargó con inmensas lluvias, la tempestad destrozó a la tripulación tiria, al mismo tiempo se hendió el barco, el Céforo revolvió el mar, granizo y nubes oscuras se posaron sobre el mismo. Pero los vientos soplaron tan fuertes que la muerte se apoderó de todos; si bien todos trataron de aferrarse a una madera, en tamaña oscuridad y tormenta todos perdieron la vida. Sólo Apollonius fue arrastrado a la costa de Pentápolis gracias a una madera que había podido coger felizmente, y parado ahora en la orilla y mirando el mar serenado, habló así:

—Oh, mar infiel, prefiero caer en manos del cruel rey que en las tuyas; ¿adónde he de dirigirme ahora, dónde encontrar una patria, qué hombre conocido ha de asistirme a mí, el desconocido?

Mientras estaba diciendo tales cosas, vio a un hombre joven que se le acercaba, un barquero fuerte envuelto en una capa sucia; y como la necesidad le obligaba, Apollonius se echó a sus pies y dijo entre lágrimas:

—Seas quien fueres, apiádate de un náufrago que no ha salvado más que su vida, pero que no ha sido engendrado por padres humildes sino nobles; y para que sepas de quién has de conmiserte: soy Apollonius de Tiro, yo, el señor de mi ciudad paterna, te suplico salves mi vida.

El pescador, al percibir la belleza del joven, se conmovió, lo levantó y lo llevó a su casa, le ofreció toda la comida que pudo conseguir y, para completar su

caridad, se quitó su gran capote, lo dividió en dos mitades, le dio una al joven y dijo:

—Coge lo que tengo y ve a la ciudad; tal vez allí encuentres a alguno que se compadezca de ti; pero si no hallas a ninguno, vuelve aquí y déjate contentar con mi pobreza —y luego agregó—. Sólo te pido que si alguna vez volvieras a obtener tu anterior magnificencia, no desprecies la pobreza de un pequeño pescador.

—Si no te recuerdo eternamente —replicó Apollonius—, quiero volver a naufragar sin encontrar luego a un hombre como tú.

Tras haber hablado así, tomó el camino que le habían indicado y entró por las puertas de la ciudad. Pero mientras seguía pensando dónde podría procurarse ayuda, vio correr por las calles a un niño desnudo» que tenía la cabeza untada de aceite, estaba ceñido con una toalla y proclamaba a viva voz:

—¡Escuchadme todos, extranjeros y siervos: quien quiera lavarse, que entre al baño público!



Apollonius, habiendo oído esto, se dirigió al baño, se quitó su viejo abrigo y se sirvió del agua. Mientras miraba a cada uno de los presentes buscaba a uno de su estirpe, pero no halló a ninguno. Cuando repentinamente entró el rey de toda la comarca, Altistrates, con un enjambre de sirvientes, jugando un juego de pelota con sus esclavos, Apollonius se agachó delante del rey, atajó la pelota rodante y con un diestro golpe se la devolvió al rey. Entonces el rey le dijo a sus sirvientes:

—Alejaos; pues hay aquí un joven que, según pienso, puede competir conmigo.

Apollonius, al oír que le elogiaban, se le acercó valientemente y, después de haber cogido el recipiente con aceite y ungüento de cera, untó al rey en todo el cuerpo con mano hábil, luego le aplicó fomentos en un blando diván y sólo finalizó su prestación de servicios cuando el rey se alejó. Tras la partida del joven, el rey les dijo a sus amigos:

—Os juro que jamás me he bañado mejor que hoy con los servicios de este joven, pese a que no sé quién es —y mirando a uno de sus sirvientes, agregó—: Averigua quién es el joven que me ha servido.

Este siguió al joven y vio que estaba vestido con un abrigo sucio y raído; regresó y le dijo al rey:

—El joven es un náufrago.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey. Y aquél contestó:

—Aun sin que lo diga, lo muestra su vestimenta.

El rey dijo entonces:

—Ve a verlo de prisa y dile: «El rey te pide que hoy comas junto a su mesa.»

Al oír esto, Apollonius se puso muy contento y se dirigió con el sirviente hacia donde estaba el rey. Pero el sirviente entró el primero en el real aposento y dijo:

—Ha llegado el náufrago; mas tiene vergüenza de entrar, porque su ropa está sucia.



En seguida el rey lo hizo vestir con ropas suyas más dignas y pasar al comedor. Luego de haber entrado, se sentó Apollonius frente al rey, en un sitio que le habían asignado; primero se sirvió un desayuno, pero luego un banquete real; mas Apollonius no se servía, pese a que todos estaban comiendo, sino que contemplaba la vajilla de oro y plata y a los siervos del rey, con lágrimas en los ojos. Uno de los invitados díjole al rey:

—Si no me equivoco, este joven tiene envidia de tu suerte.

—Tu sospecha es infundada; no me envidia mi suerte, sino que está doliéndose de lo mucho que ha perdido —replicó el rey. Luego miró a Apollonius al rostro y le dijo con tono amistoso:

—Joven, come con nosotros y confía en que Dios te deparará un mejor destino.

Mientras aún le estaba hablando, de pronto entró la hija del rey, una doncella adulta, besó a su padre y a todos los amigos que se hallaban alrededor de la mesa. Una vez que hubo besado a todos regresó adonde estaba su padre y le dijo:

—Buen padre, ¿quién es el joven que tiene el sitio de honor enfrente de ti y que nos mira tan acongojado?

—Oh, querida hijita —replicó el rey—, este joven ha sufrido un naufragio y me ha ofrecido muchos servicios amables en la escuela de lucha, y por eso le he invitado a comer; pero no sé quién es; si quieres saberlo, pregúntaselo, pues estoy de acuerdo con que sepas todo, y tal vez te compadezcas de él cuando le hayas conocido.

Cuando la muchacha oyó esto, se acercó a Apollonius y le dijo:

—Querido amigo, tu noble aspecto indica tu linaje noble; si no te resulta desagradable, dime tu nombre y tus peripecias.

—Si quieres saber mi nombre —replicó aquél—, lo he perdido en el mar; si mi estirpe, la he dejado en Tiro.

—¡Habla más claramente, para que pueda entenderte! —dijo la muchacha. Entonces Apollonius le contó todas sus desgracias y le citó su nombre. Una vez terminado su discurso comenzó a derramar lágrimas y el rey, al verle llorar, le dijo a su hija:

—Mi dulce niña, has obrado mal al exigir saber el nombre y los destinos de este joven, pues has vuelto a evocar su antiguo dolor. Dulce hija, ahora que sabes la verdad, conviene que le hagas partícipe de tu real generosidad.

Habiendo percibido la jovenzuela la voluntad de su real padre, miró al joven y le dijo:

—Apollonius, ahora eres de los nuestros; depón tu tristeza, pues mi padre volverá a hacerte rico.

Apollonius le dio las gracias deferentemente, pero entre suspiros. Luego el rey le dijo a su hija:

—Busca tu lira para regocijar a los huéspedes con tu canto.

La princesa se hizo traer su lira y comenzó a tocarla dulcemente. Todos comenzaron a alabarla y a decir:

—No hay nada más bello ni más dulce.

Sólo Apollonius callaba, y el rey le dijo:

—No haces bien, Apollonius; todos ensalzan a mi hija por su música; ¿por qué no te complace?

—Buen rey —contestó aquél—, si me lo permites, te diré lo que pienso: tu hija ha comenzado a conocer la música, pero aún no la domina. Ordena, pues, que se me entregue la lira, y de inmediato te enterarás de lo que aún ignorabas.

—Apolloni —contestó el rey—, veo que estás bien instruido en todas las cosas.

Luego le hizo entregar la lira y le adornó la cabeza con una corona de laureles. Este cogió la lira, volvió al comedor y tocó tan hermosamente ante el rey, que todos lo tomaron ya no por Apollonius, sino por el propio Apolo. Los huéspedes le dijeron al rey que jamás habían oído ni visto nada mejor. La princesa, al percibirlo, miró al joven y sintió amor por él; y así le habló a su padre:

—Oh, padre, permite que le dé al joven lo que me venga en gana.

—Lo permito —dijo el rey.



Entonces ella dirigió su mirada hacia Apollonius y le dijo:

—Maestro Apollonius, recibe de la benignidad de mi padre doscientos talentos de oro, cuatrocientas libras de plata, ricas prendas, veinte esclavos y diez criadas.

Pero a éstos les dijo:

—Buscad lo que le he prometido.

Y en presencia de los amigos del rey y a través de las puertas del comedor abiertas se trajeron todas las cosas por orden de la princesa. Luego todos se pusieron de pie y, tras haberse despedido del rey, se marcharon. Apollonius dijo:

—Buen rey, que te conmiseras de los desdichados, y tú, princesa, amiga de las ciencias y protectora de la filosofía, que os vaya bien.

Luego se dirigió a los sirvientes que le había encomendado la princesa y les dijo:

—Coged lo que me han regalado, vayámonos y busquemos un alojamiento.

Pero la muchacha temió perder a su amado, se puso muy triste, miró a su padre y dijo:

—Buen rey y querido padre, ¿quieres que Apollonius, quien sólo hoy se ha enriquecido gracias a nosotros, se vaya y que hombres malvados vuelvan a quitarle lo que le hemos regalado?

Entonces el rey ordenó de prisa que a aquél se le asignara un aposento en el que pudiera dormir tranquilo y de acuerdo con su rango. La joven, ardiendo de amor, pasó una mala noche, por lo cual se dirigió muy de mañana al aposento de su padre. Al verla, éste le dijo:

—¿Por qué, en contra de tu costumbre, te has despertado a hora tan temprana?

—No pude conciliar el sueño, por lo cual te pido, querido padre, que me des por maestro al joven, para que pueda aprender música y muchas otras cosas.

Al oír esto, el rey se alegró, llamó al joven y le dijo:

—Apolloni, mi hija tiene el gran deseo de aprender tu arte; por tanto te pido que le enseñes todo lo que sabes; por ello quiero pagarte un sueldo digno.

—Señor —contestó éste—, estoy dispuesto a satisfacer vuestro deseo.

Le enseñó a la princesa entonces todo lo que él mismo sabía. Mas ésta se enfermó por su amor demasiado grande por el joven, y viendo el rey que a su hija la aquejaba algún mal, hizo venir a médicos. Estos palparon las arterias y diversas partes del cuerpo de la misma, pero no lograban encontrar enfermedad alguna. Pocos días después, tres jóvenes muy nobles, quienes desde hacía tiempo pretendían a la princesa por esposa, saludaron al rey como al unísono, y el rey les miró y les dijo:

—¿Qué queréis?

—Hemos venido hoy —replicaron— porque a menudo nos prometiste darle a uno de nosotros a tu hija como esposa. Somos tus súbditos, de rica y noble condición; escoge, pues, a uno de nosotros tres, al que quieras tener como yerno.

—Me habéis molestado en un momento inoportuno; mi hija se dedica ahora a las ciencias; pero de tanto amor al estudio se ha indispuerto; mas para que no parezca que quiero distraeros, anotadme en pizarras vuestros nombres y la magnitud de vuestra herencia; se los daré a mi hija, y que entonces ella misma escoja a quien quiera.

Así lo hicieron; el rey cogió lo que habían escrito, lo leyó, le colocó su sello y se lo dio a Apollonius con las siguientes palabras:

—Maestro, toma estos papeles y házselos llegar a tu alumna.

Apollonius los cogió y se los llevó a la muchacha. Cuando la princesa vio al que amaba, le dijo:

—Maestro, ¿qué pasa, que entras solo a mi cuarto?

—¡Coge estas pizarras. —le contestó Apollonius— que te envía tu padre, y léelas!

La joven leyó los nombres de sus tres pretendientes, los tiró al suelo, miró a Apollonius y le dijo:

—Maestro Apollonius, ¿no te apena que me entreguen a otro en matrimonio?

—No, pues todo lo que te suceda, también será honor y ganancia para mí —replicó aquél. Dijo entonces la muchacha:

—Maestro, si me amaras, te dolería.

Acto seguido escribió una respuesta en la pizarra, volvió a sellarla y se la entregó a Apollonius para que se la llevara al rey. Había escrito, empero, lo siguiente: «Mi rey y queridísimo padre: puesto que tu merced me ha permitido contestarte, te escribo que quiero tener al náufrago por esposo.» Cuando el rey lo hubo leído, sin comprender la idea de su hija por no saber a qué náufrago se refería, se dirigió a los jóvenes y les dijo:

—¿Sufrió alguna vez un naufragio alguno de vosotros?

Uno de ellos, llamado Ardonius, dijo:

—Yo.

Pero otro dijo:

—¡Que cojas la peste y jamás te sanes! Te conozco desde tu niñez como compañero de juegos, y jamás has abandonado las puertas de la ciudad para sufrir un naufragio.

El rey, al no poder descubrir cuál de ellos había sufrido un naufragio, miró a Apollonius y le dijo:

—Coge esta tabla y léela; pues es posible que sepas lo que yo no comprendo, puesto que has estado con ella cuando lo escribí.

Apollonius leyó rápidamente el escrito y se sonrojó al darse cuenta de que se le amaba. El rey le dijo entonces:

—Apolloni, ¿has descubierto al náufrago?

Aquél contestó con pocas palabras, pues sentía vergüenza. El rey, al darse cuenta de que su hija le quería, les dijo a los otros:

—En cuanto tenga tiempo volveré a recibirlos.

Estos se despidieron y se marcharon. El rey fue entonces solo a ver a su hija y le dijo:

—¿A cuál esposo has escogido?

Ella se lanzó a sus pies con lágrimas en los ojos y habló así:

—Queridísimo padre, quiero casarme con el náufrago Apollonius.

Al ver el llanto de su hija, el rey la levantó del suelo y le dijo:

—Dulce hijita, no pienses en nada más, pues has elegido al mismo que yo quería como yerno en cuanto le vi por vez primera. Y como soy tu querido padre, quiero fijar sin dilaciones la fecha de tu casamiento.

Al día siguiente se invitó a los amigos del rey en las ciudades vecinas, y el rey les dijo:

—Queridos amigos, mi hija quiere casar con su maestro Apollonius, por lo que os pido que os alegréis porque mi hija se casa con un hombre tan sabio.

Cuando hubo hablado así, determinó un día para el casamiento; ella pronto quedó embarazada, y cuando llevaba un niño bajo el corazón, sucedió que paseaba por la orilla del mar con su esposo, el rey Apollonius, cuando vio un hermoso barco. Apollonius reconoció que era un barco de su patria, se dirigió por eso al capitán y le dijo:

—¿De dónde vienes?

—De Tiro —replicó aquél. Apollonius dijo entonces:

—Ese es el nombre de mi ciudad natal.

El otro opinó:

—¿Eres pues un tirio?

—Es tal como dices —contestó Apollonius. Dijo entonces el capitán:

—¿Conoces acaso a un príncipe de esa tu ciudad natal, que se llama Apollonius? Te pido que, vieras donde lo vieres, le digas que se ponga contento y esté de buen ánimo, pues el rey Antíoco junto con su hija fueron fulminados por el rayo, y los tesoros de su reino se están guardando en Antioquía para Apollonius.

Al oír esto, Apollonius le dijo muy contento a su consorte:

—Te pido que me dejes partir de aquí para tomar posesión de mi reino.

Pero aquélla, derramando lágrimas, dijo:

—Oh, señor, si emprendieras un largo viaje, tendrías que apresurarte para acudir a mi alumbramiento; y, ¿ahora quieres alejarte, cuando estás junto a mí? Pero si así lo quieres, viajaremos juntos hasta allí.

Luego fue a ver a su padre y le dijo:

—Padre querido, alégrate con nosotros, pues el viejo rey Antíoco, junto con su hija, ha sido fulminado por el rayo, por justicia divina, pero se están guardando para nosotros sus tesoros y su corona; permíte, pues, que viaje con mi esposo hasta allí.

El rey se puso muy contento, hizo llevar barcos a la playa, los hizo cargar con todo tipo de bienes, ordenó también que una nodriza llamada Ligozis y una partera participaran del viaje por el parto de la hija, les dio permiso para partir, los acompañó hasta la orilla y besó repetidas veces a su hija y a su yerno. Unos días después se levantó en el mar una furiosa tormenta, y la princesa estaba tan débil por el nacimiento de una niña que parecía muerta. Al notar lo sus criadas, prorrumpieron en fuertes gritos y llantos; Apollonius se acercó de prisa, y al ver a



su esposa como muerta, se arrancó las ropas del cuerpo, se echó entre ríos de lágrimas sobre el cuerpo de ella y dijo:

—Cara mujer, hija de Altistrates, ¿qué he de decirle a tu padre?

Apenas hubo hablado así, el timonel le dijo:

—Ningún buque puede llevar un cadáver; ordena por tanto que se tire el cuerpo al mar, para que podamos escapar de la muerte.

Apollonius entonces lo increpó:

—¿Qué dices, infame? ¿Quieres que tire al mar a este cuerpo que, cuando yo era un náufrago y pobre, me acogió?

Por lo tanto convocó a sus sirvientes y dijo: —Confeccionad un ataúd con aberturas y cerradlas con betún; colocadle dentro una tabla de plomo y ajustadla.

Una vez terminado el féretro, colocaron dentro del mismo a la princesa adornada con joyas preciosas y mucho oro bajo su cabeza; luego el rey, bañado en lágrimas, besó el cadáver, ordenó criar a la niña y alimentarla con precaución, para poder mostrarle al rey una nieta en vez de la hija, y entre fuerte llanto mandó hundir el ataúd en el mar. Pero al tercer día, la marea echó el cajón sobre la costa

de Éfeso cerca de la casa de un médico llamado Cerimon, que estaba paseando ese mismo día con sus alumnos por la playa. Al ver delante de sí el cajón que las olas habían arrojado en la playa, les dijo a sus sirvientes:

—Levantad este cajón y llevadlo lo más cuidadosamente posible a mi finca rústica.

Tras haber hecho esto, el médico abrió el ataúd y halló dentro de él a una mujer adornada con reales joyas y de gran belleza. Todos los que vieron esa belleza se sorprendieron mucho; pues había en ella una hermosura verdaderamente resplandeciente, de modo que la naturaleza no había cometido en la mujer más falta que la de no haberla hecho inmortal. Pues sus cabellos eran brillantes como la nieve; debajo de ellos se hallaba la frente blanca como la leche; en la piel no se veía una sola rugosidad fea. Sus ojos eran como dos astros que giraban, parecidos a éstos en la velocidad, pero no en la complacencia, pues estaban atados por una mirada humilde y prometían la constancia de un ánimo fiel. La naturaleza también había armonizado sus párpados con sus pestañas de un modo encantador; y la nariz presentaba una línea completamente recta, separando de manera agradable las dos partes del rostro, sin elevarse demasiado hacia delante por un largo excesivo, ni terminarse demasiado corta, sino mostrándose en una proporción adecuada. Su cuello, más brillante que los rayos solares y adornado con alhajas, provocaba en todos los ojos un maravilloso hechizo. El resto de su cuerpo no era ni demasiado pequeño ni presumía con una excesiva opulencia, de modo que nadie podía hacerle objeción alguna. De su pecho salían dos brazos encantadores como ramas del tronco de un árbol; sus dedos tenían un tamaño proporcionado, de modo que su brillo no dejaba de verse ni siquiera por la simetría de las uñas. Cuando el médico la vio yacer como muerta delante de sí, se sorprendió y dijo:

—Oh, niña querida, ¿por qué estás tan abandonada?

Vio empero que bajo su cabeza había una suma de oro, y en el oro una tabla con una inscripción, y dijo:

—¡Veamos qué dice esta tabla!

La abrió y halló escrito lo siguiente: «Pido a quien encuentre este ataúd que se guarde diez monedas de oro, pero que emplee cinco para el entierro de este cadáver; pues este cadáver les ha dejado a sus deudos muchas lágrimas y amargos dolores; pero si alguien lo hiciere de otro modo que el que le pide este dolor, que halle la muerte y que no encuentre a nadie que lo entierre.» Aquél, tras haber leído este escrito, les dijo a sus servidores:

—Brindémosle a este cuerpo lo que el dolor nos exige.

De inmediato hizo levantar una hoguera; pero mientras estaban ocupados en colocar el cuerpo en la pira, llegó un joven alumno del médico; este alumno, sin embargo, por su sabiduría parecía un anciano. Al ver al bello cadáver en la hoguera, también vio el maestro a su alumno y le dijo:

—Llegas en buena hora, pues te esperaba. Coge esta botella con unguento y échalo sobre el cadáver, que es lo último que se hace en un entierro. El alumno se acercó, pues, al cadáver, le quitó las ropas y le echó con su mano el unguento en el cuerpo, pero sintió vida en el corazón del mismo. El joven se sorprendió, le tomó el pulso y descubrió señales de vida; luego observó los orificios nasales y puso sus labios en la boca del cadáver y descubrió vida que aún estaba luchando con la muerte; entonces les dijo a los sirvientes:

—Poned antorchas en estos cuatro rincones, pero con cuidado.

Cuando la sangre, que se había coagulado, comenzó entonces a fluidificarse, el joven, que observó esto, le dijo a su maestro:

—La mujer que tú crees muerta está viva, y para que me creas, quiero demostrártelo con una prueba.

Después que hubo hablado así, levantó a la princesa, la llevó a su dormitorio y le puso aceite caliente en el pecho; humedeció lana y se la puso en el cuerpo, de modo que la sangre, que se había coagulado, volvió a fluir gracias al calor y comenzó la respiración. Ella abrió los ojos, tomó aliento y dijo, volviendo en sí:

—¿Quién eres? No me toques de modo indebido, pues soy la hija de un rey y la esposa de otro rey.

El joven, al oírla, se puso muy contento, se dirigió al aposento de su maestro y le dijo:

—¡Mira, maestro, la mujer está con vida!

Este replicó:

—Estoy satisfecho de tu experiencia, alabo tu arte, admiro tu inteligencia. Escucha ahora detenidamente mi consejo: ¡Nunca dejes de estar agradecido a tu arte! Recibe ahora tu recompensa, pues esta mujer llevaba mucho dinero consigo.

Luego ordenó ponerle ropas nuevas, darle buenos alimentos y suministrarle los mejores fortificantes, y pocos días después, cuando se hubo enterado de que ella era de sangre real, llamó a sus amigos y la adoptó como hija. Ella le pidió, suplicádoselo, que nadie la tocara y que la dejara servir entre las sacerdotisas de Diana, por lo cual él la envió allí en compañía de varias mujeres, para que pudiera viajar ilesa hasta el templo. Entretanto, Apollonius seguía navegando con gran

congoja y llegó por designio divino a Tharsus; aquí se bajó y se dirigió a la casa de Stranguilio y de Dionisiades; después de saludarles les contó todas sus desventuras y les dijo:

—Para mi gran desdicha se me ha muerto mi esposa, pero se me ha conservado mi hija, por lo que estoy muy contento. Por eso, pudiendo confiar en vosotros, no quiero aceptar mi reino perdido que me guardaban para mí, pero tampoco quiero regresar a la casa de mi suegro, cuya hija perdí en el mar, sino que prefiero dedicarme al comercio. A vosotros os confío a mi hija, para que sea educada junto a vuestra hija Philomacia y para que obtenga el nombre de Tharsia. Además, deseo que Ligozis, el aya de mi esposa, asuma también el cuidado de tu hija.

Con estas palabras le dio la niña a Stranguilio, le entregó oro y plata y una gran cantidad de ropas, y juró que no se cortaría los cabellos ni la barba ni las uñas hasta casar a su hija. Aquéllos se sorprendieron mucho, pero le prestaron un grave juramento de que educarían a Tharsia con todo celo. Apollonius viajó entonces por barco a tierras lejanas. Cuando Tharsia cumplió cinco años se la envió al colegio: al cumplir catorce, un día que volvía de la escuela encontró a su aya Ligozis aquejada repentinamente por un malestar, se sentó a su lado y le preguntó la causa de su enfermedad. Ligozis le dijo:

—Mi buena niña, escucha mis palabras y guárdalas en tu corazón. ¿Quién crees que es tu padre, o tu madre, o tu ciudad natal?

La niña repuso:

—Tharsus es mi patria, Stranguilio mi padre, y mi madre Dionisiades.

Entonces el aya suspiró y dijo:

—Escucha la historia de tu nacimiento, hija, para que sepas qué hacer después de mi muerte. Tu padre se llama Apollonius, y tu madre era Lucina, la hija de un rey. Al parirte entregó su alma a Dios y murió; tu padre Apollonius hizo confeccionar un ataúd y hundirla con sus joyas reales en el mar y le depositó veinte monedas de oro debajo de la cabeza, para que pudieran servirle dondequiera que las olas la arrastraran. Pese a la resistencia de los vientos, el barco llegó con tu doliente padre y contigo, que aún estabas en la cuna, a esta ciudad, y el tirio Apollonius nos confió a ti y a mí a su huésped Stranguilio y a Dionisiades, e hizo un juramento de que no se cortaría su barba ni su cabello ni sus uñas antes que te casara. Ahora te aconsejo que si después de mi muerte tus huéspedes, a los que llamas padres, te hicieran alguna injusticia, te dirijas al mercado, donde encontrarás un monumento a tu padre, lo toques con la mano y exclames de viva voz: «¡Soy la hija de aquél a quien esta estatua representa!» Los ciudadanos recordarán las buenas acciones de tu padre y vengarán la ofensa.

—Aya, querida —le dijo Tharsia—, invoco a los dioses como testigos de que, si no me hubieses dicho esto, yo no sabría de dónde provengo.

Mientras seguían hablando así, el aya entregó su alma a Dios. Tharsia enterró el cadáver de su aya y la lloró durante todo un año. Después, volvió a vestir su anterior ropa noble y siguió yendo al colegio para educarse en las bellas ciencias; al salir de la escuela jamás probaba bocado sin antes haber visitado la tumba de su aya; allí siempre iba provista de una vasija con vino, se quedaba un rato e invocaba a sus padres. Pero mientras esto hacía, un día Dionisiades cruzaba la plaza del mercado junto a ella y a su hija Philomacia. Todos los que veían la gracia y belleza de Tharsia, decían:

—Feliz del padre cuya hija es Tharsia; pero la que camina de su brazo es fea y una verdadera escoria.

Al oír Dionisiades de qué modo alababan a Tharsia y vituperaban a su hija, montó en cólera, se sentó sola y pensó para sí: «Desde que se fue su padre han pasado varios años; no volverá a buscar a su hija ni ha escrito cartas; creo que está muerto. También ha muerto el aya; ahora no necesito temer una reacción y adornaré, pues, a mi hija con las joyas de Tharsia.» Mientras seguía pensando en esto, llegó un hombre de la granja de ella, llamado Theophilus, a quien llamó y le dijo:

—Si quieres una recompensa, mátame a Tharsia.

Pero el hombre dijo:

—¿Qué es lo que ha hecho la inocente niña?

—Es una mala persona —replicó aquélla—. Por tanto no puedes negarte a este servicio; haz como te digo, y en caso contrario lo pasarás mal.

—¿Cómo podré hacerlo, señora? —preguntó aquél.

Ella contestó:

—Al salir de la escuela, ella acostumbra a no probar bocado antes de haber visitado la tumba de su aya; si te encuentras allí provisto de un puñal, cógela de los cabellos, mácala y tírala al mar, y por ello obtendrás tu libertad además de una gran recompensa.

El campesino cogió un puñal, se dirigió, entre suspiros y lágrimas, a la tumba y dijo:

—¡Ay de mí, ganaré la libertad derramando la sangre de aquella virgen inocente!

Al regresar la niña de la escuela, se dirigió, según su costumbre, a la tumba con una vasija de vino; el hombre se abalanzó sobre ella, la cogió de los cabellos y la tiró al suelo; pero cuando estaba a punto de traspasarla, Tharsia le dijo:

—Oh, Theophile, ¿qué te hice a ti o a cualquier otra persona para que deba morir ahora?

—Tú no has cometido nada —dijo el siervo—, sino tu padre, que te dejó aquí con mucho oro y joyas reales.

Dijo entonces la muchacha:

—Señor, te pido que si no hay más esperanzas para mí, me permitas invocar a mi Dios.

—Reza —contestó el siervo—, pues Dios sabe que te mato obligado a ello.

Pero cuando Tharsia se había echado a rezar, llegaron piratas y gritaron al verla en peligro de muerte y que un hombre armado estaba a punto de atravesarla:

—¡Respetar su vida, cruel bárbaro, es nuestra presa, ya no es tuya!

Al oír esto, aquél huyó de la tumba y se escondió en la orilla; los piratas se llevaron a la muchacha y volvieron al mar con ella. El siervo regresó y le dijo a su dueña:

—¡Ocurrió tal cual lo ordenaste! Te recomiendo te vistas, como yo, de luto, derramemos unas lágrimas fingidas ante nuestros conciudadanos y digamos que Tharsia ha muerto de una grave enfermedad.

Stranguilio, al oír esto, dijo lleno de temor y de congoja:

—Dame un traje de luto, para que pueda llorarla, por haber sido complicado en semejante crimen. Ay, ¿qué puedo hacer? El padre de aquella niña salvó esta ciudad de la muerte, por esta ciudad sufrió un naufragio, perdió su fortuna y soportó 4a indigencia, y ahora se le ha recompensado su bondad con la maldad. Un león feroz ha devorado a su hija, a la que Apollonius me había enviado para educarla; ay de mí, cuán ciego he sido; ahora tengo que llorar a la inocente; me he dejado dominar por una malvada serpiente venenosa.

Alzó su vista al cielo y prosiguió:

—Dios, Tú lo sabes, estoy limpio de la sangre de Tharsia. ¡Reclámala de Dionisiades!

Entonces miró a su esposa y dijo:

—¿De qué modo has asesinado a la hija de reyes, oh, enemiga de Dios y deshonra de la humanidad?

Pero ella se vistió a sí misma y a su hija de luto, derramó lágrimas y dijo a sus conciudadanos:

—Queridos vecinos, clamamos por vosotros, pues la esperanza de nuestros ojos, Tharsia, te que conocíais, ha muerto repentinamente con fuertes dolores y sólo nos ha dejado lamentos y amargas lágrimas; la hemos hecho sepultar de un modo adecuado a ella.

Luego los ciudadanos se dirigieron adonde, en virtud de sus méritos, le habían erigido un monumento a Apollonius, y donde le hicieron construir ahora a Tharsia un mausoleo de cobre por las buenas acciones de su padre. Los que habían robado a la niña llegaron a Machilenta, y Tharsia fue expuesta a la venta junto a los demás esclavos. Un rufián impío y funesto que se enteró de esto, decidió comprarla. Entretanto también la vio Athanágoras, un príncipe de la misma ciudad; y habiendo notado la belleza, nobleza e inteligencia de Tharsia, ofreció por ella diez monedas de oro. Pero el rufián dijo:

—Daré veinte.

—Daré treinta —replicó Athanágoras, y el rufián dijo:

—Yo, cuarenta.

—Yo, cincuenta —repuso Athanágoras, a lo cual el rufián dijo:

—Yo, ochenta —y Athanágoras respondió:

—Yo, noventa —y el rufián dijo:

—Daré cien, en el acto —y agregó—: Si alguien ofrece más, agregaré diez monedas más. Dijo entonces Athanágoras:

—Si quisiera competir con el rufián, tendría que vender a varias esclavas para conseguir esta sola; por tanto dejaré que se la compre, y cuando se la lleve a su casa, seré el primero en ir a verla y en robarle la virginidad, lo cual estará tan bien como si la hubiese comprado.

En breves palabras, ella tuvo que dirigirse junto con el rufián a los aposentos de éste, donde había colocado un príapo dorado y adornado con piedras preciosas; y aquí el rufián le dijo:

—Niña, rézale a éste.

Pero ella contestó:

—¡Jamás me arrodillaré ante semejante divinidad! —y agregó—: ¿Señor, acaso eres de Lámpsaco?

—¿Por qué? —contestó el rufián. Y aquélla contestó:

—Porque los lampsacenos adoran al priapo. Dijo entonces el rufián:

—Desgraciada, ¿no sabes que has pisado la casa de un codicioso usurero?

Entonces la niña se echó a sus pies y dijo: —Oh, señor, apiádate de mi virginidad y no mancilles mi cuerpo con un nombre tan ignominioso.

A lo cual el rufián le habló así:

—¿No sabes que a un rufián y verdugo no lo conmueven ni los ruegos ni las lágrimas?

Luego llamó al vigilante de la niña y le dijo: —Haz vestir a esta muchacha con prendas lujosas y adecuadas a su edad y que escriban el siguiente anuncio: «Quien quiera poseer a Tharsia el primero, que pague media libra de oro; luego servirá a cada cual por un florín de oro.» Una vez que el vigilante hubo cumplido las órdenes, el rufián la llevó tres días después con música a su casa; precedíanles las demás muchachas. El príncipe Athanágoras se dirigió el primero con el rostro cubierto al aposento de Tharsia, pero cuando ésta le vio, se echó a sus pies y le dijo:

—¡Señor, por amor de Dios, ten compasión de mí! Por el nombre de Dios, no me mancilles, domeña tu deseo y escucha el relato sobre mi origen y sobre mis desventuras, y piensa en mis padres.

Cuando le hubo contado todas sus peripecias, el príncipe, turbado y movido de compasión, le dijo:

—También yo tengo una hija que se te parece, y temo que sufra tu mismo destino.

Con estas palabras le dio veinte monedas de oro y dijo:

—Aquí tienes más de lo que sube el precio de tu virginidad; cuéntales a todos los que vengan aquí lo mismo que a mí, y quedarás a salvo.

Entonces la muchacha derramó lágrimas y le dijo:

—Te agradezco tu gran piedad, pero no le cuentes a nadie aquello de lo que te has enterado por mí.

—Sólo se lo contaré a mi hija —replicó Athanágoras—, para que cuando alcance tu edad no sufra un destino similar —y se alejó con lágrimas en los ojos. Al abandonar la casa se encontró con otro, que le preguntó:

—¿Te ha gustado la niña?

—Muchísimo —replicó el príncipe—, pero estaba muy triste. El joven se dirigió entonces al aposento de la niña; y ella cerró la puerta según su costumbre, a lo cual el joven le dijo:

—¿Cuánto te ha dado el príncipe?

—Cuarenta monedas de oro —repuso ella, a lo cual éste dijo:

—Aquí tienes toda una libra de oro.

Al oírlo el príncipe desde fuera, le dijo:

—Cuanto más le des, más llorará.

La niña cogió, pues, las monedas de oro, se echó a los pies del joven y le narró su desgracia; y el joven, llamado Aporiatius, díjole:

—Levántate, mi dama; somos humanos y todos estamos sometidos a tales destinos.

Después de haber hablado así, se fue, y al ver reírse a Athanágoras, le dijo:

—Ea, eres un hombre tan grande, y sin embargo ahora no tienes a nadie aparte de mí ante quien puedas lamentarte.

Tras esto juraron no delatar sus palabras a nadie y se aprestaron a esperar la llegada de otros. Llegaron muchos, pagaban su dinero y la abandonaban llorando. Luego ella le entregó el dinero al rufián y dijo:

—He aquí el precio de mi virginidad.

El rufián le contestó:

—¡Procura conseguirme tanto todos los días! Pero cuando al día siguiente se enteró de que ella seguía siendo virgen, llamó al vigilante de sus muchachas y le dijo:

—Tómala y róble el anillo de la virginidad.

Por eso, el vigilante le dijo a Tharsia:

—Dime si sigues siendo virgen.

—Mientras a Dios le plazca, continuaré siéndolo —dijo ésa.

—Pero ¿de dónde has conseguido tanto dinero? —preguntó él. Entonces la niña le respondió: —Derramando lágrimas, narrando mi desgracia y pidiéndole a la gente que tuviera piedad de mi virginidad.

Después también se echó a los pies de aquél y dijo:

—¡Ten compasión de mí, señor, ayuda a una prisionera hija de reyes y no me deshonres!

Aquél replicó:

—El rufián es un hombre codicioso, y no sé si podrás seguir siendo virgen.

—He sido instruida en todas las artes libres —dijo aquélla entretanto— y sé tocar la cítara como un maestro; llévame al mercado, donde podrás percibir mi elocuencia; le plantearé preguntas al pueblo, las contestaré y con esas artes ganaré dinero a diario.

—Estoy de acuerdo —dijo aquél. Entonces se juntó rápidamente todo el pueblo para ver a la virgen. Aquélla se aprestó a mostrar su elocuencia y hacía que le planteasen preguntas que resolvía claramente, y así obtenía mucho dinero del pueblo. Entretanto, Athanágoras velaba por la virginidad de la niña y la conservaba intacta como a su única hija, de modo que se la volvió a entregar al vigilante intacta y con muchos regalos. Mientras esto ocurría, al final del decimocuarto año Apollonius llegó a la ciudad de Tharsis y a la casa de Stranguilio y de Dionisiades; apenas le hubo visto Stranguilio, salió corriendo y le dijo a su esposa Dionisiades:

—Dijiste que el náufrago Apollonius estaba muerto; mira, ahora viene a exigirnos a su hija, y ¿qué le diremos sobre la niña?

Pero aquélla replicó:

—Hombre, yo y tú estamos perdidos; entretanto vistámonos de luto y derramemos lágrimas, y nos creerá que su hija murió de muerte natural.

Mientras seguían debatiendo esta cuestión, llegó Apollonius, y al verlos vestidos de luto, dijo:

—¿Por qué lloráis a mi llegada? Creo que estas lágrimas no me conciernen a mí, sino a vosotros.

—De ningún modo —dijo la mujer—. ¡Oh, si otro quisiera quitarnos a mi esposo y a mí la desgraciada tarea de tener que deciros que vuestra hija Tharsia falleció repentinamente!

Después que Apollonius hubo oído esto, tembló con todo el cuerpo, y durante largo tiempo quedó como paralizado; pero luego finalmente volvió en sí, miró a la mujer y le dijo:

—Si mi hija está muerta, como decís, ¿también desaparecieron junto con ella su fortuna y sus ropas?



—Algunas cosas están, otras no —replicaron aquéllos, y prosiguieron:

—Créenos, pues como pensábamos que esperabas encontrar a tu hija con vida, y para que supieras que no mentimos, nos hemos procurado un testimonio: pues nuestros conciudadanos, recordando tus buenas acciones, le erigieron a tu hija cerca de la costa del mar un monumento de bronce que podrás contemplar.

Apollonius, quien creía que su hija había muerto realmente, les dijo a sus sirvientes:

—Coged el monumento y llevadlo a mi barco; yo quiero visitar la tumba de mi hija.

Luego leyó la inscripción en la tumba, se exasperó se dijo: «Oh, ojos crueles que al ver la tumba de mi hija no pudisteis derramar ni una lágrima.» Con estas palabras se dirigió a su barco y les dijo a sus sirvientes:

—Os pido que me arrojéis a las profundidades del mar, pues quiero morir en las olas.

Pero mientras que en su regreso a Tiro había navegado con vientos favorables, el mar cambió súbitamente y unas peligrosas tempestades los llevaron a la deriva. Tras haber invocado todos a Dios, llegaron a la ciudad de Machilenta, donde se encontraba la princesa Tharsia. El timonel y todos los marineros prorrumpieron en gritos de alegría, y Apollonius dijo:

—¿Qué alegre batahola llega a mis oídos?

—Alégrate, señor —dijo el timonel—, pues hoy celebramos tu cumpleaños.

Apollonius suspiró y dijo:

—Que todos celebren este día, pero yo no puedo hacerlo; que mis criados se contenten con mi penitencia y mi dolor. Les regalaré diez monedas de oro, y que se compren lo que quieran y celebren este día de fiesta; pero a quien me llame o venga a divertirme, le haré quebrar las piernas.

Recibió, pues, su tesoro lo necesario, y volvió a cubierta. Mientras el barco de Apollonius estaba adornado con más gracia que todos los demás y tenía mejor aspecto, y mientras los marineros celebraban un gran banquete, Athanágoras, quien se había enamorado de Tharsia, iba paseando por la costa cerca del barco de Apollonius, lo vio y dijo:

—Amigos, mirad, un barco así me gusta, pues veo que está adornado con mucha gracia.

Cuando los marineros oyeron alabar a su barco, le dijeron a Athanágoras:

—Señor, te rogamos que subas a nuestro barco.

—Con mucho gusto —repuso aquél, subió y se sentó de buen ánimo entre ellos, puso diez monedas de oro en la mesa y dijo:

—¡Mirad, que no me hayáis invitado gratuitamente!

Entonces dijeron:

—Señor, te damos las gracias.

Cuando todos se habían sentado, el príncipe preguntó:

—¿Quién es el señor de este barco?

El timonel contestó:

—Nuestro patrono está de duelo; yace en su cuarto y quiere morir, pues perdió a su mujer en el mar y a su hija en un país extraño.

Entonces Athanágoras le dijo a Un esclavo llamado Ardalius:

—Quiero darte dos monedas de oro, desciende y dile: «El príncipe de esta ciudad te pide salir de la oscuridad a verle a la luz del día.»

Pero el joven contestó:

—Por tus monedas de oro no puedo reparar mis piernas. Búscate a otro, pues aquél ha ordenado quebrarle las piernas a todo el que le llame.

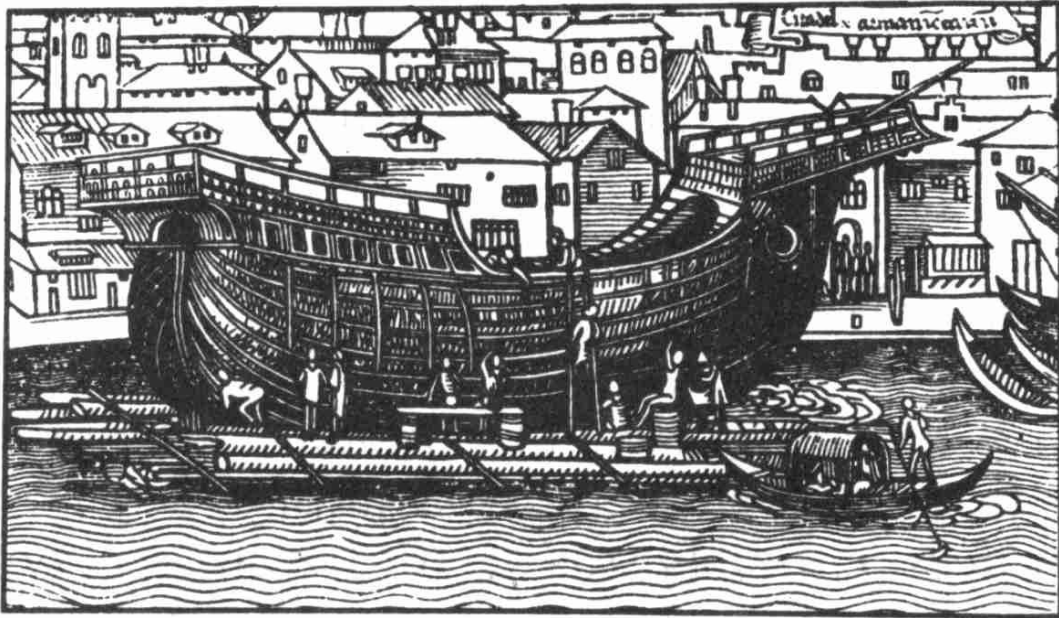
—Esta orden vale para vosotros —repuso Athanágoras—, pero no para mí; bajaré yo. Decidme solamente cómo se llama.

—Apollonius —replicaron aquéllos. Cuando hubo escuchado el nombre, se dijo: «También Tharsis llama Apollonius a su padre.» Luego descendió adonde estaba el rey, y al ver que su barba caía luenga y sus cabellos estaban enmarañados y desgredados, le dijo con voz suave:

—¡Te saludo, Apollonius!

Apollonius, al oírlo, creyó que le llamaba uno de sus esclavos y alzó adusta la vista; pero al ver a un hombre desconocido, decente y finamente vestido, calló. Entonces el príncipe le dijo:

—Sé que te sorprenderás de que yo, un desconocido, te llame por tu nombre; pero entérate de que soy el príncipe de esta ciudad y que me llamo Athanágoras. Bajé a la orilla del mar para contemplar los barcos y vi que el tuyo era entre todos el más elegante, y su aspecto me agradó. Luego tus marineros me invitaron a subir, y me senté de buen ánimo con ellos a la mesa; pregunté por el señor del barco, y como me dijeron que vivías en gran tristeza, bajéme hasta aquí para llevarte de este lugar oscuro a la luz, y también espero que después de la tristeza Dios te conceda alegrías.



Apollonius alzó su cabeza y le dijo:

—Señor, seas quien fueres, vete en paz; yo no merezco comer, por tanto tampoco quiero seguir viviendo.

A lo cual Athanágoras volvió a subir perplejo a la cubierta y dijo:

—No soy capaz de convencer a vuestro señor para que vuelva a la luz del día, pero quiero distraerle de sus pensamientos de muerte.

Llamó entonces a uno de sus esclavos y le dijo: —Ve a la casa del rufián y pídele que me envíe a Tharsia, pues ella es sabia y tiene una voz agradable. Quizá pueda lograr que un hombre tal no termine su vida de este modo.

La muchacha subió, pues, al barco, y Athanágoras le dijo:

—¡Ven conmigo, Tharsia!, pues aquí puedes mostrar tus artes para consolar al señor de este barco sentado abajo en la oscuridad, para que lo motives a volver a la luz del sol, pues está llorando a su esposa y a su hija. Ve a verle para que vuelva aquí con nosotros; quizá Dios, por tu intermedio, convierta en alegría su tristeza. Si logras hacerlo, te daré treinta monedas de oro y otras tantas de plata, y dentro de treinta días te liberaré, comprándote, de las garras del rufián.

La niña, al oír esto, descendió valiente, saludó a Apollonius y le dijo:

—¡Recibe mi saludo, seas quien fueras! Alégrate y sabe que te saluda una doncella inocente, que ha conservado indemne su virginidad y castidad en todas las adversidades.

Luego comenzó a regocijarle tan deliciosamente con su música y cantos, que Apollonius se sorprendió; y ella lentamente habló así:

—Camino en medio de hetairas y sin embargo no lo soy, como la rosa no se deja herir por las espinas; mi secuestrador cayó a tierra por los golpes de un espadachín; a pesar de que fui entregada a un rufián, mi pureza no ha sido mancillada. Se calmarían las heridas de mi alma y se secarían mis lágrimas, nadie se sentiría mejor que yo, si conociera a mis padres; sólo sé que soy su única hija y de familia real, y creo que algún día, cuando Dios lo quiera, volveré a ser feliz. Deja ahora las lágrimas, vuelve a mostrarle tu rostro a la bóveda celestial y dirige tu espíritu a los astros; pues Dios es el creador, señor y sustentador de los hombres, y no permitirá que tus lágrimas sean vanas.

Entonces Apollonius abrió los ojos, y al ver a la niña suspiró y le dijo:

—¡Ay, infeliz de mí! Mientras siga luchando con mi destino os daré las gracias a ti y tu sabiduría y nobleza de espíritu. Coge esto como retribución porque quiero recordarte mientras pueda alegrarme y mientras las fuerzas de mi reino sigan conservándose. Tal vez seas de sangre real, según lo has dicho, y puedas regresar a tus padres; pero ahora coge estas cien monedas de oro, aléjate y no vuelvas a llamarme, pues mi pesar ha sido reavivado con la mención de tu desdicha, y desfallezco.

La niña cogió las cien monedas de oro y se puso en camino para marcharse. Pero Athanágoras le dijo:

—¿Adónde vas, Tharsia? ¿Te has esforzado en vano, no pudiste despertar su compasión ni ayudar a ese hombre que quiere suicidarse?

—He hecho todo lo que he podido —replicó Tharsia—, pero me ha dado cien monedas de oro y me ha pedido que me alejara.

—Te daré doscientas —dijo entonces Athanágoras—, pero vuelve abajo, devuélvele las que él te ha regalado y dile: «Quiero que vivas, no tu dinero.»

Tharsia volvió a bajar, se sentó al lado de Apollonius y le dijo:

—Ya que insistes en continuar con tu aflicción, permíteme al menos que hable contigo. Si puedes resolver una adivinanza que te presentaré, me marcharé; pero si tampoco quieres esto, te devolveré mi dinero y me alejaré.

Para no tener que volver a aceptar el dinero, pero para no rechazar tampoco las palabras de la sagaz niña, Apollonius habló así:

—Pese a que en mi angustia no tengo otra preocupación que la de llorar y quejarme, dime de todos modos qué quieres preguntarme, para que no me pierda tu graciosa sabiduría, y luego márchate; pues te pido que me dejes llorar.

—Hay una casa en la Tierra —dijo entonces Tharsia— que, pese a estar cerrada con llave, siempre vuelve a abrirse; la casa lanza un eco, a pesar de que sus huéspedes están quietos y no emiten sonido alguno; ambos, la casa y los huéspedes, corren uno al lado del otro. Si eres un rey, según dices, tienes que ser más sabio que yo; resuelve, por tanto, la adivinanza.

—Para que no creas que te he mentado —contestó Apollonius—, sabe que la casa que resuena en la tierra son las olas, y los huéspedes, los mudos peces que corren por su casa.

Aquella dijo empero:

—Soy larga y veloz e hija del hermoso bosque, rodeada de un sinnúmero de acompañantes; recorro muchos caminos, pero no dejo huellas.

—Si pudiera te mostraría muchas cosas que no sabes —replicó Apollonius— cuando haya contestado a tus preguntas. De todos modos me sorprende de que a tan temprana edad estés dotada de tamaña sabiduría. El árbol, pues, rodeado de un sinnúmero de compañeros, que recorre tantos caminos y sin embargo no deja rastros, es una nave.

Agregó entonces la muchacha:

—Inocente atraviesa bóvedas y casas, en el centro hay mucho calor que nadie trata de apartar; la casa misma está desnuda; y sin embargo sólo se le adapta un huésped desnudo, y si te despojaras de tu luto podrías entrar indemne en el fuego.

Apollonius repuso:

—Entraría entonces a un baño público, en el que aquí y allí salen llamas de los revestimientos de madera; es desnuda la casa en la que no hay nada; sólo se le adaptan huéspedes desnudos, y allí han de sudar desnudos.

Mientras la doncella hablaba éstas y otras cosas semejantes, se abalanzó sobre Apollonius, extendió sus brazos y le abrazó con las siguientes palabras:

—Escucha la voz de la que te suplica, mírame a mí, una virgen; es impío que muera un hombre tan sabio; si Dios a través de su misericordia te devuelve a tu esposa que tanto añoras, si puedes hallar a tu hija que crees muerta, tienes que quedar con vida para poder alegrarte de ello.

Al oír Apollonius estas palabras montó en cólera, se incorporó y alejó a la muchacha con un puntapié; la doncella cayó al suelo y de su mejilla abierta manó sangre; por eso comenzó a llorar consternada y dijo:

—¡Oh, Señor, constructor de la bóveda celestial, mira mi pena! Nací bajo las olas y ondas del mar, mi madre murió desgarrada por los dolores, se le negó una tumba en tierra firme, y mi padre sólo la engalanó, la colocó en un ataúd y con veinte monedas de oro la entregó al mar; a mí, desdichada, mi padre me entregó con joyas y prendas reales a su impío huésped Stranguilio y a Dionisiades, y ellos le ordenaron a un esclavo que me matara; éste, finalmente, atendió a mi ruego de permitirme invocar una vez más a los dioses antes de ser muerta, y como entretanto llegaron unos piratas, éstos me secuestraron mientras huía el que debió matarme; me trajeron a este lugar, y, si Dios así lo quiere, me devolverá a mi padre Apollonius.

Cuando Apollonius oyó todos estos signos tan seguros, exclamó de viva voz las siguientes palabras:

—¡Oh, Señor, misericordioso, que ves a través del cielo y de las profundidades y sacas a luz todos los secretos, santificado sea tu nombre!

Después de haber dicho esto abrazó a su hija Tharsia, la besó lleno de alegría, lloró amargamente de felicidad y exclamó:

—¡Oh, mi dulce y única hija, mitad de mi alma, por tu bien ahora ya no quiero morir, pues he reencontrado a aquella por la que me quería dar muerte!

Luego, exclamó en voz alta:

—¡Venid, criados, corred, amigos, acercaos todos y poned fin a mis lamentaciones, pues he reencontrado a mi hija única que había perdido!

Al oír los criados esos gritos, acudieron de prisa, y junto con ellos el príncipe Athanágoras; una vez llegados a la cabina hallaron a Apollonius llorando de alegría, y mientras abrazaba a su hija les dijo:

—He aquí a la segunda mitad de mi alma, es mi hija a la que lloraba; ahora quiero vivir.

Todos lloraron de alegría junto con él. Luego Apollonius se incorporó, se quitó sus ropas de luto, se vistió con ropas nuevas y todos exclamaron:

—¡Oh, señor, cuán parecida es vuestra hija a vos! Aunque no tuviéramos otra prueba, la mera semejanza sería más que suficiente para demostrar que es vuestra hija.

Más tarde la doncella besó a su padre tres o cuatro veces y le dijo:

—¡Oh, padre, alabado sea Dios por concederme esta gracia de que pueda verte y vivir y morir contigo!

Luego contó cómo la había comprado el rufián y la había llevado a una casa de placer, y cómo Dios había protegido su virginidad. Al oír esto Athanágoras, temió que aquél pudiera entregar a otro a su hija como esposa, y echándose a los pies de Apollonius le dijo:

—Te suplico por el Dios viviente que te ha restituido a tu hija como padre, que no le des tu hija en matrimonio a otro sino a mí, pues soy el rey de esta ciudad y por mi ayuda ha seguido virgen, y bajo mi guía te ha reconocido como padre.

—No puedo oponerme —le respondió Apollonius—, pues has hecho mucho por mi hija, y deseo que sea tu esposa; sólo resta que me vengue del rufián.

De inmediato Athanágoras se dirigió a la ciudad, convocó a los ciudadanos y dijo:

—¡Que no se hunda toda la ciudad por culpa de un impío! Sabed que ha llegado Apollonius, el padre de Tharsia; mirad: su flota acude con un gran ejército, para destruir la ciudad por culpa de un rufián que había llevado a Tharsia a una casa de prostitución.

En seguida se produjo un tumulto y semejante revuelo entre el pueblo, que no quedaron atrás hombres ni mujeres; todos corrieron hacia donde estaba Apollonius para verle y suplicarle misericordia. Pero Athanágoras dijo:

—Aconsejo que para que no sea destruida la ciudad se lleve al rufián a la presencia de Apollonius.

Pronto se lo había cogido y, con las manos atadas en la espalda, se lo llevó ante el rey Apollonius; éste se puso un atuendo real, se colocó su diadema en la cabeza, subió con su hija al tribunal y les dijo a los ciudadanos:

—Veis a la doncella Tharsia, que hoy ha sido reconocida por su padre; pero ese rufián infame le deparó un oprobio eterno, tan grande como lo es su depravación, y no quiso desistir de su intención ni por los ruegos de ella ni de sus amigos ni por dinero: ¡Vengad, pues, a mi hija!

Entonces dijeron todos a una:

—Señor, que el rufián sea quemado vivo.

De inmediato se llevó al rufián a una hoguera y se lo quemó hasta reducirlo completamente a cenizas; Tharsia empero le dijo al guardián del condenado:

—Te regalo la libertad, pues por tu bondad y la de tus conciudadanos he quedado virgen.

Luego le regaló doscientas monedas de oro y le concedió la libertad. También se la concedió a las demás muchachas que se le presentaron, y les dijo:

—Liberaos ahora de pensar en lo que hasta hoy habéis hecho con vuestro cuerpo.

Luego le dijo Apollonius al pueblo:

—Para demostrar mi agradecimiento por las obras de bien que le habéis brindado a mi hija, os regalo cincuenta libras de oro.

Todos inclinaron sus cabezas para expresar su agradecimiento; y erigieron en medio de la ciudad una estatua de Apollonius, en cuyo pedestal escribieron: «A Apollonius de Tiro, quien reconstruyó nuestras casas, y a la santa doncella Tharsia, su hija.» Pocos días después, y para la alegría de toda la ciudad, Apollonius le entregó a Athanágoras a su hija por esposa y partió con su yerno y



su hija para marchar a Tharsus, su ciudad natal, pero en sueños un ángel le ordenó que se dirigiera a Éfeso para visitar el templo de los efesios con su hija y su

yerno; allí debía narrar en alta voz todos sus destinos: lo que había sufrido en su juventud, cómo había vuelto a Tharsus y vengado a su hija. Al despertar, Apollonius le contó todo a su yerno y a su hija, y éstos dijeron:

—Señor, haz lo que te parezca bien.

Entonces le ordenó al timonel que se dirigiera hacia Éfeso, y una vez desembarcado allí, se dirigió con los suyos al templo en el que su esposa vivía de modo santo entre las sacerdotisas; pidió que se le abriera el templo, lo cual así ocurrió. Su esposa, al enterarse de que había llegado un rey con su hija y su yerno, adornó su cabeza con gemas reales, se vistió con una túnica color púrpura y se dirigió al templo con un cortejo brillante. Era muy grácil, y todos aseguraban que por su gran amor a la vida casta no había ninguna doncella tan encantadora como ella. Cuando Apollonius la vio no la reconoció, y se echó a sus pies junto con su hija y su yerno. Y había en ella tal belleza que a todos los que la miraban les parecía una diosa. Apollonius colocó ahora costosos regalos en el templo y comenzó a hablar hacia éste, como se lo había ordenado el ángel:

—Tengo sangre real por nacimiento, vengo de Tiro y me llamo Apollonius. Una vez que llegué a dominar todos los conocimientos resolví una adivinanza del impío rey Antíoco para obtener por esposa a su hija; pero el rey mismo la deshonoró y la apartó con su impiedad, a la vez que trató de hacerme asesinar. Después de esto huí y perdí todo en el mar; pero luego fui recibido con suma benevolencia por el rey Altistrates y experimenté su bondad hasta tal punto que hasta me dio a su hija como esposa. Luego, una vez muerto Antíoco, fui con mi mujer a tomar posesión de mi reino; en el mar ella me regaló a esta mi hija, pero murió en el parto, y la encerré con veinte monedas de oro en un ataúd que hice bajar al mar, para que, si la encontraban, pudieran enterrarla como correspondía. Más tarde encomendé mi hija a unas personas indignas y me dirigí al Alto Egipto. Al volver catorce años después para reclamar a mi hija, me dijeron que había muerto, y puesto que les creí, viví acongojado y vestí luto y deseé morir, hasta que me devolvieron a mi hija.

Mientras contaba estas y otras cosas parecidas, su esposa, la hija del rey Altistrates, se incorporó, le abrazó y quiso besarle; pero Apollonius la rechazó indignado porque no sabía que era su mujer. Mas aquélla dijo llorando:

—Oh, señor, mi segundo yo, ¿por qué te comportas así conmigo? Soy tu mujer, la hija del rey Altistrates, y tú eres Apollonius de Tiro, mi marido y cónyuge; tú eres mi náufrago, al que no amé por el deseo carnal, sino por su sabiduría.

Apollonius, al oír esto, la reconoció de inmediato, la abrazó y derramó lágrimas de alegría diciendo:

—¡Alabado sea el Supremo, que me ha devuelto a mi esposa y a mi hija!

—¿Dónde está mi hija? —preguntó entonces la reina. El propio rey señaló a Tharsia y dijo:

—Esta es mi hija Tharsia.

La madre la besó, y tanto en la ciudad como en los alrededores se difundió, para gran alegría de todos, cómo el rey Apollonius había reencontrado a su esposa en el templo. Luego, Apollonius, su esposa, su hija y su yerno navegaron hacia Tiro. Al llegar a Antioquía, Apollonius tomó posesión del gobierno que le habían reservado y se dirigió después a Tiro, tras haber nombrado a su yerno como lugarteniente. Luego se dirigió con su yerno, su cónyuge y su hija y con un ejército real a Tharsus, hizo coger a Dionisiades y a Stranguilio, los hizo llevar ante su presencia y habló así a todos los presentes:

—Ciudadanos de Tharsus, ¿he importunado a alguno de vosotros?

—No, señor —exclamaron todos—. Estamos dispuestos a morir por vos; esta estatua se erigió porque nos salvasteis de la muerte.

—Había confiado mi hija a Stranguilio y a Dionisiades —prosiguió Apollonius—, pero no quisieron devolvérmela.

La desgraciada mujer exclamó:

—Mi buen señor, ¿no has leído la inscripción en la tumba de ella?

Entonces Apollonius hizo presentarse a su hija ante la vista de todos, y Tharsia maldijo a la mujer y les dijo a aquéllos:

—¡Dios os guarde! Tharsia, resucitada de entre los muertos, os brinda su saludo.

Cuando la infame mujer la vio, le tembló todo el cuerpo; los ciudadanos se sorprendieron y se alegraron. Entonces Tharsia mandó llamar al siervo y le dijo:

—Teóphile, me conoces; ahora contéstame en alta voz: ¿Quién te dio la orden de asesinarme? El siervo repuso:

—Mi dueña Dionisiades.

Entonces los vecinos cogieron a Stranguilio y a Dionisiades, los arrastraron hacia los extramuros de la ciudad y los lapidaron. Pero cuando quisieron matar también a Theophilus, Tharsia le salvó la vida, diciendo:

—Si no me hubiera dejado tiempo para rezar, ahora no le protegería.

Más tarde Apollonius hizo muchos regalos a los ciudadanos y se quedó allí durante tres meses; pero luego navegó hacia Pentápolis, se dirigió al palacio y visitó lleno de alegría al rey Altistrates. Esta, entretanto, había envejecido, y vio feliz a su hija y a su nieta con su esposo durante un año; pero luego murió cuando hubo llegado su hora, no sin antes haber cedido la mitad de su reino a Apollonius y la otra mitad a su hija. Cuando todo hubo terminado, un día que Apollonius estaba paseando por la orilla del mar vio al pescador que le había acogido después del naufragio, y ordenó cogerlo y llevarlo al palacio. El pescador, al verse apresado por soldados, creyó que había llegado la hora de su muerte; mas poco después también entró Apollonius al palacio, lo mandó traer y habló así:

—Este es quien me permitió conocer a mi esposa, me ayudó después de mi naufragio y me mostró el camino a esta ciudad.

Y al pescador le dijo:

—Soy Apollonius de Tiro.

A continuación le hizo dar doscientas monedas de oro, esclavos y criadas y durante toda su vida lo tuvo por uno de sus acompañantes. Entonces también se echó a sus pies Elamitus, quien le había dado el primero la noticia de Antíoco, y le dijo:

—¡Recuerda, oh señor, a tu siervo Elamitus!

Apollonius le tomó de la mano, lo levantó, lo convirtió en un hombre rico y lo incorporó a su corte. Una vez que hubo acabado todo esto, Apollonius y su esposa aún engendraron a un hijo, a quien nombró rey en el lugar de su abuelo Altistrates. Y Apollonius siguió viviendo junto a su esposa ochenta y cuatro años más y gobernó Antioquía y Tiro en paz y felicidad; y escribió él mismo sus peripecias y llenó con ellas dos grandes rollos, uno de los cuales puso en el templo de Éfeso y el otro en su biblioteca; finalmente murió y accedió a la vida eterna, a la que ojalá también lleguemos nosotros. Amén.

El guerrero Julianus

Había una vez un guerrero llamado Julianus, quien, sin saberlo, mató a sus padres. Pues cuando este joven noble un cierto día estaba cazando y perseguía un ciervo avistado, éste de pronto se dio la vuelta y le dijo:

—Tú, que me persigues, serás el asesino de tu padre y de tu madre.

Cuando aquél hubo oído esto, temió mucho que pudiera ocurrirle lo que había dicho el ciervo. Por eso abandonó a todos, se marchó y llegó a una región muy lejana, donde se unió al séquito de cierto príncipe. Allí se comportó tan valientemente tanto en el campo como en el palacio, que el príncipe le nombró comandante del ejército, le dio por esposa a la viuda de un castellano y el joven recibió por tanto el castillo de ella como dote. Pero los padres de Julianus, muy acongojados por la pérdida de su hijo, viajaban por doquier y le buscaban afanosamente, hasta que por último llegaron al palacio en el que se hallaba Julianus. La esposa de Julianus, al verles y, como éste no se encontraba en su casa, tras haberles preguntado quiénes eran y éstos haber narrado todo lo que le había sucedido a su hijo, se dio cuenta de que éstos debían de ser los padres de su esposo, por cuanto había oído estas cosas ya repetidas veces de boca de su cónyuge. Por tanto les acogió con gran amistad, y por amor a su esposo les cedió su propia cama e hizo prepararse una en otro sitio. A la madrugada siguiente la castellana fue a la iglesia, y también Julianus llegó temprano a su dormitorio para despertar a su esposa; y al ver a dos personas juntas yaciendo en su cama, creyó que se trataba de su esposa con un amante, sacó sigilosamente su espada y traspasó a los dos a la vez. Pero al salir de su casa vio que su esposa regresaba de la iglesia; se sorprendió mucho y le preguntó quién estaba durmiendo en su cama. Aquélla dijo entonces:



—Son vuestros padres, que os han estado buscando durante tanto tiempo; a ellos les he cedido nuestro lecho.

Al oír esto, se cayó al suelo casi muerto de impresión y comenzó a llorar amargamente y a decir:

—Ay, misero de mí, ¿qué he de hacer? ¡He matado a mis padres! Y, mira, así se ha cumplido la palabra del ciervo; quise huir, y justamente con mi huida la he convertido en realidad. Adiós, dulce hermana, ahora no descansaré hasta saber si Dios ha aceptado mi arrepentimiento.

Pero ella le dijo:

—Querido hermano, no ha de suceder que me abandones y te marches solo, pues como participé de tus alegrías quiero compartir también tus pesares.

Con lo cual ambos se dirigieron a un gran río, adonde solían ir muchas personas en peligro de muerte, y construyeron allí un gran hospicio para hacer penitencia, ayudando a cruzar el río a todos los que así lo quisieran y amparando a todos los pobres en su hospicio. Después de largo tiempo, en una ocasión en que Julianus acababa de dormirse muy cansado, cerca de la medianoche y haciendo afuera un frío atroz, oyó una voz que gritaba lastimosamente y que con un tono triste le suplicaba que la buscara. Julianus se levantó al poco rato y encontró a un hombre que ya estaba casi pasmado de frío, lo llevó a su casa, encendió fuego y trató de calentarlo; pero no lo lograba, y como Julianus temió que el hombre se le muriera en sus brazos, lo llevó a su propia cama y lo tapó con suma diligencia.

Pero poco rato después aquel que le había parecido enfermo y leproso se alzó rodeado de una luz brillante y le habló así al que le había hospedado.

—Julianus, el Señor me envió hacia ti y me encomendó revelarte que ha aceptado tu penitencia y que pronto moriréis ambos en la gloria del Señor.

Con estas palabras desapareció, y Julianus con su esposa, ricos en buenas obras y en caridad, murieron poco tiempo después en la gloria de Dios.

El disparo sobre el cadáver

Había una vez un rey muy noble, sabio y rico, que tenía una esposa a la que quería mucho; ella, sin considerar el amor que le debía, había parido a tres hijos fuera de su matrimonio; éstos se rebelaban constantemente contra el rey y no se le parecían en nada. Pero luego concibió un cuarto hijo de la semilla del rey, dio a luz y lo amamantó. Ahora bien; cuando se hubo cerrado el ciclo de sus días, el rey murió y se guardó su cuerpo real en un féretro. Después de su muerte los cuatro hijos citados comenzaron a disputarse el gobierno del reino. Por fin llegaron a un acuerdo: irían a ver a un anciano guerrero que antes había sido el escriba secreto del difunto rey, y confiar simplemente en su decisión; y así sucedió. Después de escucharles pacientemente, el guerrero les dijo:

—Escuchad mi consejo, y si lo seguís, todo estará bien. Será provechoso para vosotros que saquéis el cadáver del difunto rey de su ataúd y que luego cada uno de vosotros tenga preparados arco y flecha; que obtenga entonces su reino quien dispare más profundamente sobre el cadáver.

Este consejo les gustó, desenterraron el cadáver de su tumba y lo sujetaron en un árbol. El primero que tiró su flecha hirió la mano derecha del rey, por lo cual ya casi se le proclamó único heredero y señor del reino. El segundo disparó su flecha alegremente más cerca, en la cara, por lo cual se adjudicó el triunfo con mayor certeza. El tercero, empero, traspasó el corazón del rey y creyó entonces que con toda seguridad podría asumir el dominio sin que le contradijeran sus hermanos. Sin embargo, cuando se acercó el cuarto al cadáver, suspiró gravemente y dijo con voz lastimera:

—Ay, de mí, padre, que tengo que ver herido tu cadáver por tus propios hijos; que sea ajena a mí la idea de que alguna vez tire sobre el cuerpo de mi padre, esté vivo o muerto.



Después que hubo hablado así, los príncipes del país y todo el pueblo lo alzaron juntamente y lo sentaron como verdadero heredero y señor del reino en el trono de su padre; a los otros tres se les quitaron todas sus dignidades y todos sus bienes y se les echó del país.

El herrero Focus

Tito gobernaba el Imperio Romano y promulgó una ley para que se consagrara el cumpleaños de su primogénito y para que muriese quien mancillara ese día de honor a su hijo realizando un trabajo vulgar. Después de dar a conocer esa ley, llamó a su querido maestro Virgilio y le dijo: —Querido amigo; si bien he dictado semejante ley, podrían cometerse infracciones de la misma en secreto, sin que yo pueda enterarme. Por lo tanto, te pedimos que con tu sabiduría halles un medio por el que pueda reconocerse a quienes obren contraviniendo la ley. Aquél dijo:

—Cúmplase tu voluntad, señor.

En seguida, Virgilio, con sus artes mágicas, hizo surgir en medio de la ciudad una estatua que le permitía al emperador ver todos los pecados cometidos secretamente aquel día, y así, por la acusación de ese monumento, se condenaba a muchísimas personas. Había en la ciudad un cierto artesano llamado Focus, que trabajaba aquel día como todos los demás. Una vez que estaba echado en su lecho, pensó para sí cómo tanta gente perdía su vida por las acusaciones de aquella columna. Se levantó temprano y dirigiéndose a la estatua le dijo:

—¡Oh, qué estatua que eres tú; cuántas personas pierden la vida por tus denuncias! ¡Juro por mi Dios que si me acusas te romperé la cabeza!

Después de hablar así se dirigió a su casa. En la primera hora, según su costumbre, el emperador envió a sus mensajeros a la estatua para preguntarle si alguien había violado la ley. Una vez llegados a la estatua y después de transmitirle la voluntad del emperador, ésta les dijo:

—Queridos amigos, alzad vuestra mirada y observad lo que dice en mi frente.



Al mirar hacia arriba, aquéllos vieron nítidamente en la frente de la estatua las tres oraciones siguientes: los tiempos cambian; los hombres se vuelven cada vez peores; quien diga la verdad verá quebrada su cabeza.

—Ved, e informad a vuestro señor lo que habéis visto y leído.

Los mensajeros se marcharon y le transmitieron todo a su señor. Cuando Tito oyó esto, ordenó que sus soldados se armaran y fueran a cuidar a la estatua, y que si alguien, contraviniendo sus órdenes, emprendiera una acción contra la misma, lo llevaran ante él atado de pies y manos. Los soldados se allegaron, pues, a aquella estatua, y le dijeron:

—El emperador quiere que le denuncies a quienes hayan violado la ley y también a los que te hayan amenazado.

Dijo entonces la columna:

—Buscad al herrero Focus, pues éste no sólo peca todos los días contra la ley, sino que también ha proferido amenazas contra mí.

Entonces aquéllos le prendieron y le llevaron ante el emperador. Este le dijo:

—Amigo, ¿qué me dicen de ti? ¿Por qué infringes la ley establecida?

—Señor —contestó aquél—, no puedo cumplirla, pues necesito ocho denarios diarios, y no puedo ganarlos sin trabajar.

—¿Y por qué ocho denarios? —dijo el emperador. Focus respondió:

—Estoy obligado a pagar todos los días del año dos denarios que me presté en mi juventud; dos los presto, pierdo otros dos y gasto los dos últimos.

—Tienes que hablarme más claramente —dijo el emperador, a lo cual el herrero replicó:

—Tengo que pagarle cada día dos denarios a mi padre, pues cuando yo era aún un niño pequeño, él gastaba para mí dos denarios diarios. Ahora mi padre se encuentra necesitado, de modo que mi razón me ordena darle dos denarios todos los días. Otros dos denarios se los presto a mi hijo, que ahora todavía es aprendiz, para que, si alguna vez yo cayera en la indigencia, él pueda devolverme aquellos dos denarios, como ahora lo estoy haciendo con mi padre. Otros dos denarios se los pago cada día a mi mujer. Pero como ésta se me opone, es caprichosa y pérfida, pierdo por estos tres motivos todo lo que le doy. Los últimos dos denarios los gasto en mi propia comida y bebida. Por tanto, realmente no puedo subsistir de buen modo sin estos ocho denarios ni obtenerlos sin un esfuerzo constante. Ahora que habéis escuchado mis razones, pronunciad una sentencia justa.

Dijo entonces el emperador:

—Querido amigo, te has responsabilizado correctamente; ve y trabaja según tu fiel manera.

Poco tiempo después el emperador murió, y todos eligieron emperador al herrero Focus por su prudencia; y éste administró su reino de modo muy juicioso; una vez que hubo muerto se dibujó también su retrato junto al de los demás emperadores, con sus ocho denarios por encima de su cabeza.

Hermann Hesse: Las Gesta Romanorum

Las *Gesta Romanorum* son una colección de narraciones, leyendas y anécdotas, acompañadas de conclusiones morales por clérigos; en la Baja Edad Media tuvieron gran difusión en toda Europa como lectura divertida e instructiva. Originariamente, como dice el título, todos estos cuentos deben de haberse tomado de la historia y leyenda romana; con el tiempo se les fueron añadiendo una serie de posteriores anécdotas y leyendas de santos.

Son desconocidos tanto el autor o compilador como la patria de este libro extraño e influyente. No hay muchas obras importantes de la literatura antigua que se hayan investigado tanto y sobre las que tanto se haya escrito, y de las que sin embargo se sepa tan poco. Aquí no caben las suposiciones; por eso se explicará en breves palabras lo poco que se sabe con seguridad acerca de las *Gesta Romanorum*.

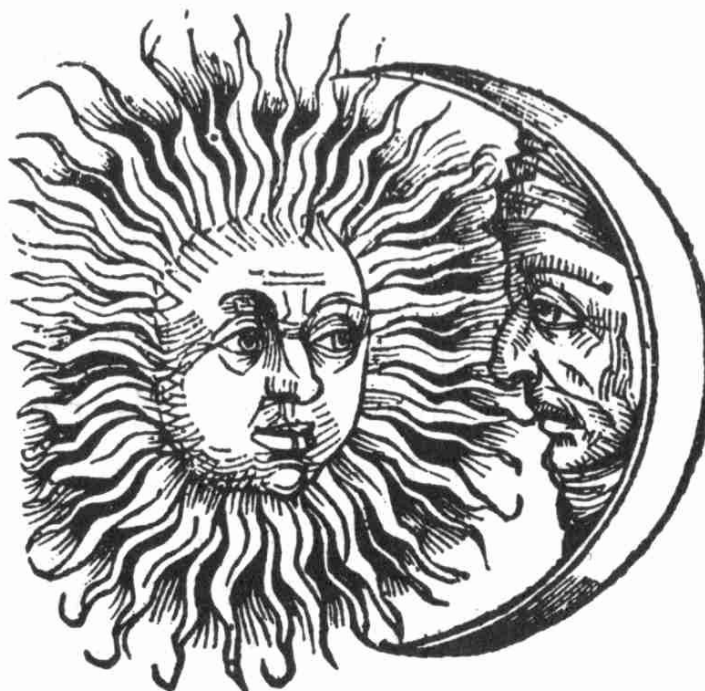
El manuscrito más antiguo de las *Gesta Romanorum* latinas es de origen inglés y pertenece al año 1342. A partir de entonces y hasta comienzos del siglo XVI se encuentran muchos manuscritos, latinos en general, que difieren notablemente unos de otros, además de traducciones e imitaciones inglesas y alemanas que contienen en parte elementos nuevos, mientras que las traducciones a otros idiomas no son más que reproducciones de los textos en latín. Pues bien: se supone que las *Gesta* surgieron después de 1300 en Inglaterra o en Alemania; nada se sabe acerca del autor, y las pocas suposiciones eruditas al respecto no son convincentes. Lo único seguro es que este libro de anécdotas con moraleja gozaba de gran popularidad por doquier, pero sobre todo en Alemania, y que se fue copiado, elaborado e impreso repetidas veces. Con la Reforma va desapareciendo poco a poco, y una parte de sus materias más apreciadas pasa a integrar las versiones tempranas de los llamados libros populares alemanes. A partir de mediados del siglo XVI, o tal vez antes, las *Gesta* parecen ser olvidadas rápidamente.

La traducción presente pertenece a Johann Georg Theodor Graesse y fue publicada por primera vez en el año 1842. A título de ensayo comparé también una antigua traducción alemana del siglo XV. Pero para un poeta de nuestros días no me parece una tarea deseable la de confeccionar una imitación arcaizante de aquel antiguo texto alemán; además, la traducción de Graesse me parece absolutamente legible, fiel y no carente de encanto, de modo que me conformé con una selección del texto de Graesse. Naturalmente la selección no fue trazada según valores morales, sino sólo según la belleza de las narraciones, por lo cual no

se tuvo una consideración especial para con los amantes de los cuentos atrevidos ni para con las almas mojigatas. La selección de las narraciones, la creación de nuevos títulos y el acortamiento de unos pocos cuentos demasiado extensos constituyen mi trabajo personal; todo lo demás es una versión textual de la traducción de Graesse. Algunos sabios de épocas recientes, entre los que citaremos a Oesterley como el que más conoce la materia, solieron hablar un poco despreciativamente sobre Graesse; su juicio puede ser justo en lo que se refiera a las suposiciones de Graesse respecto al origen y el autor de las *Gesta*; sobre su traducción sólo podría expresar opiniones positivas.

La literatura latina del medioevo alemán e inglés es poco conocida. (...) En mis notas algunas veces he tratado sin miramientos la «moral» de los compiladores monacales; mi amor hacia este rico mundo medieval no se dirige de ningún modo a las tendencias eclesiástico-clericales, sino a sus temas, a su profunda fantasía y clara plasticidad, a su cálida y bella humanidad. Aún está lejos la época en que sintamos como propias las maravillosas leyendas de la Edad Media francesa, inglesa y alemana en toda su pureza; demasiado conocemos a Sigfrido y a Percival, a Tristán y a Lohengrin, sólo a partir del teatro. Pero las reencontraremos, volverán a ser propiedad de los lectores y tema de nuestros poetas, y cuanto más claramente apartemos nuestros corazones del olor del incienso y de las hogueras, tanto antes volverán a pertenecernos como propios los valores anímicos de aquellos siglos oscuros y de su poesía que no hayan sido tocados por ese olor.

(1914)



**De las narraciones
de Leo Greiner
de antiguos poemas alemanes**



Helmbrecht

El hijo de un campesino, llamado Helmbrecht igual que su padre, tenía unos cabellos hermosísimos: rubios y rizados, le llegaban abundantes hasta los hombros, y los apresaba en un gorro acampanado en el que podía verse una gran variedad de preciosas imágenes: desde la nuca hasta la coronilla había allí cosida una multiplicidad de pájaros, de papagayos y palomas, como si hubiesen volado directamente del Spessart al gorro. En la orejera derecha estaban representados el sitio y la caída de Troya, con varias torres hundiéndose y muros de piedras destruidos; a su lado, la huida de Eneas con sus naves por el mar. En la parte izquierda se veía a Carlos, a Roldán, a Turpín y a Olivier, los cuatro camaradas de lucha, llevando a cabo milagros contra los infieles. En el medio, entre la oreja izquierda y la derecha, se encontraba en la orla un círculo cosido en seda brillante: en él se veía graciosamente representada una danza de las que siguen bailándose hoy día: un caballero tiene de las manos a dos mujeres y un escudero a dos muchachas; al lado hay un grupo de violinistas. Había cosido este gorro maravilloso una monja que, seducida por el hechizo del mundo, había huido de su celda. Gotlinde, la hermana de Helmbrecht, al ver cómo las manos artísticas de la monja hacían surgir los preciosos adornos, le había ofrecido una vaca por ellos y la madre le había regalado muchas monedas, queso y huevos; seguramente, mientras la monja aún iba al refectorio, jamás había abierto tantos huevos ni probado tanto queso como ahora que era una fugitiva.

Del mismo modo, sin duda ningún mísero mozo de labranza llevó jamás un gorro tan hermoso como este joven y salvaje Helmbrecht. Pero además, su hermana le regaló una cantidad de lienzo blanco y suave, tejido tan sutilmente que seguramente habían huido siete tejedores antes que se terminara. A ello la madre le agregó prendas de lana de lo más hermosas, una piel resplandeciente de animales del bosque, dos vestidos, una loriga y una espada, luego un puñal y una amplia bolsa. Cuando hubieron equipado así al joven, estaba insatisfecho y dijo:

—Madre, aún me hace falta una guerrera; no soportaría carecer de esa prenda. Pero tiene que ser tan espléndida que tu corazón tiemble ante la hermosura de tu hijo cuando me veas en camino.

A ella le quedaba aún una pequeña chaqueta en el armario; la buscó y se la dio. Compró además una tela azul y la añadió para confeccionar una guerrera tan magnífica como jamás colono alguno entre el Wels y Traunberg la había llevado puesta: a lo largo de la columna vertebral, desde la cintura hasta la nuca, había una hilera de botoncillos, uno al lado del otro, todos de rojo dorado, y lo mismo delante, pero de color blanco plateado, desde el cuello hasta la hebilla del

cinturón. Tres botones de cristal, ni demasiado pequeños ni demasiado grandes, le servían de cierre en el pecho, y toda la parte delantera estaba sembrada de botoncillos amarillos, marrones, grises, azules, rojos, negros y blancos, que destellaban a lo lejos. Las mujeres y las jóvenes le miraban encantadas cuando iba al baile. La costura en la que la manga se une a la parte del pecho la llevaba adornada con campanillas que comenzaban a tintinear fuertemente cuando saltaba a danzar en ronda, de modo que repiqueteaban claras en los oídos de las mujeres. Madre e hija habían tenido que vender unos cuantos pollos y huevos antes de ganar lo suficiente para comprarle también pantalones y polainas al orgulloso.

—Tengo gana de ir a la Corte —le dijo Helmbrecht a su padre—. Mi madre y mi hermana me han regalado muchas cosas, por lo cual les estaré agradecido toda mi vida. ¡Pero ahora, padre querido, te toca a ti!

El viejo se preocupó por estas palabras, y burlándose le dijo a su hijo:

—Ea, ¿quieres que a las ropas te añada un veloz corcel que corra largo tiempo y salte cercas y zanjas, para que al final no debas llegar a pie a la Corte? ¡Hijo, renuncia a ese viaje! El ambiente cortesano es duro para quien no haya vivido en él desde su niñez. ¡Si me ayudas, te ayudo! ¡Conduce la yunta de labranza, lleva el arado, forja las herraduras! Así irás a la tumba con honor, igual que yo.

Respondió entonces el hijo:

—¡Calla y no sigas con tales palabras! Ya nada puede cambiarse: que Dios me ampare, quiero ver si me gusta la Corte. ¿Que tus sacas cabalguen en mi cuello? ¿Que suba bosta a tu carro? Que me odie Dios si alguna vez más le coloco el yugo a tus bueyes o si te siembro la avena, que ello no armoniza con mis rubios cabellos y mis hermosos rizos, mis ropas espléndidas y el gorro precioso con las palomas que manos femeninas han cosido en él.

—¡Oh, quédate conmigo! —replicó el padre—. El colono Ruprecht quiere darte a su niña por esposa, y junto con ella una cantidad de ovejas, cerdos y vacas, jóvenes y viejos. En la Corte sólo pasarás hambre y tribulaciones, pues créeme que nadie logra rebelarse contra su condición. Y la tuya es el arado, y no serías más que el hazmerreír de la gente de la Corte por quererte mezclarle tú, un campesino, entre ellos!



—¡Eh! —lo interrumpió el hijo—. Si tuviera un caballo, en las costumbres cortesananas no me arredraría ante ninguno que hubiese estado en la Corte desde siempre. ¿Quién, que vea el gorro brillante en mi cabeza, no juraría con mil juramentos que jamás os conduje la yunta de labranza ni pasé el arado por los surcos? ¿Quién se da cuenta de que trillé el grano en la era o de que clavé palos en el suelo para vos o para algún otro, cuando me pongo las prendas que me han regalado mi madre y mi hermana? Si paso mis piernas por mis espléndidos pantalones y me calzo con los zapatos de Korrún, nadie nota que alguna vez he arreglado cercas. Creedme, no sirvo para yerno del colono Ruprecht. ¿Acaso he de malgastar mi futuro por mujeres?

—Escúchame, hijo —exclamó el padre—. Si quieres parecerte a un cortesano nato, te perseguirá con odio. Si un cortesano le quitara a un campesino todo lo que éste ha obtenido, finalmente triunfaría el primero. Pero si a un cortesano le quitas sólo un poco de forraje, en un santiamén estará encima de ti, te convertirá en garante y en rehén por todo lo que alguna vez le quitaron y te matará por tu robo.

—Que sea lo que Dios quiera —respondió el hijo—, yo me voy. Que tus otros hijos se esfuercen con el arado; que de mí no se oiga más que el bramido de los vacunos que me robe. ¿Qué, fuera de ese miserable caballo, me impide correr con mis compañeros y arrastrar a los campesinos de los pelos alrededor de las cercas? Si criara durante tres años un potro o una ternera para luego conseguir una ganancia ínfima, ¿de qué me sirve? Quiero robar todos los días, vivir bien y

proteger mi cuerpo de las heladas invernales, por eso dame por fin el caballo que te estoy pidiendo.

Así al padre no le quedó otro remedio que comprarle el caballo, por el que dio treinta capas de paño tirolés muy bueno, cuatro vacas, dos toros y cuatro fanegas de trigo. Cuando el hijo estuvo listo para viajar, echó la cabeza hacia atrás y observó sus hombros:

—Me siento tan salvaje que podría morder las piedras, sí, quiero triturar hierro con mis dientes. ¡Pues ahora, a cruzar el mundo se ha dicho, la mirada recta hacia el futuro! ¡Dejadme en libertad, padre, pues ha llegado la hora de que yo crezca como quiero y debo!

—¡Bien, libre eres —le gritó el padre—, pero cuida tu gorro y tus palomas de seda, para que no te las desgarran y para que tus largos cabellos rubios no queden desgreñados! ¡Temo que algún día caminarás con un bastón y te guiará un niño! Nuevamente te conjuro a que vivas de lo que yo vivo y de lo que te dé tu madre. ¡Bebe agua, antes de comprar vino mediante el robo! ¡Llénate la garganta de gachas como las cocina tu madre, antes que cambies un caballo robado por un ganso! ¡Es preferible que comas centeno con avena honradamente, a que comas pescados con fraude. Si me atiendes, sabio eres... Si no, vete!

Replicó entonces el hijo:

—Si tú bebes agua, yo quiero beber vino. Si tú comes gachas, yo quiero comer pollos hervidos y pan blanco fino. Eso es para mí, la avena para ti. En Roma puede leerse en el registro de bautizos que cada niño gana tempranamente una virtud de su padrino: mi padrino era un noble caballero, feliz de que por él yo haya ganado un espíritu tan noble y tan soberbio. Sí, mi ánimo es errante, mi gorro, mi cabello, mi vestimenta no me dejan descansar y me incitan a marchar. Que brillen en el baile, pero que no se ensucien detrás del rastrillo y del arado, de modo que deba avergonzarme cuando invito a danzar a señoras nobles.

—¡Si quieres ser noble, obra noblemente! —exclamó el viejo—. Vive trabajando, así gozarán de ti pobres y ricos, lobos y águilas y todas las criaturas de la Tierra. Las mujeres nobles se adornan con el trabajo de los campesinos, que también corona a los reyes.

Pero Helmbrecht le contestó con impaciencia y se burló de su prédica. Entonces se asustó el padre y alzó sus manos diciendo:

—He tenido un sueño; interprétalo, puesto que eres tan sabio. Tenía dos luces encendidas en las manos, que con su resplandor alumbraban el campo a lo lejos. De pronto vi caminar a un hombre que estaba ciego. Con un pie caminaba

en tierra, pero su otra rodilla descansaba en un zanco, y de su chaqueta salía un muñón de brazo. Ahora te pregunto: ¿cómo lo interpretas?

—Ea —dijo el hijo riéndose—, esto lo interpreto como que he de lograr suerte y salud y riquezas y alegrías de todo tipo.

—Pues explícame esto: soñé que estabas volando a gran altura sobre un bosque, pero te habían cortado una de las alas. ¡Pobres de tus pies, tus manos y tus ojos! Pues todo esto no era nada ante el rostro que ahora surgió de mis sueños: estabas flotando en lo alto de un árbol, y debajo de ti había una braza y media de altura hasta la hierba. Pero por encima de tu cabeza había a ambos lados un cuervo en una rama, una corneja en otra y te almohazaban el cabello. Tenías un aspecto salvaje: el cuervo y la corneja te lo picoteaban. ¡Ay, del sueño, ay del árbol, ay, ay, del cuervo y de la corneja!

—¡Por el nombre de Cristo! —replicó Helmbrecht—. ¿Acaso he de temer vuestros pálidos sueños? ¡No cambiaré de intención, aunque me significara la muerte! Dios te guarde, padre, Dios te guarde, madre, a vuestros hijos no pueden sucederles sino cosas buenas. Que Dios nos proteja a todos.

Con estas palabras se despidió, montó en su caballo y salió aprisa por el portón.



Se necesitarían tres días seguidos o una semana entera para narrar todo lo que le aconteció en su viaje a través de las comarcas. Un día llegó cabalgando a un castillo, cuyo señor se veía constantemente envuelto en luchas, de modo que con gusto se quedaba con gente que se atreviera a cabalgar con osadía y a batirse con variados enemigos. Allí se quedó el joven y pronto devino el más rápido de todos cuando había que robar; cuando los demás dejaban de coger algo, seguro que terminaba en su bolsa. Tosco o fino, derecho o torcido, nada le resultaba nimio para robarlo. Quitaba el caballo junto con la vaca, la loriga junto con la espada, el abrigo junto con la chaqueta, el macho cabrío junto con la cabra, la oveja junto con el carnero, de modo que a quien robaba no le quedaba ni el valor de una cuchara. A las mujeres les sacaba la piel, el abrigo, la falda y la blusa del cuerpo, y se henchía día a día de una vanidad cada vez mayor, pues en cada correría se quedaba con la mejor parte. Así los vientos le fueron favorables durante el primer año, y su navecilla navegaba animada río abajo. Pero luego sintió deseos de volver a su casa y de mostrarse ante sus parientes. Se despidió, pues, del señor y de sus compañeros, los encomendó a la ayuda de Dios y se dirigió a su casa.

Al entrar en su pueblo natal no salían a recibirlo, sino que se agolpaban, corrían y se atropellaban por verle. Su padre y su madre saltaron como si se les estuviera muriendo un ternero, y cada cual quería ser el primero en ganar el pan de mensajero. Criadas y criados no exclamaban: «Dios te guarde, Helmbrecht», sino: «Oh, noble señor, sed bien venido por Dios.» Su hermana salió corriendo a su encuentro y le abrazó vivamente. Puesto que seguía cabalgando, los viejos marcharon detrás del caballo y le recibieron sólo en la puerta, como si saludaran a un príncipe. Entretanto él, orgulloso, no había bajado del caballo. Dio las gracias a la multitud en una lengua corrompida:

—¡Dios os guarde, queridos infantes!

A la hermana le habló en latín:

—*Gratia vester!* —al padre en románico—: *¡Deus sal!* —y a la madre incluso en bohemio—: *¡Dobraytra!*

Los dos viejos se miraron perplejos.

—No puede ser nuestro hijo —dijeron—. Un gran parecido está turbando nuestros sentidos. —Es un bohemio o un wendo —dijo la madre. —Si no es un valaco —opinó el padre.

—Ea —se inmiscuyó la hermana—, al abrazarlo me dio las gracias en latín, y creí que era un cura.

Pero el esclavo liberto dijo:

—A nosotros nos ha saludado con «queridos infantes», y que me lleve el Diablo si no viene de Sajonia o de Brabante.

Entonces se le acercó el padre y le preguntó sencilla y lealmente:

—¿Eres tú mi hijo Helmbrecht? Di una palabra según la costumbre nuestra y de nuestros padres, para que pueda entenderla. Andas diciendo: *deus sal*, y no sé qué hacer con eso. Di una palabrita en alemán, Helmbrecht, y yo mismo secaré el sudor de tu caballo, y que Dios me ayude.

—¡Eh! —replicó éste—, ¿qué dices, campesino, y qué dice esa mujerzuela? ¡Por dios, que ningún campesino toque mi caballo ni mi noble cuerpo!

El hombre se asustó entonces aún más y exclamó:

—Si sois tú mi hijo Helmbrecht quiero asarte un pollo y cocerte otro, y no digo mentira con esto. ¡Pero si no lo sois y sois en cambio un bohemio o un wendo, entonces marchaos, joven noble, y llamad a la puerta de gente de vuestra condición! No podríais hallar hidromiel ni vino para vos en mi mesa.

Pero entretanto ya se había hecho tarde, y el recién llegado pensó que no encontraría ningún hospedaje cercano. Se decidió, pues, y dijo:

—En nombre de Dios, quiero hablar con vos en vuestra lengua y deciros quién soy.

—Y ¿quién eres? —preguntó el viejo.

—El que lleva vuestro nombre.

—Pues decídmelo.

—Me llamo Helmbrecht, soy vuestro hijo y hace apenas un año era vuestro criado.

—¿Criado, vos?

—Yo mismo.

—Pues decidme: ¿cómo se llaman mis cuatro bueyes?

—Os lo diré, pues antes los cuidaba y hacía restallar mi látigo sobre ellos: uno se llama Ur del cual no necesitaba avergonzarse ni el campesino más esforzado; Ráme, el segundo; jamás hubo uno mejor bajo el yugo; Erge, el tercero, ¿no soy sabio al saber nombrarlos tan bien?, y Sonne el cuarto; ¡pero ahora abridme la puerta!

Entonces el padre exclamó:

—¡Puerta y portón, ya no seguirás esperando! ¡Lecho y alacena, todo está abierto para ti!

Entonces le acogieron como a un príncipe: le desensillaron el caballo, el propio padre le llevó una gran cantidad de pienso. La madre le gritó diligente a su hija:

—¡Corre todo lo que puedas y trae cojines y blandas almohadas!

Se las colocaron debajo del brazo al lado de la estufa, para que pudiera dormir tranquilo hasta que la comida estuviera lista. Entonces, después que hubo dormido y lavado sus manos, se sirvió la comida. Hubo hierba finamente cortada con carne de ambos tipos, grasa y magra, queso graso y seco, un ganso engordado, asado sobre fuego y grande cual una avutarda, un pollo cocido y otro asado, y muchos otros platos espléndidos, como jamás los había visto la mesa de un campesino.

—Si tuviera vino —dijo el padre—, hoy deberíamos beberlo. Pero tenemos un manantial de agua, que no tiene parangón en todo el país, a no ser el de Laubenbach. Pero lamentablemente nadie nos lo trae —agregó bromeando cohibido.

Terminada la comida, el viejo no pudo aguantar y comenzó a preguntarle cómo era la vida en la corte.

—Antaño —dijo—, cuando aún vivía tu difunto abuelo, el colono Helmbrecht, me envió más de una vez a la Corte para entregar queso y huevos, y vi cómo se desarrollaba la vida en aquella época. Los caballeros eran hermosos y estaban alegres y no conocían el engaño. Por ejemplo, tenían una costumbre por la cual querían conquistarse a las mujeres, que llamaban el «buhurdear», según me dijo uno de ellos cuando le pregunté el nombre de dicha costumbre. La practicaban viajando como si hubieran enloquecido, pero siempre oí que por eso no se hacía más que alabarles. Un grupo iba, el otro venía, uno tras otro y con intenciones de chocar con un tercero. Tenían además un baile que danzaban acompañado de un canto que se oía en la lejanía. Luego llegaba un músico que tocaba el violín. Las mujeres se ponían en pie; eran hermosas, se acercaban a los caballeros y les cogían de las manos. ¡Eso debía de agrandarles mucho! Pues los caballeros les gustaban a las mujeres y éstas a aquéllos, y los dos jóvenes y las doncellas bailaban alegres rondas. Cuando se cansaban de esto, venía uno y les leía el cuento del duque Ernst, como lo llamaban, y ello deparábaseles un gran placer a todos. Uno practicaba el tiro al blanco con arco y flecha, un segundo cabalgaba a su gusto y un tercero salía a cazar. Era una vida dorada la de la Corte en aquella época.



—Ea —replicó el hijo—, hoy día hay que hablar de otro modo cuando quiere participarse de la vida de la Corte. Bebe, se dice ahora; si bebes esto, yo beberé aquello, y entonces nos irá bien. Tráenos vino, hostelero, del mejor, que ésa es nuestra preocupación de día y de noche. Dulce mesonera, así reza nuestra carta de amor, llénanos el jarro hasta el borde. Es un loco y un necio el que cambia el vino por las mujeres. Los que vivían tal cual tú lo has descrito, fueron condenados al vergonzoso ostracismo y su reputación es tan mala como la de los verdugos.

—¿Pero tienen aún su grito de guerra de: «Ea, caballero, sé alegre»? —preguntó el viejo.

—De ningún modo —contestó el hijo—. Hoy día el grito de guerra es: «Corre, caballero, corre, corre, horada con la lanza, golpea, golpea, deja lisiado a éste, quítale el pie a aquél, arranca esa mano, cuelga a aquel otro, caza a éste que es rico y debe de llevar cien libras consigo.» Pero ahora quiero ir a dormir —agregó, pues la conversación le aburría—. He cabalgado un trecho largo y necesito descansar.

En seguida hicieron lo que él ordenó, y su hermana Gotlinde le preparó una camisa recién lavada para la cama, en la que durmió hasta muy avanzada la mañana siguiente.

Era justo que al día siguiente repartiera las cosas hermosas que había traído de la Corte para su padre, madre y hermana. Al padre le regaló una piedra de afilar, una guadaña, un hacha y una azada de madera; ¡oh, qué tesoros para un campesino! A la madre le regaló una piel de zorro que le había robado a un sacerdote; a Gotlinde, un echarpe de seda que ahora echaba en falta un tendero; al criado sus abarcas que no sabía usar, a la criada un pañuelo y una cinta roja,

que ambos le hacían mucha falta. Después de una semana de vivir en su casa paterna parecía que había transcurrido un año entero sin que robara nada. Quiso despedirse, pero el padre le retuvo.

—Quédate aquí, hijo mío —le dijo—. No necesitas hacer nada aparte de lavarte las manos; quiero darte todo lo que necesitas. ¿No es mejor esto que tener que cabalgar día y noche con la preocupación y el temor de que un enemigo te dé caza, te deje lisiado o te ahorque?

—Ea, padre —respondió—, mucho te agradezco la comida y la bebida. Pero desde que no bebo vino, paso el cinturón al cuarto agujero; hace falta ganado, padre, para que el cinturón se me ciña como antes. Conozco por algún lugar a un juez del que aún tengo que vengarme por un gran pesar que me causó. ¿No entró un día con su caballo al mismísimo campo de siembra de mi padrino? Pero me la pagará, cuando haga desaparecer yo sus vacas, ovejas y cerdos. Luego hay un segundo hombre, un rico, al que vi comer pan con carpas con mis propios ojos. ¡Que el Diabolo me busque si no me la paga! Pero aun cuando perdonara a esos dos, sé de un tercero por el que podría rezar un obispo, y no le serviría de nada.

—Pues, ¿qué te ha hecho? —preguntó el padre.

—Se abrió su cinturón mientras estábamos comiendo sentados a la mesa. ¿No es inaudito? Y me llamaré un cobarde si por esta iniquidad no le desengancho el arado y el carro, y a cambio de ello me compro un bonito vestido para Navidad. ¿Cómo crees que se vive hoy día, viejo ingenuo? Otro incluso sopló la espuma de su cerveza; ¿acaso he de permitirlo? Pronto oirás cuentos sobre Helmbrecht, de que vastas granjas han quedado vacías. ¡Si no encuentro al hombre, al menos hallo su ganado!

El padre se asustó mucho con este discurso.

—Hijo, por Dios —dijo—, ¿quiénes son esos malos compañeros que te han enseñado que hay que quitarle sus bienes a la gente porque coma carpas con pan?

—Son buenos maestros, padre —replicó Helmbrecht—. Están por ejemplo Lämmerschind y Schlickenwidder, luego Höllensack y Rüttelschrein, Kühfrass y Müschenkelch (*), los seis mejores azotes del mundo. ¿Conoces a mi colega Wolfsgaum? ¡Te digo que quiere tanto a sus tías, primas, tíos y primos que no les dejaría un hilo en el cuerpo, aunque hubiera tormentas de febrero! Y más aún mi compinche Wolfsdrüssel. Apenas se acerca a una casa, los candados y pestillos se abren solos. ¡Yo mismo he contado más de cien candados que éste abrió sin llave! ¿Puedes citarme un nombre más cortesano que Wolfsdarm? (*) Quien así se llama

(*) Algunos de estos nombres son significativos; Höllensack = saca del infierno; Kühfrass = pasto de vacas; Wolfsdarm = intestino de lobo. (N. del T.)

ha obtenido su nombre personalmente de la noble duquesa de todos los ladrones y vagabundos Hilaria de Navarra. ¡Pues ése sí que es un compinche divertido! Nunca termina de robar, y sabe Dios que lo malo le atrae como la siembra a la corneja.

—¿Y a ti, cómo te llaman tus amigos? —preguntó el padre.

—¿No me conocéis? —replicó Helmbrecht—. Soy Schlinzgau, el terror de los campesinos. Sus hijos tienen que beber el agua que yo hiervo. A éste le estrujo el ojo, a aquél le quiebro la espalda, a éste lo ato al hormiguero, a aquél le arranco con pinzas los pelos de la barba, le quito la piel de la cabeza, le trituro los huesos y lo cuelgo de los tendones en el próximo árbol. ¡Que vengan veinte, donde cabalguen diez de los nuestros! Todo lo que le pertenece al campesino es nuestro.

—A los que estás nombrando —dijo el padre— seguramente los conoces mejor que yo. Pero por salvajes que sean, te digo lo siguiente: si Dios así lo quiere, un solo alguacil puede lograr que le obedezcan a voluntad, aunque el número de ellos fuera el triple.

—Pues entonces no seguiré haciendo lo que he hecho hasta hoy por ti —exclamó el hijo— aunque me lo pidieran todos los reyes. Hasta hoy he preservado tus gansos, pollos y terneros, tu queso y tu forraje, pero eso ha de cambiar en el futuro. ¿Acaso quieres cuestionarles el honor a piadosos escuderos que jamás se han apartado ni un pelo del camino que les parece bueno y justo? Pues robar es lo justo y hurtar lo bueno. Por cierto, si no lo hubierais divulgado con vuestra cháchara y si no nos hubieseis difamado tan atrocemente, habría entregado a vuestra hija Gotlinde por esposa a mi compañero Lämmersch lind. Entonces habría tenido la mejor vida que mujer alguna jamás ganara al lado de su esposo. Le habría dado una plétora de pieles, abrigos y telas, los más bellos que se encuentran en el imperio. Y si todas las semanas hubiera querido comer una ternera joven, él no se la habría negado. La primera vez que Lämmersch lind me pidió por ti, hermanita Gotlinde, le dije de inmediato: «No temas, vosotros dos sois tal para cual, de modo que ninguno tendrá que lamentarlo. Créeme, mi hermana no te deja colgado mucho tiempo cuando te ahorcan: con sus propias manos te corta y te arrastra hasta el cruce de caminos, donde te han cavado una tumba, te arroja incienso y mirra durante un año entero y honra tus huesos, pues es pura y bondadosa. Si te salvas y te dejan ciego, te toma de la mano y te lleva por caminos y senderos por todo el país. Si te cortan el pie, todas las mañanas te lleva el zanco a la cama. Si pierdes la mano, te corta la carne y el pan hasta tu muerte.» Respondió entonces Lämmersch lind : «Si me toma por esposo, le regalaré tres sacos, pesados como el plomo, como regalo de tornaboda: uno contiene tela sin cortar, la vara a quince *heller*, si alcanzan; se quedará pasmada; en el otro hay velos, faldas y blusas que puede llevar como una mujer libre. El tercer saco tampoco está mal provisto y está lleno de tela neerlandesa, paño fino, pieles de colores y nobles. Dos de ellos están cubiertos de tela escarlata y uno de cebellina

negra. Todo esto lo he escondido en el desfiladero de una montaña, y será suyo el día que sea mía.» ¡Ay, hermana, todos los tesoros perdidos por la charla de tu padre! Cuánto me duele pensar que ahora tendrás que coser, afilar, segar y limpiar remolachas como esposa mísera de un campesino, y que tendrás que yacer de mala gana a su lado en el lecho común. ¡Maldito sea tu padre, que te ha hecho esto! Por cierto que no es el mío, pues cuando mi madre estaba embarazada de quince semanas se echó en su cama un noble caballero que me dio por herencia, igual que mi padrino, mi espíritu altanero. *

—Es cierto —exclamó la hermana—. Créeme, yo tampoco soy su verdadera hija. Un hermoso caballero yacía con mi madre en la época en que ésta me llevaba en brazos; el joven la había cazado cuando ella una vez salió de noche al bosque para buscar terneros. ¡Pues también tengo el ánimo altivo, mi muy querido hermano Schlinzgau, que Dios te dé felicidad!

Luego agregó en secreto:

—Procura que Lämmerschhind sea mi marido, pues entonces bullirá mi sartén, mi vino estará cosechado, mi cerveza fermentada y la alacena rebosante. Con sólo tener esos tres sacos me habré librado de la pobreza para siempre. Créeme, en mí encontrará todo lo que un hombre ansia en una mujer fuerte. Cuando se casó mi hermana, ¿acaso anduvo con un bastón a la mañana siguiente? Pues bien, si *ella* no se murió, pues tampoco ha de ser *mi* muerte. Escúchame, hermano, querido compañero, pero calla todo lo que te diga: por el monte un estrecho sendero lleva a la ladera de pinos; allí te seguiré y huiré de mi padre y mi madre y quiero yacer con él todas las noches.

El padre y la madre nada oyeron de este discurso. Helmbrecht y Gotlinde se pusieron de acuerdo en secreto respecto de cómo hacerlo.

—Lo tendrás —dijo Helmbrecht—, a él y toda su riqueza. Te enviaré a un mensajero; síguele adonde te lleve. ¡Celebraremos un espléndido casamiento, mantente preparada! Y ahora, que Dios te guarde, pues quiero marcharme.

Se despidió de la madre, sin preocuparse del padre, y salió cabalgando hacia el sitio del que había venido. Una vez llegado le contó en seguida a Lämmerschhind que Gotlinde estaba dispuesta a tomarle por marido. Por esto, éste le besó la mano y el vestido y aspiró el viento que provenía de donde estaba Gotlinde.

Luego comenzaron los preparativos para la boda: robaron los bienes de unas cuantas viudas y de varios huérfanos, dejándolos en la miseria y el lamento, antes que el héroe Lämmerschhind y su esposa Gotlinde se sentaran en la silla nupcial. El banquete que consumieron había sido recogido en una vasta región; día y noche los secuaces conducían carros y caballos cargados hacia la casa de

Lämmerschlind. Cuando todo estuvo preparado, Helmbrecht envió a su mensajero, quien llevó a Gotlinde a la boda en veloz cabalgata.

Lämmerschlind, al oír que ella había arribado, se dirigió de prisa hacia Gotlinde y la saludó:

—Bienvenida, señora Gotlinde.

—Que Dios os bendiga —replicó ella. Se miraban mutuamente con expresión cariñosa y jugueteaban muy corteses. Lämmerschlind disparó su saeta de amor sobre Gotlinde, hablándole con palabras sumamente amables; Gotlinde le correspondió haciendo lo propio de virginal modo. De pronto resonó una voz:

—Ahora dejadnos juntar al señor Lämmerschlind con Gotlinde y a la señora Gotlinde con Lämmerschlind.

Un hombre muy viejo que entendía tales menesteres se levantó, hizo entrar a ambos en un círculo y le dijo a Lämmerschlind:

—Si queréis a la señora Gotlinde por esposa, decid: sí.

—Con todo gusto —dijo Lämmerschlind. Entonces el anciano volvió a preguntar.

—Con todo gusto —volvió a decir el escudero.

—¿La aceptáis gustoso? —preguntó el anciano por tercera vez.

—Por mi vida, me caso con gusto —repitió Lämmerschlind. Luego el viejo se dirigió a Gotlinde:

—¿Queréis casaros con Lämmerschlind?

—Sí, señor, si Dios así lo quiere.

—¿Os desposáis gustosa? —preguntó una segunda vez.

—Sí, señor, dádmelo por esposo.

Entonces preguntó por tercera vez:

—¿Y lo queréis realmente?

—Realmente, señor, pero ahora ya quisiera tenerlo.

Entonces le dio Gotlinde a Lämmerschlind y Lämmerschlind a Gotlinde, le pisó el pie y todos comenzaron a cantar.

Entretanto se había preparado la comida, en la que se nombraron funcionarios para la novia y el novio. Schlinzgau era mariscal y debía cuidar de los caballos. Schlickenwidder era escanciadador, Truchsess Höllensack debía indicarles su sitio a los invitados, Rüttelschrein era tesorero, Kühfrass maestro cocinero y debía repartir las tortas, los asados y los guisos, Müschenkelch dividía el pan. Wolfsgaum, Wolfsdrüssel y Wolfsdarm vaciaban innumerables fuentes y copas, y las comidas desaparecían delante de los invitados como si las hubiera barrido un fuerte viento, de modo que lo que quedaba en los huesos apenas bastaba para que los royera un perro. Pues es una palabra sabia la de que el hombre jamás ansia tanto la comida como cuando se halla cercano a la muerte.

—Ay de mí, querido Lämmersch lind —dijo la novia Gotlinde—, siento el espanto en mi piel: debe de haber gente extraña en las cercanías que quiere hacernos un mal. ¡Ay, padre y madre, que esté tan lejos de vosotros! Me pesa el corazón, pues la gente dice que a quien quiera demasiado se le dará demasiado poco, y que la codicia pronto lleva al abismo infernal por su pecado. ¡Ojalá estuviera en casa y jamás hubiera seguido a mi hermano!

El novio y la novia justo estaban repartiendo regalos a los músicos cuando entró el alguacil con cuatro hombres. Voló el banquete por los aires y se destruyó la fiesta. Huyeron hacia el horno, y los bancos chocaron en salvaje atropello. El propio alguacil arrastraba de los pelos a quienes escapaban a sus hombres. A los diez se los ató con fuertes cuerdas, y Gotlinde también perdió su vestido de novia; luego se la encontró desmoronada contra una cerca, cubriendo sus dos pechos con las manos. No se sabe qué pasó después con ella.

Así, Dios mismo había emprendido la venganza, de modo que a los ladrones se les apagó la luz, se les empalideció su rubor, y los que en otra ocasión habrían derrotado un ejército pudieron ser apresados por un solo alguacil cojo. Llegado el día del juicio en que se los colgaría, cada uno de ellos tuvo que arrastrarse hacia ese sitio con la carga de lo que cada cual había robado, y que por derecho le correspondía al alguacil, en las espaldas. Lämmersch lind llevaba atadas al cuello las dos pieles de vacuno, que ahora había perdido Gotlinde, pero aún tenía que cargar menos que sus colegas, seguramente porque en él se quería honrar al novio. Pero el que debía soportar el mayor peso, uno al que se veía jadear bajo la carga de tres pieles frescas, era el cuñado, el señor Schlinzgau Helmbrecht. Nadie les defendió; nueve fueron ahorcados. Pero lo que tiene que suceder, sucede: uno, el que quedaba, era la parte que le correspondía al alguacil en la caza, y podía hacer con él lo que quisiera. Aquél era, empero, el mismísimo Schlinzgau Helmbrecht. Entonces el alguacil le traspasó los ojos.

—Eso —le dijo—, por tu padre.

Luego le cortó una mano y un pie.

—Eso —le dijo—, por tu madre.

En un cruce de caminos el ladrón ciego se despidió llorando de su hermana Gotlinde. Un bastón y un siervo le condujeron hasta la casa de su padre. Pero éste no quiso acogerle y le echó.

—¡*Deus sal*, señor ciego —le gritó—, que mis criados os persigan con palos si no os marcháis solo!

—Acaso no me reconocéis, soy yo, vuestro niño —dijo el ciego lamentándose avergonzado.

—Ay, cuánto hierro comeríais si ahora estuvierais montado en vuestro caballo —replicó el viejo—. ¿Schlinzgau es ahora un hombre ciego? ¡Marchaos y jamás volváis a llamar a mi puerta!

—Por el amor de Dios, superad al diablo que hay en vos —suplicó el pobre— y dejad que sólo me refugie aquí. Los campesinos están airados conmigo y me echan, de modo que no conozco a nadie que quiera apiadarse de mí.

Pero el padre, aunque se le quebrara el corazón, pues era su propia carne y sangre lo que allí estaba ciego y desolado en la puerta, le respondió:

—No puedo hacerlo, habéis sido demasiado cruel. Vuestro caballo jamás iba al trote lento; sólo lo hacíais correr y galopar. Hombres y mujeres suspiran aliviados ahora que os habéis vuelto tan mísero. Preferiría cuidar en casa hasta su muerte a un desconocido al que jamás hubiera visto, antes de daros la mitad de mi pan. Tres de mis sueños se han cumplido en vos; ay, si también se cumple el cuarto. Llévatelo, lazarillo —le gritó luego al acompañante del miserable, y le pegó—. No quiero golpear a un ciego, pero si tardáis mucho cambiaré de opinión.

Luego cerró el pasador. La madre, en secreto, aún le pasó un pan al hijo y le dijo que se fuera. Este, encorvado, siguió su camino. Pero al aparecer por los campos, los campesinos le gritaban a él y a su siervo:

—Ja, ja, ladrón Helmbrecht, si hubieras seguido siendo un campesino como yo, ahora no te conducirían ciego por los campos.

Así vivió un año en amarga penuria, hasta que murió colgado. Pues una mañana en que caminaba por un bosque oscuro le vio un campesino que estaba recogiendo madera. En seguida el hombre les preguntó a sus compañeros si querían ayudarle contra Helmbrecht, pues éste le había robado una vez una vaca mientras estaban cuidándola sólo los niños.



—Que me lleve el diablo si no le reduzco a polvo, a un polvo más fino que el que se ve danzar en los rayos del sol —exclamó inmediatamente uno de los demás—. A mí y a mi mujer una vez nos quitó las ropas del cuerpo; a cambio de ello lo atraparé como prenda.

—Y si fueran tres en vez de uno —dijo un segundo—, los mataría yo solo. Una vez irrumpió en mi choza y cogió y se llevó todo lo que había dentro de ella.

Un tercero tembló como el follaje cuando le vio.

—Le retorceré el pescuezo como a un pollo —exclamó—. En una noche oscura metió a mi niño dormido en su saco, cuando me robó la ropa de cama, y lo echó en la nieve, el muy perro, cuando el niño despertó y comenzó a llorar.

—Cuánto me alegra poder verle una vez más con mis propios ojos, para poder jugar con él a gusto —dijo el cuarto—. Violó a mi niña y a mí me robó mis ropas, de modo que quedé desnudo como un palo de escoba. Y si fuera tres veces ciego y tan grande como una casa, le colgaría igual en la primera rama que encontrara.

—Venid, acercaos, más cerca, más cerca —gritaron de pronto todos, rodearon al ciego y le golpearon.

—¡Ahora cuida tu gorro, Helmbrecht! —exclamaron luego, y le golpearon la cabellera con los puños. Allí destruyeron y desgredaron todo lo que el alguacil había dejado aún intacto. El precioso gorro se desgarró en pedazos no mayores que un penique, y papagayos y alondras, gaviñanes y tórtolas hechos trizas cubrieron el camino. Los rizos de sus cabellos y los jirones de su ropa volaban por el aire, hasta que su cabeza quedó calva, sus rizos rubios y salvajes esparcidos en el suelo y el gorro dividido en hilachas al viento. No le permitieron confesarse, uno cogió un terrón de tierra y se lo dio como óbolo para el fuego del infierno. Luego lo colgaron de un árbol.

El viaje marítimo de Viena

En la ciudad de Viena, en Austria, ocurrió una vez una historia muy rara. Quien conozca la ciudad sabe que en la misma puede vivirse bien y alegremente con tal de no ahorrar oro y plata. Hay un baño en el que el hombre que llegue allí como extraño se verá despojado inmediatamente de su dinero junto con sus ropas, de modo que saldrá verdaderamente desnudo, pero por lo demás, la ciudad es digna de toda alabanza: llena de caballos y de carruajes, hay allí todo tipo de diversiones, cantos, cuentos y música de cuerdas. No hay nada noble ni vulgar que no pueda comprarse por dinero: esturiones del Danubio, vino dulce de Hungría y una cuantas señoritas divertidas, bonitas y ricas.

Un día se había encontrado allí un grupo de ricos ciudadanos, que en parte ya se conocían de antes, en parte eran extranjeros recién llegados, para beber vino. Pronto se pusieron alegres, porque el vino que allí se sirve es bueno y fuerte y quiebra las penas. Se sirvieron tantas comidas que las mesas se doblaban, bien preparadas con especias y azafrán, para que el vino resultara tanto más dulce, y se chanceaba, reía y bebía sin interrupción. La francachela se celebró en una terraza con forma de cenador, cubierto de césped verde. Las copas pocas veces quedaban vacías, y bebían hasta que se les subía el vapor a la cabeza. Pero después tampoco se compadecieron. Copa tras copa se saboreaba hasta el fondo, de modo que al final ya no se reconocían mutuamente. Llegado el anochecer y encendidas las luces, comenzó a beber y a empinar el codo verdaderamente, y



una y otra vez clamaban por más vino, que el fondista, contento, les servía hasta que los pies comenzaron a rodarles cual esferas. Cada cual se convertía en hombre rico: quien normalmente se alimentaba de penas con su sopa matutina le prometía solemnemente a su amigo que le regalaría dinero y ropas; éste lamentaba sus pecados, aquél calculaba su árbol genealógico a partir de la costilla de Adán, por la cual su vecino guardaba con él un parentesco no más lejano que la distancia que media entre Acre en Palestina y Praga. Y ambos se quedaban tan contentos. Otro narraba sus viajes por el mar y a Santiago de Compostela, otro la campaña militar contra los infieles prusianos, y un tercero se volvía tan ágil que saltaba tambaleante de la mesa al banco, para quedar rengo hasta el fin de sus días. Hasta los más fuertes quedaron tendidos debajo de los bancos, en tanto que el tonelero corría incesante con jarros llenos y vacíos.

De este modo pasaron un buen rato, hasta que uno de los ciudadanos dijo:

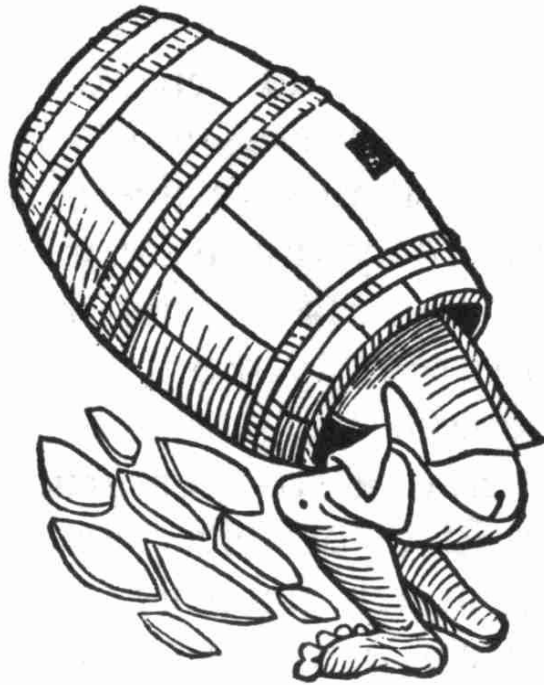
—Si quisierais seguirme, tendría una propuesta sobre lo mejor que podríamos hacer ahora.

—Haz traer vino —exclamaron todos—, que queremos escuchar tu maravillosa propuesta.

—Es hora de que aquí nos juntemos —dijo el ciudadano— y que crucemos el mar para honrar a Dios.

—Bien dicho, vecino —exclamó uno de ellos que estaba sentado al lado del primero, y pronto otros tres o cuatro comenzaron a alabar las indulgencias que se consiguen allende el mar, y finalmente toda la compañía gritó atronadoramente:

—¡Adelante! Viajemos con un grupo grande por la misericordia de Dios.



Se decidió elegir a Acre en Palestina como destino del santo viaje, y en seguida comenzaron con los preparativos. Todos se acercaron, el vino les nublaba el cerebro, y fantasearon todo lo que habrían de llevar: comida en cantidad, barriles enteros de buenas bebidas y montañas de oro y plata. El tonelero llenaba las jarras, y por la noche el fondista se acercó a los peregrinos e hizo traer una gran cantidad de electuarios. Este añadía nuez moscada, aquél, jengibre, este otro pasas de uva, un cuarto clavos de olor. Así bebían el vino, caliente y frío, de modo que los viejos rejuvenecían y los jóvenes envejecían. Tenían prisa con el viaje, pero el mar seguía lejano. Entonces comenzaron a cantar tan fuertemente que la terraza retembloó, e inclinaron sus cabezas en señal de agradecimiento porque el vino dulce les daba tanta fuerza. Todos estaban ardiendo de ansiedad por llegar al mar, bebían y viajaban hasta que les parecía haber llegado a mitad de camino. Entonces gritaron que por Dios se conservara bien el barco, para que al final no les afectara el agua: así colocaron el velamen y levaron el ancla. La marea de vino se henchía cada vez más alta: se hablaba, se charlaba, se ensalzaba el sacro viaje, se empinaba el codo hasta reventar, y pronto se tenía la sensación de navegar realmente por mar abierto. Entonces comenzaron con alta voz su canto de peregrinos: «¡Viajamos en nombre de Dios!», de manera que la noche retemblaba con el canto desde la terraza. Uno dijo:

—Amigo, te entrego en alma y vida a mi mujer y a mis hijos, para que me los cuides, como corresponde a un amigo.

Ya no se reconocían entre ellos, y así siguieron viajando de muy buen ánimo, rezando para que los vientos les fueran favorables, y gritando o suplicando que el

tonelero siguiera trayendo vino, más vino, del cual aspiraban el dulce perfume. Este estaba tendido en el suelo y dormía, aquél gritaba y pataleaba, este otro se caía al suelo con gran estrépito.

—Es el barco el que se mueve tanto —dijo uno de ellos.

—Se viene una tempestad —gritó el otro. Ello le dio gran miedo a un tercero, que comenzó a santiguarse vehementemente ante el viento.

—¡Ay! —exclamó un cuarto—, cómo me duele la cabeza. Pero que sea lo que Dios quiera. Que venga una tormenta, pero ay, no nos causará mucho placer.

Entonces comenzó un general lamento y tristeza entre ellos, uno se arrepintió de su vida, otro de su mujer y sus hijos, un tercero de su alma, un cuarto de su dinero y bienes. Con manos y pies comenzaron a jurar y a prometer que harían penitencia por todos sus pecados, de modo que se produjo un general griterío, alboroto y ruido. Llegó la mañana, y seguían viajando preocupados, y sabe Dios que ni siquiera habían recorrido la mitad del camino hasta Brindisi. Y pese a que el mar del vino ahora se elevó al máximo, no veían tierra firme por ningún lado, de modo que comenzaron a suplicarle a Dios:

—¡Ayúdanos, Señor, ayuda a las pobres criaturas de tus manos, danos una enseñanza y un consejo, que en caso contrario pereceremos!

En ese momento, uno de ellos vio a un rico burgués que se había caído de la mesa al suelo debajo del banco.

—Compañeros —gritó—, demos las gracias a Dios por habernos auxiliado. Pues ahora nos libraremos de estas aguas. Aquí yace uno de los peregrinos muerto en el piso; él tenía la culpa de que el mar se enfadara tanto. Coged a este hombre muerto que en nada nos ayuda, y tiradlo por la borda al agua, para que ésta cese de agitarse.

—Que Dios nos ampare —gritaron todos a la vez—. Seguramente era un condenado, por lo cual el mar le quería tan mal.

Contentos por el consejo, los que aún podían caminar un poco acudieron y alzaron al que estaba en el suelo gritando enfadados hasta la ventana. El hombre comenzó a gritar:

—Dejadme, ya veréis que estoy vivo y tan sano como vosotros.

Pero uno tras otro gritó:

—Sois un condenado, vuestra vida de todos modos está malograda.

Y lo tiraron por la ventana; cayó a la calle, delante de la puerta, y precipitándose por piedras y palos se quebró los brazos y las piernas. Luego volvieron a sentarse alegremente y siguieron bebiendo. La terraza estaba nadando en vino, pero ellos habían dejado de lado toda disputa y pena y se decían:

—Ha sido una gran salvación el haber visto yacer al condenado antes de que fuera tarde. Pero Dios mismo lo ha expulsado y lo ha echado del barco con su mano divina, cuando el agua ya comenzaba a cubrir la nave. Agradecemos que haya escuchado nuestras oraciones.

Y ahora comenzaron a cantarle alabanzas y glorias al Señor. El ciudadano tirado en la calle gritaba e insultaba con todas sus fuerzas, pero no le oían, pues estaban cantando y alegrándose más allá de todo límite por haber emprendido el viaje a Acre.

Entretanto había amanecido, y todos estaban echados como gavillas segadas, y también el fondista yacía con ellos igual que el tonelero, quien en vez de la cuenta, tenía el vino en la cabeza. Algunos vecinos que habían oído hablar de la fiesta se acercaron y les gritaron a los inconscientes:

—Eh, ¿no habéis velado lo suficiente tras haber bebido toda la noche con gran escándalo? ¡El sol ya está en medio del cielo!

—No nos envidiéis nuestro viaje —exclamaron los ebrios—, que hemos navegado toda la noche con gran alegría por el mar, majestuosos y sin armas. Dios nos ayudó y nos envió vientos favorables, pero después surgió una gran tempestad, de modo que el agua salvaje fluía dentro de la nave. Nos habríamos ahogado, si uno de nosotros no hubiera descubierto al hombre que yacía muerto en el barco. Por orden de Dios y del capitán lo arrojamos al mar, con lo cual, por suerte, se calmaron el viento y el trueno.



Entretanto el burgués que había volado por la ventana seguía gritando y quejándose. De todos lados acudía la gente y se agolpaba en torno suyo. Cuando sus amigos vieron el daño causado a su pariente, corrieron airados hacia arriba para matar a los que lo habían hecho. Pero los ebrios replicaron:

—¿Qué queréis de nosotros? ¿Le hemos servido a Dios y hemos comido en nuestra peregrinación todo lo que poseíamos, para que ahora os enemistéis con nosotros? Si el hombre no nos hubiera salvado, todos habríamos estado perdidos. Además no hemos hecho nada que no nos hubiera dicho el capitán. ¡Aleluya!

Pero los amigos no se contentaron y acudieron con sables exigiendo justicia. Eso habría tenido un mal final si alguno de los vecinos no se hubiera interpuesto y aconsejado la paz, puesto que todo era consecuencia de la embriaguez. Con esto cada cual cogió a su amigo del brazo y lo llevó a la cama, lo cual debe haber sido bastante curioso. Tres días enteros durmieron los beodos. Al despertar a la mañana del cuarto, se levantaron, no sospechando nada bueno, y se sonrojaron de vergüenza al ver el daño producido. El ciudadano, que necesitó mucho tiempo para curar sus miembros quebrados, les demandó, y tuvieron que estar contentos de que doscientas libras de plata se consideraran una indemnización suficiente. Con tanto dinero, por cierto no es difícil llegar hasta Acre en Palestina.

Los tres deseos

Un hombre le dijo una vez a su mujer:

—Dios comete una gran injusticia contra nosotros al hacernos vivir en tan mísera pobreza. Si esto no cambiara hasta mi muerte, preferiría matarme yo mismo. Nuestra pobreza me duele tanto que no sé qué hacer, y estoy lleno de pesar y de ira. No recuerdo haber pecado jamás contra Dios o contra ti. O tal vez hayas cometido algo contra Dios; entonces dímelo, para que te ayude a hacer penitencia.

Pero la mujer contestó que jamás había hecho nada en lo que él no hubiera participado.

—Entonces —dijo el hombre—, por cierto que no sé por qué Dios nos sustrae todos los honores y bienes, pero créeme, si lo queremos bien, seguramente nos concede lo que ansiamos. Por eso estemos atentos y pidamos con fervor día y noche, que sin duda nos brindará grandes bienes y buena ventura.

La mujer estuvo bien de acuerdo, pues también ella prefería una muerte pronta a un largo pesar. Así pues rezaron, velaron y ayunaron esforzadamente y sin dilación, y no se cansaron hasta que Dios finalmente les envió un ángel que se le presentó al hombre y le dijo:

—¿Por qué pides riquezas? Si debieras ser rico, hace tiempo que Dios te habría hecho justicia y te habría dado riquezas, como lo hace con aquellos que han llegado a ser muy ricos. Soy el ángel que debe protegerte, pero tu necesidad destruye mi obra y sólo me causa pesares.

Entonces el hombre repuso:

—Dios me ha hecho violencia en que yo sea tan pobre, y seguiré rogándole hasta que haga mi voluntad.

—Bien —dijo entonces el mensajero celestial—, como no nos crees ni a Dios ni a mí, se te concederán todos los bienes de la tierra, para que pruebes tu suerte con ellos. Si de todos modos luego empobreces, la culpa será sólo tuya. Tendrás el poder de tres deseos: tus tres primeros deseos se volverán realidad. Y aunque vivieras mil años tendrías más que suficiente; ahora prueba si la riqueza tiene ganas de vivir contigo.

—Ea, pues soy rico —dijo el hombre y entró de prisa adonde estaba su mujer.

—Mujer mía —le dijo—, nuestra indigencia ha terminado, más de lo que hemos pedido. Tenemos concedidos tres deseos que se cumplirán. Aconséjame, pues, qué sería lo mejor que puedo pedir. ¿Qué te parece una gran montaña de oro y una muralla alrededor, para que el ganado no pueda tocarla? ¿O un armario lleno de buenas monedas que nunca sean menos, por más que me sirva de ellas o que deje hacerlo a otros?

Replicó entonces la mujer:

—Oigo que viviremos en la abundancia y que no necesitaremos ahorrar. Por eso haz lo que te pido y déjame uno de los deseos a mí, que con los otros dos creo que tienes más que suficiente. Sabe Dios que también he doblado mis rodillas para rezar, y si Dios nos ha hecho bien no lo ha hecho menos por mis oraciones que por las tuyas. Por eso no sigas oponiéndote y concédeme el deseo que me corresponde.

—Lo tendrás —contestó él—, pero cuida de desear algo bueno.

—Quiera Dios —dijo ella de inmediato— que mi cuerpo lo cubra el vestido más hermoso que se haya puesto jamás mujer alguna en este mundo.

Apenas pronunciado el deseo, se cumplió.

—¡Funesta mujer! —exclamó el hombre—. ¿No podrías haber vestido a todas las mujeres tan bellamente? Pero jamás has sido amiga de nadie y tienes un alma mezquina. ¡Que el vestido se te meta en el vientre, si eres tan insensible, y que por una vez te satisficieras con él!

En seguida su palabra se hizo verdad: el vestido se metió dentro de la mujer, en su estómago. Entonces ella comenzó a gritar terriblemente, pues se sentía más que mal, y siguió gritando cada vez más fuerte. Al oírla los vecinos, acudieron de todas partes y preguntaron a qué se debía la gritería. Entonces les contaron lo sucedido y que el hombre la había llevado a ese estado. Esto llenó de ira a sus amigos, y vociferando y amenazando le rodearon y le dijeron:

—Libera a tu mujer, que si no lo pasarás mal.

Luego desenvainaron sus cuchillos y querían matarle. Al ver el hombre que su mujer sufría y que sus amigos le amenazaban, no le quedó opción:

—Que Dios la redima —exclamó— para que esté sana como antes.

Entonces cesaron los dolores, y todo quedó como antes. Así los tres deseos habían tenido un vergonzoso final, y los dos siguieron pobres como siempre lo habían sido. El hombre, a quien se le echó la culpa, se convirtió en objeto de

escarnio y de burla de todo el mundo y tanto se mofaron de él, que al final murió de amarga angustia.

La retribución del mundo

Había una vez un caballero que luchaba con todas sus fuerzas y de sol a sol por la retribución del mundo: honor, esplendor y servicio a las mujeres eran las obras por las que se preocupaba durante toda su vida, y todo lo alto y magnífico que hacía se le devolvía en forma de fama y alabanza; pues todas las lenguas lo elevaron muy por encima de sus congéneres y lo ensalzaban como el mejor hombre de todos los países alemanes. El pensaba y conocía bien el mundo, y había aprendido muy temprano cómo elevarse a los ojos de los hombres y conquistar honores y dignidades. Nada le faltaba para conseguir las alabanzas, parecía perfecto en sus palabras y acciones, vivía generosamente, llevaba ropas escogidas, cazaba con perros y con halcones, jugaba al ajedrez y tenía los más preciados instrumentos de cuerda, participaba asiduamente en los torneos y lizas y amaba tanto a las mujeres que todas se le volvían devotas y elogiaban su cuerpo y su fidelidad. Su nombre era: Wirnt von Grafenberg.

Un buen día estaba sentado en su aposento y leyendo gozoso un libro en el que se describían toda suerte de aventuras amorosas. Con esto se distrajo todo el día hasta el atardecer, cautivado por el dulce lenguaje del libro. De pronto entró una mujer, más bella que cualquiera que hubiera visto antes, perfecta, con hermosos pechos y más preciosa que Venus y que Pallas y que todas las diosas que antaño estaban dedicadas al amor. Su rostro estaba iluminado como un espejo, su belleza irradiaba un reflejo tan claro y variopinto, que todo el palacio resplandecía con su cuerpo, y sus túnicas y su corona eran tan ricas, que no había oro en el mundo para equipararsele. Asustado con su impresionante aspecto, el señor Wirnt empalideció. Temblando y pálido saludó a la hermosa y le dijo con dulce voz:

—Bienvenida a Dios, señora, jamás he visto a nadie como vos.

—Querido, ¿por qué te asustas de mí? —replicó la resplandeciente—. Soy la misma mujer por la que has jugado desde siempre con tu alma y tu vida. De mí te surgía el sentido, de mí has hablado y cantado cuando se te ocurría algo dulce. Eres como un ramo de mayo, que floreces con todos los bellos colores de la Tierra, tuya es la corona del honor desde tu niñez. Siempre me has servido, y tu ánimo era fiel y no se apartaba de mí. Por eso vengo aquí para que puedas observarme por completo y te des cuenta de cuán hermosa soy y cuán perfecta más allá de todo deseo; pues todo esto lo obtendrás como retribución y será tuyo, lo que tus ojos vean en mí.

Este discurso le resultó muy extraño al señor: pues la mujer dijo que él le había servido, pero jamás la había visto antes.

—Alta señora —le dijo—, si me queréis como siervo, os serviré hasta mi muerte. Pero realmente no sé nada de que haya sido vuestro criado, pues mis ojos jamás os han visto. ¿Quién sois, hermosa? ¿De dónde venís y cómo os llamáis? Decídmelo, para que sepa si en mis días he sentido alguna vez vuestras palabras.

—Así se hará —repuso la mujer maravillosa—. Te diré mi muy alabado nombre. No necesitas avergonzarte de que seas mi súbdito. Pues a mí me sirve todo el que vive en la Tierra, emperadores y reyes están bajo mi corona, condes, duques y marqueses se han arrodillado delante de mí y obedecen mis mandamientos. No temo a nadie salvo a Dios, pues él es el único que tiene poder sobre mí. Me llamo señora Mundo, a la que tanto has perseguido. Sé pues retribuida por mí, como te he de mostrar. ¡Mira!

Le volvió la espalda: allí vio que estaba lleno de horribles víboras, sapos y serpientes. Pestes y horribles tumores cubrían la piel, moscas y hormigas se alojaban en ella, y las larvas habían carcomido la carne hasta los huesos. Un olor terrorífico salía del repugnante cuerpo, y el rico vestido de seda parecía triste y gris cual ceniza.

Con estas palabras desapareció. Pero poco después Wirnt von Grafenberg ciñó la cruz y viajó a Tierra Santa, para conquistarse la salvación eterna como luchador de Cristo.



Contraportada.

A lo largo de toda su vida, y antes de que comenzara a escribir leyendas sobre temas antiguos, Hermann Hesse ya se había ocupado detenidamente la tradición narrativa del medioevo alemán. En 1918 recopiló narraciones para una edición expresamente dirigida a los prisioneros de guerra alemanes. Pero fue en 1925 cuando tuvo la oportunidad de publicar una selección más extensa de LEYENDAS MEDIEVALES de «aquella época fabulosa que creó, además de la brujería, el culto a la Virgen, además de salvajes facecias, la leyenda de Parsifal, además del arte de las máscaras de grotesca risa, las grandes catedrales góticas». Esta selección recoge por primera vez todos estos cuentos ilustrativos de la vida y del pensamiento de los siglos XIII a XV. «Su ropaje —nos dice el autor— es viejo; el contenido no es viejo ni nuevo, sino intemporal y siempre merece toda nuestra renovada participación, como todo lo humano la merece».